



SARAH RUSELL  
**UNA AVENTURA  
PARA  
EL CEO**

SARAH RUSELL

**UNA AVENTURA  
PARA  
EL CEO**

SARAH RUSELL

**UNA AVENTURA  
PARA EL CEO**

Primera edición.

Una aventura para el CEO

©Sarah Rusell

©julio, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Una aventura para el CEO

©Sarah Rusell

©julio, 2024

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)







# Capítulo 1



El final del curso era siempre un momento de lo más emotivo, sobre todo cuando los peques venían con sus regalitos para mí.

Mi nombre es Cintia, y como habéis podido intuir, soy maestra en una escuela infantil de niños de entre cuatro y cinco años.

A mis veintiocho años, pasar cada día rodeada de esos chiquitines era toda una aventura, porque realmente nunca sabía por dónde me iban a salir. Eran todos muy buenos, sí, pero también hacían alguna que otra travesura, y la que más marcada se me había quedado ese año, fue el momento en el que les dije que íbamos a pintar un mural para nuestra clase.

Empapelé todas las paredes, ese sería su lienzo en blanco para dar rienda suelta a su imaginación para dibujar lo que fuera que quisieran, no había límites para ninguno, todo valía, desde pequeñas hormigas hasta enormes dinosaurios, pero solo en los papeles que cubrían las paredes.

Todo iba bien, hasta que el dinosaurio de cuello largo que estaba dibujando Pedrito, ocupó toda la ventana.

Por suerte me llevaba bien con Micaela, la directora del centro, y le aseguré que al final del curso la cabeza del dinosaurio desaparecería, básicamente porque los nuevos niños del siguiente curso tendrían que hacer su propio mural.

Allí estaban mis dieciséis niños, haciendo fila con sus mamás y papás cogidos de la mano, esperando para darme sus regalos. Cajas de bombones, flores, algunas pulseras e incluso algo que, como siempre, me hacía llorar emocionada.

Una foto de todos ellos juntos con el letrero del curso y el año, esa que pondría junto a las demás allí mismo, en la clase, en la pared detrás de mi escritorio.

Yo también tenía un regalito para cada uno, personalizado, con su nombre en una cajita, donde además les incluía una nota que sabía que les leerían sus padres. Me gustaba darles el valor y el ánimo para perseguir sus sueños, esos que todos me contaban.

Nos comimos el pastel que había traído una de las mamás de parte de todos, tomamos zumo con ellos y me despedí de los dieciséis, abrazándonos con tanta fuerza, que acabamos cayéndonos al suelo y quedé cubierta por los niños.

—No puedo respirar —mentí muerta de risa.

—Vamos, niños, dejad que Cintia se levante —dijo una de las madres.

—¿Y no podemos venir en verano también, Cintia? —me preguntó Gabriela.

—No cariño, ahora os toca disfrutar de las vacaciones con vuestros papás.

—Pero ya no vas a ser más nuestra maestra —murmuró Rosita con pena.

—No, pero esta siempre será mi clase y podréis venir a verme cuando os apetezca, como hacen los niños de otros cursos.

—La verdad es que te van a echar de menos —miré a una de las madres que sonreía, mientras las demás asentían.

—Yo también, me encariño mucho con todos ellos.

—Esperamos que tengas un buen verano, Cintia, que disfrutes de tus vacaciones —comentó uno de los padres.

Volví a despedirme de todos mis chiquitines y de sus padres, recogí la clase y apagué las luces por última vez, hasta dentro de tres meses.

—Ahora sí, estamos oficialmente de vacaciones —vi los brazos de mi mejor amiga Samanta, rodeándome por los hombros—. ¿Una cerveza, cariño?

—Tengo que ir a buscar a Leire al instituto —le recordé.

—Pues comemos con ella, venga, no seas sosa por favor. Llevas un año que, madre mía —volteó los ojos.

—¿Cómo tengo que interpretar eso? —Arqué la ceja.

—Pues como lo que es, Cintia, una queja. Hace un año que te has convertido en tu madre.

—No es verdad.

—Ah, ¿no?

Abrió la boca para volver a negar, pero no podía hacerlo porque Samanta tenía razón.

Hacía un año que mi vida y la de mi hermana pequeña cambiaron para siempre, en el momento en el que nuestra madre murió, y no de un modo muy natural que dijéramos, y pasé de ser la chica de veintisiete años que salía con el que creía el amor de su vida, a la mujer de casi cincuenta en la que Samanta decía que me estaba convirtiendo.

De la noche a la mañana me tuve que hacer cargo de una adolescente de quince años con la que mi novio, que tenía la misma edad que yo, no quería lidiar, por no hablar de sus continuas quejas de que ya no teníamos intimidad en mi pequeño piso de dos habitaciones.

La casa en la que vivía mi hermana con mi madre la vendimos para terminar de pagar la hipoteca, dado que con mi sueldo no podría hacer frente a ese pago y a mi alquiler, y lo poco que había sobrado lo teníamos en una cuenta a modo de ahorros de los que no tocábamos nada a no ser que fuese estrictamente necesario, como algún imprevisto por rotura de electrodomésticos o averías de mi viejo coche.

Mi madre solo tenía cuarenta y siete años, no nos había hablado a ninguna de ese mal que le encontraron un par de años atrás, y entendí que lo que quería era dejarse vencer por la enfermedad después de haber perdido a mi padre.

Y no, no es que él muriera, sino que nos abandonó hacía ahora diez años, con una nota.

Jamás pensé que sentiría tanta impotencia como ese día, cuando leí que me pedía que no lo buscara, que se iba consciente de lo que hacía porque lo suyo con mi madre había acabado y tanto mi hermana Leire, como yo, ya éramos mayores para no echarlo en falta para él, tener que seguir viviendo una mentira.

¿Cómo fue capaz de decir aquello cuando mi hermana solo era una niña de seis años? Yo tenía dieciocho y sí, era mayor, pero al igual que mi hermana pequeña también necesitaba a mi padre en algunas ocasiones.

Mi madre tenía veinte años cuando yo nací, él diez más, y siempre los vi muy enamorados. Nunca se casaron, algo que no entendí, pero sí respeté incluso cuando nos abandonó de aquel modo.

Y en estos años no habíamos tenido noticias suyas, ni una llamada por nuestros cumpleaños, o para felicitarnos la Navidad, absolutamente nada. Tanto era el desapego de nuestro padre para con mi hermana y conmigo, que aprendimos a no esperar que volviera, a no echarlo de menos y a seguir con nuestras vidas.

Hasta que nuestra madre se fue abandonando, sin ganas de seguir luchando por unos años más de vida.

—Bueno, entonces, ¿qué planes tenemos para este verano? —me preguntó Samanta, pasando el brazo por mis hombros.

—Pues no sé, lo de todos los años. Descansar, días de piscina, y alguna noche de chicas en casa.

—Desde luego, eres la alegría de Andalucía, hija de mi vida —volteó los ojos.

—¿Y qué quieres que te diga? Tengo a una adolescente a mi cargo, no puedo simplemente irme y ya.

—Que tampoco te estoy diciendo que nos vayamos solas, que sabes que con la niña nos lo pasamos bien. Pero podíamos irnos a algún sitio. En plan Thelma y Louise, subidas al coche y dejándonos llevar por carretera, durmiendo una noche en un hotel, pasando un fin de semana en la playa. ¿No sería divertido?

—¿Thelma y Louise? Nosotras somos tres.

—Bueno, Thelma y Louise y la mochilita.

a

—Que no te oiga llamarla así —sonreí.

—Ella sabe que es broma, con lo que quiero yo a nuestra adolescente.

e

Samanta era mi bálsamo, mi momento de aire fresco y mi rayito de sol a esos días en los que el gris era más que abundante.

Tenía treinta años y nos conocíamos desde el instituto, cuando sus padres se vinieron a vivir a Sevilla tras un traslado de comisaría, pues ambos eran policías. Aquella rubia de ojos azules se convirtió en mi mejor amiga y hermana mayor, al igual que para Leire, y disfrutaba de mi hermana porque Samanta era hija única.

Sus padres ya estaban jubilados del cuerpo y se habían instalado en su pueblo de Galicia en un pazo heredado de los abuelos paternos de Samanta, y solían visitarla una vez cada dos o tres meses. En verano no, pues éramos nosotras quien nos íbamos hasta allí para pasar unos días lejos del calor.

º Solo que desde que falleció mi madre, no tenía ganas de muchos viajes, las cosas como son.

Subimos a mi coche, ya que Samanta vivía cerca de la escuela donde ambas trabajábamos y siempre iba caminando, para ir al instituto a recoger a mi hermana.

—Hoy tenía la fiesta de fin de curso, ¿verdad? —me preguntó Samanta.

—Sí, y le daban las notas.

—¿Crees que traerá algún suspenso? Que este añito ha sido difícil para ella también.

—Espero que no, pero si ha suspendido alguna, tampoco puedo decirle nada.

Samanta asintió a sabiendas de que, si mi hermana venía con alguna asignatura suspensa, sería lo más normal dado el gran cambio por el que había pasado desde el verano anterior, puesto que mi madre falleció en los primeros días de junio.

Paramos en el instituto y como siempre, me quedé bajo el gran árbol que había a la izquierda, donde me dijo Leire que la solía esperar mi madre.

Cuando la vi salir, sonriendo y abrazada a su mejor amiga Nieves, se me dibujó una sonrisa.

—No ha suspendido ninguna —dijo Samanta—. De haberlo hecho, estaría llorando pensando en cómo decírtelo —sonrió.

Cuando mi hermana se despedía de su amiga, vi que se acercaba un chico a ellas, momento en el que Leire se puso roja y hasta nerviosa.

—Uy, nena, creo que ese es el chico que le gusta a la niña —Samanta me dio unos golpecitos en el brazo—. Oye, pues es muy mono, ¿tendrá un hermano mayor? ¿Su padre será soltero, o algo?

—Por Dios Samanta —reí.

—¿Qué? Es que yo podría ser su madre, por eso no he dicho de ligármelo.

—Estás fatal.

El chico se acercó a ella y sí, se veía que era alto. Por lo que me había dicho se llamaba Issac, y jugaba en el equipo de baloncesto del instituto, de ahí su altura. Y sí, como decía Samanta, era un chico muy mono, de cabello castaño y ojos azules.

—Me siento como una madre espiando a su hija —resoplé.

—Esto lo llamo yo, prácticas de cara al futuro, querida Cintia. Cuando tengamos una hija agradeceremos haber pasado por esto con Leire.

Mi hermana se despidió del chiquillo con una leve sonrisa y un gesto de la mano y mientras ella caminaba hacia el coche, él la miraba sonriendo.

—Qué bonito es el primer amor, coño —dijo Samanta.

—¿Dónde estará el nuestro?

—El mío creo que tiene entradas y barriga, se ha estropeado el bueno de Oliver. Con lo guapo que era, con su moto y su chupa de cuero. Se casó y se abandonó.

—¿Cuándo lo has visto?

—En sus redes, trabaja de gerente en un hotel.

2

—¿Sigues en redes a todos nuestros antiguos compañeros de clase?

—No, solo a algunos, y por ver cómo les ha tratado la vida en esos años, y como estarán en un futuro.

—Mejor no pregunto.

—Tú es que desde que te convertiste en una señora de cincuenta años, eres una aburrida.

—Mi madre era muy divertida para ser una señora de casi cincuenta años.

—Pues deberías ser como ella —bajó la ventanilla cuando se acercaba mi hermana—. ¡Guapa! —empezó a gritar

— Pero qué bombón por favor, vete por la sombrita hija, que te vas a derretir —mi hermana se reía.

—¿Quieres callarte, loca? Van a pensar que somos dos asaltacunas.

—Anda ya, si se nos ve a la legua que somos sus hermanas.

—Lo que me faltaba por escuchar. ¿Eres consciente de que no te pareces a nosotras? Lo digo por tu resplandeciente pelo rubio y por nuestra melena azabache, vaya.

—Adoptada, soy a hermana mayor adoptada.

—Qué valor, Samanta —reí.

—Hola —nos saludó mi hermana abriendo la puerta.

—Qué novio más mono tienes, Leire.

1

—Samanta —la reñí.

—No es mi novio —sonrió mi hermana—. Solo un amigo.

—Por ahí se empieza, chiquilla.

—Samanta, ya —protesté.

—Vale, vale.

—¿Qué tal las notas, mi niña? —le pregunté mientras ponía el coche en marcha.

—Todo aprobado, notables y sobresalientes.

—Si es que eres un cerebritito, Leire —dijo Samanta.

—Me alegro mucho, cariño, que después del añito que hemos tenido —la miré por el espejo retrovisor y asintió.

Fuimos a comer a nuestra pizzería favorita, y una vez allí Samanta insistió en que podíamos irnos de viaje las tres a recorrer España por carretera, incluso podríamos ir a visitar a sus padres, y la verdad no me pareció una mala idea, a fin de cuentas, las tres necesitábamos despejarnos y merecíamos disfrutar de ese verano.

Estaba a punto de decir que sí, que prepararíamos una maleta cada una y nos echaríamos a la carretera, cuando recibí una llamada que lo iba a cambiar todo, y aún no lo sabía.

—¿Sí? —pregunté, pues no conocía el número.

—Hola, ¿eres Cintia? —me respondió una voz masculina al otro lado, pero no debía ser un hombre muy mayor, de hecho, diría que era un chico joven.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —volví a preguntar.

—Alex, soy Alex, y soy... tu hermano.

—Vale, vale.

—¿Qué tal las notas, mi niña? —le pregunté mientras ponía el coche en marcha.

—Todo aprobado, notables y sobresalientes.

—Si es que eres un cerebritito, Leire —dijo Samanta.

—Me alegro mucho, cariño, que después del año que hemos tenido —la miré por el espejo retrovisor y asintió.

Fuimos a comer a nuestra pizzería favorita, y una vez allí Samanta insistió en que podíamos irnos de viaje las tres a recorrer España por carretera, incluso podríamos ir a visitar a sus padres, y la verdad no me pareció una mala idea, a fin de cuentas, las tres necesitábamos despejarnos y merecíamos disfrutar de ese verano.

Estaba a punto de decir que sí, que prepararíamos una maleta cada una y nos echaríamos a la carretera, cuando recibí una llamada que lo iba a cambiar todo, y aún no lo sabía.

—¿Sí? —pregunté, pues no conocía el número.

—Hola, ¿eres Cintia? —me respondió una voz masculina al otro lado, pero no debía ser un hombre muy mayor, de hecho, diría que era un chico joven.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —volví a preguntar.

—Alex, soy Alex, y soy... tu hermano.



## Capítulo 2



Si se trataba de una broma, no tenía ni una mijita de gracia, ahora que, si era verdad, aquello iba a ser muy difícil de digerir, eso lo tenía claro.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —miré a Samanta y a Leire, que me observaban con el ceño fruncido, y lo primero que hice fue levantarme de la mesa porque aquella no era una conversación para tener con ellas delante.

—Soy tu hermano, Alex.

—Creo que te equivocas, no tengo ningún hermano.

—Tu padre se llama Eduardo, ¿verdad?

No tenía ni idea de cómo sabía él eso, porque el nombre de mi padre no aparecía en ningún sitio público, salvo en mi carnet de identidad y eso no era algo que fuera enseñándole a cualquiera.

—Sé que te llamas Cintia y que tenemos una hermana pequeña que se llama Leire. He visto alguna foto vuestra también, pero de hace mucho tiempo, o sea, ya estaréis cambiadas, sobre todo, ella.

—Si esto es una broma, no tiene gracia —contesté.

—No es ninguna broma.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Papá siempre lo ha tenido.

—Mi padre se fue hace diez años, nos abandonó a mi madre, mi hermana y a mí. No sé qué pretendes con esta llamada, pero no voy a seguir escuchándote.

Colgué, y notaba que me empezaba a faltar el aire, sentía una opresión muy fuerte y hasta mareos me estaban dando.

Ese chico qué podría tener, ¿veinte años? No podía ser mi hermano, si hacía diez que mi padre nos dejó.

—Ey, ¿estás bien, Cintia? —me giré al escuchar la voz de mi hermana, cogí aire y asentí— Pues quién lo diría, parece que acabas de ver un fantasma. ¿Quién te ha llamado?

No sabía si estaba preparada para hablar con mi hermana de la llamada que acababa de recibir, si haría bien en hablar con ella al respecto, o ignorar esa conversación.

—Un comercial de telefonía, ya sabes cómo son —me encogí de hombros.

—¿Seguro? Es que estás pálida.

—Tranquila, habrá sido por levantarme rápido de la silla —sonreí forzosamente—. Vamos dentro antes de que Samanta nos deje sin pizza.

—Creo que se ha comido ya una de tus porciones.

—Viste como princesa y come y bebe cerveza como un bucanero, madre mía —volteé los ojos y se echó a reír.

Entramos y volvimos a la mesa con mi amiga, esa que me miraba con la pregunta en los ojos de qué me pasaba, pero le quité importancia al asunto.

Después de acabarnos las dos pizzas, tomamos helado de postre y pedimos café para nosotras dos, Leire se decantó por un batido de chocolate.

Y mientras hablábamos sobre los halagos que los profesores le habían dado a mi hermana, recibí un mensaje de ese mismo número que no tenía en contactos.

**Desconocido:** *Te mando una foto de nuestro padre para que veas que, ni estoy bromeando, ni tampoco miento. Eduardo también es mi padre, conoció a mi madre hace veinte años y dos después nació yo. Quisiera poder hablar con vosotras y conoceros, y papá también quiere retomar el contacto. Sé que siempre os ha querido y desde que se enteró de la enfermedad de vuestra madre, ha querido estar presente en vuestras vidas. Por favor, llámame para que hablemos. Alex.*

La foto que vi tras aquel mensaje me dejó helada. Era mi padre, no había duda, a pesar de los diez años que había pasado desde la última vez que lo vi, se le reconocía perfectamente.

Alto, de cabello negro que tanto Leire como yo había heredado, en el suyo se veían algunas canas, y el marrón de sus ojos, los mismos que tenía Leire.

A su lado una versión mucho más joven, igual de alto, de moreno y con los ojos marrones, los dos sonriendo y con traje en lo que sin duda parecía una celebración de algún tipo.

La verdad era que en esos años nunca me dio por buscarlo, ni en redes ni nada por el estilo, si él se había ido era porque no quería seguir con nosotras, su mujer, aunque no estuviera casado y sus dos hijas.

Pero ahora entendía por qué me pedía que no lo buscara, iba a rehacer su vida con esa otra familia que ya tenía.

No entendía nada, de verdad que no. ¿Y cómo era posible que hubiera conocido a otra mujer hacía veinte años?

—Cintia, ¿sigues aquí o estás en otro mundo? —preguntó Samanta.

—Sí, perdona.

—¿Quién te ha escrito? ¿Te has echado novio y no nos lo has contado? —curioseó mi hermana, que no tardó en quitarme el móvil de la mano.

—¡No, Leire! —me lancé por él, pero no conseguí cogerlo.

En el momento en el que vio la foto supe que había reconocido al hombre mayor que había en ella. Le brillaron los ojos y el reconocimiento estaba ahí. Solo era una niña de seis años cuando se fue, pero le había visto tanto en persona como en esas fotos que con el tiempo mi madre y yo acabamos guardando para no volver a verlas más.

—Leire, dame el móvil.

—¿Este es nuestro padre? —apenas fue un susurro.

—¿Qué está diciendo de vuestro padre? ¿Le ha sentado mal el batido? —preguntó Samanta con los ojos muy abiertos.

—Leire, por favor.

—Contéstame Cintia, ¿es nuestro padre?

—Sí —suspiré.

n

—¿Y por qué tienes esta foto? —comenzó a tocar hasta que llegó a la conversación con el número del que decía ser nuestro hermano, y la leyó— Dime que esto es una broma —me miró y noté que quería llorar.

—Eso he pensado yo, pero al parecer, no lo es.

—¿Se puede saber qué pasa? Me tenéis en ascuas, niñas —dijo Samanta, quitándole mi móvil a Leire de las manos—. Ay, mi madre —se quedó pálida al leer y después ver la foto—. ¿Tenéis un hermano? Y de dieciocho años, según dice.

—¿Por eso se fue papá? —Leire me miró con el ceño fruncido, como si yo tuviera que saber algo al respecto.

—No lo sé, Leire, imagino que sí, que ese sería un motivo.

—Hay que buscarlo, seguro que en Internet encontramos algo de papá.

—No, no vamos a hacer tal cosa —le quité su móvil de las manos.

—¿Por qué? Según lo que pone en este mensaje, vuestro padre supo lo de la enfermedad de vuestra madre, lo que significa que ella se lo dijo.

—¿Y por qué no nos llamó, o nos buscó, o algo? —quise saber— Nos abandonó, Samanta, que no se te olvide.

—Me da igual, quiero saber qué ha sido de él en estos años —mi hermana consiguió quitarme su móvil de las manos y empezó a buscar en Internet hasta dar con varios artículos en los que se hablaba de nuestro padre.

En uno en concreto aparecía el nombre de un viejo amigo suyo al que había mencionado muchas veces, el dueño de una empresa en Madrid al que visitaba a menudo y con el que siempre tuvo una relación muy estrecha.

Y sí, también aparecían juntos en algunas fotos, en cenas o celebraciones a las que habían acudido juntos, pues mi padre trabajaba en la empresa de ese viejo amigo suyo.

—¿Creéis que vuestra madre sabía esto? —preguntó Samanta.

—Nos lo habría dicho, al menos a ti —contestó mi hermana, mirándome.

—A ver, y otra cosa, según este chico ella le dijo lo de su enfermedad, por lo que es probable que sí supiera que tenía otra familia en Madrid.

—Me lo habría dicho —asumí, pero teniendo en cuenta que mi madre nos ocultó durante dos largos años su estado de salud, ya no sabía qué pensar al respecto.

—Es que él nació antes que yo, Cintia, y nos dejó cuando tenía seis años, os engañó a mamá y a ti durante diez años. ¿Tú lo ves normal?

—Pues no, Leire, no lo veo normal, pero, ¿qué quieres que te diga? Si mamá lo sabía no nos lo contó por algo.

—¿Y realmente por qué nunca se casó con mamá? Y porque estuviera enamorado de otra mujer no puede ser, que a ella la conoció hace veinte años.

—No lo sé, no estoy en la mente de papá hace veinte o treinta años, ¿vale? Y no quiero saber nada más de este asunto.

—Eso va a ser difícil, nena, porque te acaba de enviar otro mensaje —dijo Samanta, entregándome el móvil.

**Desconocido:** *Me gustaría poder hablar contigo y que nos veamos. Sé que vivís en Sevilla, puedo ir este fin de semana, no tengo problema. Llámame, por favor. Papá también quiere veros.*

—Vamos a llamarlo.

—No, Leire, no vamos a llamarlo.

—¿Por qué no? Yo quiero saber la verdad, quiero que papá nos cuente por qué nos abandonó y te dejó esa nota de mierda.

—¡Leire!

—¿Qué? La leí, no es que la tengas muy escondida en tu casa, Cintia.

—¿Se puede saber por qué buscaste entre mis cosas?

—No busqué, la encontré en un libro que necesitaba para el instituto.

—Vale, vale, chicas, tranquilas, por favor. No discutáis. Cintia yo creo que deberíais ver a ese chico, que os cuente lo que sepa de vuestro padre, no sé —Samanta se encogió de hombros.

—No voy a ver ni a ese chico, ni a mi padre. Si es verdad que mamá le dijo que se moría, podía haber tenido un poquito de empatía con nosotras y venir a vernos o siquiera preocuparse de que fuéramos a quedarnos solas. Yo soy adulta, pero tú eras una cría de quince años. Ni siquiera nos llamó para felicitarnos, nunca mandó un mísero regalo ni nada. No quería que le buscara, pues no lo busqué y ahora tampoco quiero encontrarlo. No voy a verlo, Leire, y me da igual cómo te pongas. Soy la hermana mayor y más vale que me hagas caso.

—Eres una egoísta, Cintia —mi hermana se levantó de la mesa cogiendo sus cosas y salió de la pizzería, ni siquiera me hizo caso cuando le pedí que parara.

—No soy ninguna egoísta, si él no se preocupó por nosotras, ¿por qué debería preocuparme ahora por él?

—Porque tu hermana era una niña cuando se fue y nunca entendió por qué lo hizo. Joder, Cintia, si ni siquiera tú

lo entendiste. Y estoy segura de que tu madre tenía que saber algo.

—Me lo habría dicho, Samanta.

—Sí, como lo del cáncer que le detectaron, ¿verdad?

—No uses tu ironía conmigo, que no te servirá de nada.

—No uso mi ironía, cariño, simplemente constado un hecho irrefutable. Tu madre te ocultó el cáncer porque quería dejarse morir, y ahora creo que ya sabemos por qué, no solo porque tu padre os abandonara como si nada. Ella debía saberlo, Cintia. Anda, vamos fuera que la niña está esperándonos en el coche —dijo mientras señalaba hacia la ventana, por donde podíamos ver a mi hermana.

Salimos y la encontramos llorando, secándose las mejillas sin querer mirarnos. La abracé sin decir nada, y ella tampoco habló, solo me dejó estrecharla con fuerza entre mis brazos como cuando murió nuestra madre.

Llevaba diez años queriendo respuestas y ahora las tenía ahí, en la palma de mi mano, pero, ¿por qué debería ser yo la que diera el paso que mi padre no había dado en estos años?

Si mi madre estuviera viva volvería a decirme eso que tantas veces le escuche decir.

—*Eres igual de cabezota que tu padre, Cintia, pero en algún momento de tu vida tendrás que dar tu brazo a torcer.*

Sí, era igual de cabezota que él, y sí, mi madre tenía razón y alguna vez sería la primera que tendría que dar el brazo a torcer y claudicar y hacer aquello que no quería hacer, pero no iba a ser en ese momento y no con este asunto.

—¿Quién quiere una noche de comida grasienta, chuches, palomitas y pelis de miedo en pijama? —preguntó Samanta, cuando mi hermana y yo nos apartamos.

Sonreí mirando a Leire, que también tenía una sonrisa en los labios, asintió y fuimos a nuestra casa para coger una mochila con los pijamas y la ropa e ir a casa de Samanta.

Su piso era más pequeño que el mío, solo tenía una habitación, pero el sofá del salón se convertía en cama y era bastante cómodo para dormir Leire y yo en él, como habíamos hecho en más de una ocasión a lo largo del último año desde que ella se mudó a vivir conmigo.



## Capítulo 3



Era sábado y habían pasado tres días desde que supimos que teníamos un hermano.

Él me había vuelto a escribir la tarde siguiente para decirme que nuestro padre, (y a mí seguía haciéndome raro que lo llamara así) le había pedido que me dijera que, por favor, les permitiera vernos.

No me podía creer que mi padre, ahora, después de diez años, quisiera vernos. ¿Qué pretendía hacer, darnos las explicaciones que no nos dio en su momento?

Había leído sobre él, empezó a trabajar en la empresa de su amigo como director del departamento contable, un salto en su carrera desde luego, puesto que aquí cerró la gestoría que puso en marcha poco antes de que yo naciera, y se casó con la mujer con la que había tenido un hijo unos meses después de instalarse en Madrid.

Me levanté y tras recogerme el pelo fui a la cocina a preparar el desayuno. Leire seguía durmiendo y no tardaría en aparecer por la puerta con su hambre habitual, sobre todo hoy, puesto que la noche anterior había salido con sus compañeros de clase a despedir el curso con una cena y unos bailes en alguna de las discotecas a las que podían entrar con dieciséis años.

Puse la televisión y la dejé de fondo con las noticias mientras tostaba el pan, preparaba jamón, tomate, y se hacía el café. En ese momento me llegó un mensaje y suspiré, estaba segura de que sería él otra vez.

**Samanta:** *Buenos días, cosita linda. ¿Qué planes tenemos para hoy? Podíamos ir a la piscina, comer allí y tomar un poco el sol. El cuerpo me pide vitamina D, que estoy a un paso de ser como Casper, translucida del todo.*

**Cintia:** *Buenos días, loca. Estoy preparando el desayuno, Leire salió anoche y no sé con qué cuerpo se va a levantar. En cuanto hable con ella te digo.*

**Samanta:** *Aprende de la niña, que tiene más vida social que tú. Oye, ¿y el viaje por carretera en coche qué, lo hacemos o no? Mira que tengo que empezar ya a escoger qué me llevo en la maleta.*

**Cintia:** *Luego lo hablamos, que todavía queda mucho verano por delante, apenas acabamos de empezar.*



**Samanta:** *Verás que al final nos pilla el toro, luego todo serán prisas. Yo voy a ir mirando hoteles y eso por si acaso.*

Sonreí al tiempo que negaba, se notaba que Samanta quería animarme, lo de mi padre y su segunda familia había sido un palo, y de los gordos.

Pero eso no fue lo peor de todo, sino encontrar la nota que mi padre le dejó a mi madre el día que nos abandonó. Nunca me había hablado de ella, solo que le decía lo mismo que a mí, que se iba y que no intentara buscarlo. Pero me había estado mintiendo durante esos diez años.

Aprovechando que estaba sola en casa la noche anterior, revisé en las tres cajas que conservaba con algunas cosas de mi madre y que, por suerte, Leire no había encontrado en el doble fondo de mi armario, de lo contrario, se habría topado con esa realidad que yo me topé.

Leí aquella nota varias veces para cerciorarme de que, efectivamente, ponía lo que había leído la primera vez, y acabé por aprendérmela de memoria.

En ella, efectivamente, mi padre le decía que se iba y no volvería, que no lo buscara y le perdonara por hacerlo de ese modo, en mitad de la noche y sin que nos enterásemos, pero no podía seguir estando con ella, cuando amaba a otra.

También hablaba de su hijo, y de Leire. Según él, mi hermana fue poco más que una artimaña de mi madre para retenerlo a su lado cuando iba a dejarla por primera vez, pero no había más que ver el amor con el que mi madre trató siempre a su hija pequeña para entender que no fue así.

Lo que no entendería nunca serían los motivos de mi padre para tener otra familia y aun así seguir con mi madre durante ese año hasta que mi madre se quedó embarazada. Quizás porque yo era una niña y no sabía cómo explicarme que nos dejaba.

Siempre tuve una buena relación con él, desde pequeña, y ya cuando me convertí en una adolescente de quince años, incluso me llevaba en verano a la gestoría para hacer mis primeros pinitos con la contabilidad, pues desde que me tuvo quiso que siguiera sus pasos.

Pero yo tenía claro que lo mío serían los niños, y no las cuentas para otros.

Así que, sí, mi madre era consciente de que mi padre tenía otra familia, y nunca me lo dijo.

—Buenos días —me giré al escuchar a mi hermana.

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal anoche? —pregunté sonriendo.

—Bien, una gran despedida del curso —cogió un vaso y se preparó su leche con cacao.

—Samanta me ha dicho de ir a la piscina y comer allí, ¿te apetece?

—Sí, sí, un bañito y un poco de sol, perfecto.

—Pues coge mi móvil y dile que sí vamos, por favor, mientras termino de hacer el zumo.

Ella asintió y le mandó el mensaje en lo que yo seguía. Cuando tenía las naranjas exprimidas en la jarra, serví los dos vasos y puse todo en la mesa de la cocina para desayunar.

Como ya dije, mi piso era pequeño, pero de lo más coqueto.

La cocina tenía una mesa con dos sillas frente a un ventanal que nos ofrecía unas bonitas vistas de la plaza donde vivíamos, el salón era amplio, tenía un sofá con forma de L y una mesa de café donde solíamos cenar viendo la televisión, en el pasillo estaba el cuarto de baño que compartíamos, y las dos habitaciones.

No teníamos terraza ni balcón, pero al menos en el salón, al igual que en la cocina, eran ventanales altos, que iban del suelo al techo, y al abrirlos era como si estuviéramos en un pequeño balconcito de interior.

Desayunamos mientras me contaba cómo le fue la noche con sus compañeros de clase, y en el momento en el que hablaba de Isaac, ese chico guapete que jugaba al baloncesto, se sonrojaba como la adolescente enamorada que era, por mucho que no quisiera admitirlo.

—Hemos quedado para salir hoy todos otra vez —dijo tras dar un bocado a su tostada—. Vamos a ir al cine por la tarde, a cenar a la hamburguesería, y luego a la discoteca. ¿Puedo volver hoy un poco más tarde de las doce, por favor? —preguntó con esa carita que yo tantas veces les había puesto a nuestros padres con su edad.

—¿Cuánto más tarde? —Arqué la ceja cogiendo mi taza de café.

—La... ¿una?

—Pero no más tarde de esa hora —le advertí, señalándola con el dedo.

—No, no, te lo prometo —se levantó para darme un abrazo—. Eres la mejor hermana mayor y madre del mundo.

—¿Madre? Que no te oigan decir eso que van a pensar que es cierto —reí.

—Tú ya me entiendes —sonrió—. Desde hace un año haces el papel de hermana, madre y padre conmigo, y de verdad que lo haces bien. Si me hubieras dejado a mi bola no habría sacado el curso después de morir mamá, y lo sabes.

—Pero lo has sacado, y con unas buenísimas notas. ¿Sigues queriendo estudiar veterinaria? —curioseé, pues ella era una enamorada de los animales desde pequeña.

—Sí —sonrió—. Eso no va a cambiar.

—Pues ya sabes lo que tienes hacer.

—Perseguir mis sueños.

Le acaricié la mejilla y cuando terminé mi desayuno, empecé a recoger la mesa y eché un vistazo al móvil, Samanta me había contestado que nos veíamos a las doce en su casa, y mientras Leire hablaba con alguna de sus amigas por mensaje, fui a vestirme y preparar mi bolsa para la piscina.

Samanta vivía en un piso de una urbanización grande con piscina comunitaria, por lo que todos los veranos me invitaba a ir cuando quisiera, y alguna vez había llevado a Leire antes de que se mudara conmigo.

No tardó en aparecer ella por su habitación para hacer lo mismo que yo, y cuando estuvimos listas, salimos de casa para ir a la de mi amiga.

De camino en el coche vi que ella seguía hablando por mensaje con alguien, y le pregunté si era Isaac.

—No, no, es Nieves, que está enviándome fotos para que la ayude a elegir lo que va a ponerse esta noche —contestó, y yo sonreí.

Recordaba esa etapa de mi vida en la que era Samanta quien me enviaba mensajes preguntando qué le sentaría mejor.

Cuando llegamos a la urbanización donde vivía Samanta le mandé un mensaje y la esperamos en la calle. Apareció poco después con las gafas de sol y una pamea.

—¿Dónde vas? —preguntó Leire muerta de risa.

—Ya que no voy a ir a la playa —se encogió de hombros.

—Madre mía, qué discretita vas —reí.

—Es para que no me dé una insolación. Y para que me hagáis fotos, que tengo las redes muy tristes. Quiero una bonita para poner como foto de perfil, y en mis historias dando la bienvenida al verano.

—Claro que sí, guapi —dijo mi hermana.

—Uy, la niña, que se nos sube a la espalda.

—La niña está contenta porque esta noche vuelve a salir, y la dejo regresar a la una.

—¿A la una? Nenas, eso merece una cervecita para celebrarlo.

—No, no, yo no bebo —contestó Leire.

—Así me gusta, que seas responsable —Samanta le pasó el brazo por los hombros y entramos en la piscina.

Como solíamos hacer, buscamos un lugar alejado y tranquilo, donde hubiera un poco más de sombra para acomodarnos después de comer allí y tomar un helado, y tras colocar las toallas nos quitamos la ropa quedándonos en bikini para ir a darnos ese primer bañito del verano.

El agua estaba buenísima, y al final acababa costándonos salir para ir a secarnos y comer.

En la piscina tenían un bar donde servían unas raciones buenísimas. Pedimos ensaladilla, pescaíto y unas patatas fritas que no tardamos en saborear.

Tras comprar los helados regresamos a las toallas y nos lo tomamos en la sombra.

—He estado pensando —dije sin mirarlas—, ¿qué os parece si empezamos el miércoles con nuestro viaje en coche por carretera para recorrer España?

—¿El miércoles? —preguntaron al unísono.

—Ajá. Nos da tiempo de sobra para preparar la maleta, hacer una compra con cosas para llevar en el viaje, y salir temprano.

—Por mí, perfecto —sonrió Samanta.

—Genial, pero, ¿podríamos hacer una parada en Madrid y quedarnos allí unos días?

—¿Por qué quieres parar en Madrid, Leire? —Fruncí el ceño, esperando que no me dijera que quería ver a nuestro padre.

—El próximo sábado hay un concierto de un grupo que quiero ver, todavía quedan entradas en la web y me encantaría verlos. Por favor.

—Ya está poniendo carita de cachorro —rio Samanta.

—Hay que encontrar un sitio donde quedarnos entonces hasta el lunes por la mañana.

—Yo me encargo —Samanta cogió el móvil—. Veamos, alojamientos económicos en Madrid para cuatro noches, tres personas —seguía dando pequeños bocados a su helado mientras buscaba, y cuando la vi sonreír, supe que había dado con algo—. Aquí tenemos un precioso y coqueto apartahotel a las afueras, y no es para nada caro. ¿Hago reserva? —Me miró, y yo miré a mi hermana que seguía con esa carita.

—Vale, reserva —contesté cogiendo mi bolso para darle la tarjeta—. Y mira también lo de las entradas, no sea que vayamos a quedarnos sin ellas —suspiré.

—Ay, ay, que te como —Leire se lanzó a abrazarme—. Si es que eres la mejor hermana mayor del mundo, de verdad. Cuando le diga a Nieves que voy a ir a ver el concierto, se muere.

—Se lo puedes grabar entero y enviárselo por mensaje —dijo Samanta, mientras pagaba la reserva del alojamiento con mi tarjeta.

Desde luego, lo que no hiciera yo por mi hermana pequeña...

—Hay que encontrar un sitio donde quedarnos entonces hasta el lunes por la mañana.

—Yo me encargo —Samanta cogió el móvil—. Veamos, alojamientos económicos en Madrid para cuatro noches, tres personas —seguía dando pequeños bocados a su helado mientras buscaba, y cuando la vi sonreír, supe que había dado con algo—. Aquí tenemos un precioso y coqueto apartahotel a las afueras, y no es para nada caro. ¿Hago reserva? —Me miró, y yo miré a mi hermana que seguía con esa carita.

—Vale, reserva —contesté cogiendo mi bolso para darle la tarjeta—. Y mira también lo de las entradas, no sea que vayamos a quedarnos sin ellas —suspiré.

—Ay, ay, que te como —Leire se lanzó a abrazarme—. Si es que eres la mejor hermana mayor del mundo, de verdad. Cuando le diga a Nieves que voy a ir a ver el concierto, se muere.

—Se lo puedes grabar entero y enviárselo por mensaje —dijo Samanta, mientras pagaba la reserva del alojamiento con mi tarjeta.

Desde luego, lo que no hiciera yo por mi hermana pequeña...

## Capítulo 4



Miércoles, y a pesar de que mi hermana debería estar emocionada porque nos íbamos de vacaciones a disfrutar de varios rincones de España, y que tenía entrada para ir al concierto de su grupo favorito, estaba tristona desde que volvió a casa el sábado.

Le pregunté qué le pasaba, pero dijo que estaba bien, una mentira, vaya.

Estaba terminando de guardar en las bolsas lo que compramos la tarde anterior para llevar en el viaje en coche hasta Madrid, cuando sonó el telefonillo.

—Ya está aquí Samanta —le dije a Leire, que salía en ese momento por el pasillo cargando con su maleta y una mochila, mis cosas estaban en la entrada—. Dile que ya bajamos.

Asintió y fue hacia la puerta, la escuché decírselo y vino para echarme una mano. Cuando tuvimos todo listo, cogí las llaves de casa y del coche, nos colgamos las bolsas de la compra, y salimos una vez nos aseguramos de que estaba todo cerrado.

En cuanto pusimos un pie en la calle nos encontramos a Samanta esperando allí, mirando el móvil, y tal como habíamos acordado, íbamos las tres con pantalones cortos de deporte, camiseta de tirantes y las deportivas, dado que teníamos varias horas de viaje en coche por delante. Eso sí, pararíamos a comer en cualquier gasolinera a mitad del camino.

Colocamos las tres maletas en el maletero, Leire se sentó en la parte de atrás con las bolsas de comida y las mochilas, y emprendimos el viaje.

Incluso Samanta se había dado cuenta de que nuestra niña no tenía su habitual sonrisa, y como iba entretenida detrás escuchando música, me preguntó si sabía qué le pasaba.

—No, pero está así desde el sábado cuando volvió por la noche —contesté.

—¿Pero le has preguntado?

—Claro que le pregunté, pero dijo que estaba bien.

—Cintia, por Dios, eso decíamos nosotras a su edad —volteó los ojos.

—¿Crees qué no lo sé? Pero qué quieres que haga si no quiere contármelo.

—Pues seguir preguntando, somos las únicas con las que puede hablar de lo que sea que le pasa. Y yo creo que es un tema de chicos.

—Buena suerte —dije cuando vi que se giraba para llamar su atención.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermana.

—Eso queremos saber nosotras, qué te pasa a ti, cariño —dijo Samanta.

—Nada, estoy bien.

—Ajá, sí, claro —contestó mi amiga con retintín—. Veamos, la regla creo que no te toca todavía.

—¿Desde cuándo sabes tú cuando me baja el periodo? —Leire frunció el ceño.

—Desde que soy como tu tercera madre, y de eso ha pasado un año. Eso está descartado entonces. Sigamos. ¿No querías venir de vacaciones?

—Claro que quería, de hecho, vais a llevarme al concierto, y eso es genial.

—Entonces solo me queda un motivo.

—¿Cuál? —curioseó ella.

—Chicos, o más bien, uno en concreto.

—No quiero hablar más —respondió Leire.

—Como se te ocurra ponerte los cascos, jovencita, te los confisco hasta que regresemos del viaje.

—Oh, por favor. Cintia, dile algo —me pidió.

—Te lo voy a decir a ti, Leire. Quiero saber qué te pasa.



—Nada, no me pasa nada.

—Eso decíamos tu hermana y yo cuando éramos dos adolescentes, así que no cuela. Venga, empieza a hablar o te confisco los cascos, el MP4 y el móvil.

—No puedes hacer eso, no eres mi hermana mayor.

—Pero yo sí puedo —dije, mirándola por el espejo retrovisor.

—Vale, está bien. ¿Queréis saber qué pasa? Que los chicos son todos unos idiotas, unos verdaderos idiotas.

—¿Qué te ha hecho Isaac? —pregunté.

—Pensé que le gustaba, era siempre muy atento conmigo, simpático, me hacía reír, y resulta que era porque le caigo bien como amiga. En verdad está interesado en la prima de Nieves, que tiene su edad, y lo que hacía era estar cerca nuestra para poder estar con ella. El sábado los vi besándose —terminó con tristeza.

—Ay, cielo, lo siento mucho —Samanta le dio un apretón en la rodilla.

—Es que soy tonta, ¿cómo iba a fijarse él en mí? Al lado de la prima de Nieves, nosotras somos dos niñas.

—Oye, que solo tiene un año más que vosotras —le recordé.

—Pero viste diferente, se maquilla más, sé ve más adulta.

—Eso no significa nada, cariño —le dijo Samanta—. Por desgracia muchos chicos se fijan en otras cosas que no son realmente importantes. La prima de Nieves puede verse más mayor, tener ciertos encantos o atributos, pero carecer de otras cosas que tú sí tienes.

—Ya da igual, no pienso volver a hacerme ilusiones en mi vida, en serio.

—Cariño, esto es solo el principio, en lo que a romance se refiere, aún te queda mucho por vivir —le dije.

—Pues qué bien —resopló.

—No sé a vosotras, pero a mí el cuerpo me está pidiendo uno de esos bollitos con chocolate —dijo Samanta cogiendo la bolsa para buscarlos—. Lección número uno, mi querida Leire, si sufres mal de amores, come una oncita de chocolate —le hizo un guiño y sacó los bollos.

—Samanta, una oncita, no dos bollos —reí.

—Bueno, gramo arriba gramo abajo, tampoco pasa nada —se encogió de hombros—. ¿Quieres uno? —me puso el bollo delante y le di un bocado.

Miré a Leire y estaba sonriendo mientras se comía un bollo, pero era una sonrisa triste. Sabía que se le acabaría pasando, que tal como había dicho Samanta esa decepción solo era la primera de muchas que acabaría teniendo en su vida, pero ahí estaría yo para animarla en todo.

Conduje hasta la mitad del camino y paramos en una gasolinera a repostar y comernos unas hamburguesas. Leire seguía escribiéndose por mensaje y ahora entendía que era con Nieves, su mejor amiga que también estaría animándola.

Vi que miraba en un momento dado hacia el suelo, y al tiempo que se le abrían los ojos la escuché murmurar.

—Oh, por favor, qué cosita —se agachó y no tardé en oír un maullido, y ver al responsable cuando se incorporó.

Aquella pequeña bolita de pelo anaranjado y blanco y de ojos verdes maullaba en sus brazos y miraba la comida.

—¿Tienes hambre, pequeñín? —le preguntó Leire y cogió un poco de pan que le había quedado de la hamburguesa para dárselo.

—Hambre no, lo siguiente —rio Samanta al ver cómo se lo quitaba de las manos—. Pobrecito, voy a la tienda de la gasolinera a ver si tienen algo para él.

—Trae un par de botellas de agua, y algún plato hondo de plástico o algo así —le pedí y ella asintió.

—Qué suave eres, y para estar en la calle, se te ve limpio. Pero eres muy pequeñito —le decía mi hermana.

—No creo que tenga más de un mes.

—No, y anda bien, la verdad.

—¿No estará por aquí su mamá, o algún otro hermano? —eché un vistazo alrededor, puesto que había algunos matorrales.

—Podemos mirar, y dejarles comida y agua —propuso mientras le acariciaba.

—Voy a ver —me levanté y eché un vistazo en la zona, pero no encontré ni a mamá gata, ni a otros hermanos, por lo que aquel pequeñín debía haberse perdido en el caso de que su familia se hubiera marchado.

Cuando regresé a la mesa vi que Samanta había vuelto y le estaban dando una lata de comida para gatos y tenía agua en un cuenco al lado. Ese pobre comía como si hubiera pasado días sin alimentarse. Les dije que no había

l encontrado ningún otro gatito y, cuando miré a mi hermana y vi el brillo en sus ojos supe que no quería dejarlo allí, Samanta me sonrió y supe que pensaba lo mismo que yo.

—Mira qué tripita se te ha puesto —rio Leire—. Te has llenado, ¿eh, pequeñín?

1

—¿No vas a ponerle nombre? —le pregunté sentándome a su lado— No me mires así, que no me ha crecido otra cabeza. Este chico está solo, y necesita una familia que lo cuide —sonreí.

—¿De verdad podemos llevarlo con nosotras?

—Claro que sí, pero hay que buscar un veterinario que le revise, si ha estado solo mucho tiempo tal vez necesite algunos cuidados.

—Veterinarios cercanos —dijo Samanta, y mi hermana y yo reímos al verla con el móvil en la mano, buscando— Tenemos uno en el siguiente pueblo, y está abierto, atiende veinticuatro horas —nos miró.

—Pues si ha terminado de comer, vamos a que le eche un vistazo.

Leire sonrió mientras cogía a su nuevo amigo, ese que no dudó en acurrucarse en sus brazos y cerrar los ojos, se iba a echar una siestecita después de llenarse la barriguita.

Samanta había comprado varias latas, una bolsa de pienso, una mantita especial para él y hasta le había pedido a la chica de la tienda una caja donde poder acomodarle, sin duda a sabiendas de que no íbamos a dejar allí a ese gatito.

Conduje hasta el pueblo donde estaba el veterinario y siguiendo las indicaciones de mi amiga, llegamos sin perdernos.

Al entrar nos atendió una chica muy maja, cogió el gatito y la seguimos hasta la sala donde pasaba consulta. Para ser un pequeñín que había estado solo en la calle, a saber, cuánto tiempo, no hacía extraños a nadie y se dejaba tocar, coger, y estuvo de lo más tranquilo todo el tiempo.

Nos dijo que estaba perfecto, nos dio algunas pastillas para los bichitos que pudiera tener internos y que se le fueran en sus deposiciones, y acabamos comprando allí algunas cosas para él, como un transportín y un arenero con arena donde él pudiera hacer sus cositas cuando estuviéramos en casa y en los alojamientos a los que íbamos.

Y hablando de alojamientos, Samanta llamó al apartahotel que teníamos reservado en Madrid y les dijo lo que pasaba, no pusieron problemas para que el gatito se instalara allí.

—Así que tenemos un pequeño polizón en este viaje —dijo mi amiga, cuando regresamos al coche—. ¿Cómo le vas a llamar?

—¿Qué os parece Nemo? Es naranja, tiene rayitas blancas y...

—Se había perdido —comentó Samanta.

—Sí —rio mi hermana.

—Es perfecto —sonreí mirándola por el retrovisor.

—Nemo, bienvenido a la familia —le dijo Leire, acariciándole la cabecita que asomaba por la caja.

Si aquel había sido el principio de nuestras vacaciones, con una sorpresa de lo más inesperada, no quería ni imaginar cómo lo podríamos llegar a acabar.

El resto del camino hasta Madrid lo pasamos hablando de dónde podíamos ir después, teniendo claro que los alojamientos que buscásemos debían ser de los que admitiesen mascotas, puesto que el pequeño Nemo ya era uno más en este viaje.

Pusimos el GPS del móvil de Samanta para llegar hasta el apartahotel y lo encontramos a la primera. Aquello era precioso, como si de un hotel de esos de las películas americanas se tratara, con dos plantas, un edificio cuadrado con varios apartamentos en cada una de ellas, piscina en el centro con zona ajardinada, y un restaurante donde se podía desayunar, comer y cenar.

Nos registramos y tras coger las llaves, sacamos todas nuestras cosas del coche, incluidas las de Nemo, y fuimos hacia el apartamentito que teníamos reservado.

Era muy coqueto, con las paredes blancas, suelos de madera y muebles nuevos en madera de abedul.

Tenía las tres camas en una de las habitaciones, una mesa con cuatro sillas junto a la ventana que estaba al lado de la puerta de entrada, y un cuarto de baño, así como una pequeña cocina integrada en la entrada.

—Me gusta ese sitio —dijo Leire, que dejó a Nemo en el suelo—. Vamos, pequeñín, vamos a dejar las cosas.

Ella empezó a andar y él la seguía con sus pequeñas patitas casi corriendo. Samanta y yo sonreímos e hicimos lo mismo, colocar nuestras cosas en los armarios.

Era temprano aún, así que decidimos bajar a darnos un baño en la piscina, no sin antes formar una especie de recinto para Nemo y que no se nos escapara.

Colocamos las maletas cerradas a modo de barrera en un lado de la entrada con su arenero y la pequeña cama que le habíamos comprado, le dejamos agua y nos despedimos de él.

—Esta noche descansamos, pero mañana nos vamos a conocer Madrid —dijo Samanta cuando colocamos las toallas en un lado de la piscina.

—Podíamos ir a conocer El Retiro, seguro que, a primera hora, sin mucho calor, se está genial por allí —propuso mi hermana.

—Por mí, bien, es bastante grande y se nos irá todo el día por allí —sonreí.

—Guay, pues ya tenemos plan para mañana —sonrió antes de irse al agua.

—Al final entre nosotras y Nemo, vamos a conseguir que se olvide de Issac —comentó Samanta.

—Eso espero, porque todavía me acuerdo de lo mal que lo pasé la primera vez que me enamoré.

—¿Solo la primera, cariño? Qué poca memoria tienes entonces —resopló.

—Digo la primera porque siempre es la que más te marca, pero sí, hay amores que duelen y mucho, más de lo que deberían dolernos —suspiré.

—Esta noche descansamos, pero mañana nos vamos a conocer Madrid —dijo Samanta cuando colocamos las toallas en un lado de la piscina.

—Podíamos ir a conocer El Retiro, seguro que, a primera hora, sin mucho calor, se está genial por allí —propuso mi hermana.

—Por mí, bien, es bastante grande y se nos irá todo el día por allí —sonreí.

—Guay, pues ya tenemos plan para mañana —sonrió antes de irse al agua.

—Al final entre nosotras y Nemo, vamos a conseguir que se olvide de Issac —comentó Samanta.

—Eso espero, porque todavía me acuerdo de lo mal que lo pasé la primera vez que me enamoré.

—¿Solo la primera, cariño? Qué poca memoria tienes entonces —resopló.

—Digo la primera porque siempre es la que más te marca, pero sí, hay amores que duelen y mucho, más de lo que deberían dolernos —suspiré.

## Capítulo 5



Después de unas horas de descanso, de darle de comer al pequeñín que nos acompañaría en el viaje, una ducha y un buen desayuno en el restaurante del apartahotel, cogimos un taxi para ir a la zona del Retiro y visitarlo.

Según íbamos caminando la sonrisa de Leire era cada vez más notoria, le gustaba aquel rincón de Madrid y se hizo varias fotos. También era la primera vez que salía de nuestra Sevilla natal y era normal que todo le llamara la atención.

Estábamos por la zona del embarcadero cuando tuve la sensación de que nos miraban, eché un vistazo hacia atrás y vi a un chico alto, moreno, en vaqueros, con un polo y gafas de sol mirando hacia donde estábamos. En el momento en el que se dio cuenta, comenzó a disimular.

—Más vale que mantengáis vigiladas vuestras mochilas —les dije a las dos, colocándome la mía por delante mientras caminábamos hacia un kiosco de helados y bebidas frías.

—¿Qué pasa? —preguntó Samanta.

—Que nos está siguiendo un chico moreno —mi amiga miró hacia atrás.

—¿Ese?

—Joder, Samanta, no lo señales —le di un manotazo en el bazo.

—Oye, que eso escuece.

—Te aguantas. Vamos, caminad un poquito más deprisa.

—Cintia, no crearás en serio que quiere atracarnos —dijo Leire—. No tiene pinta de atracador.

—¿Y qué pinta tiene un atracador, si puede saberse? Cariño, hoy en día las apariencias engañan. Vamos, a ver si vemos a algún policía.

Y me puse a mirar de un lado a otro en busca de algún agente, alguien que pudiera ayudarnos. Pero no encontramos a nadie.

—Vamos a ver, Cintia, nos llevas sin aire en los pulmones, hemos pasado ya por cuatro kioscos y un bar, yo quiero una bebida fría —protestó Samanta.

—Cuando salgamos de aquí.

—Un mojón para ti —cogió a mi hermana de la mano y se volvieron hacia atrás.

Cuando me giré para intentar impedirselo, ya no era solo el chico moreno con gafas de sol el que nos seguía, sino que eran dos, y al que acababa de incorporarse lo había visto antes, lo cual hizo que me mosqueara.

—No puede ser —dije, Leire me miró y cuando vi su sonrisa, supe que era cosa suya—. ¿Qué has hecho, Leire?

—Lo siento, Cintia, pero tenía que conocerlo.

—Ay, mamá, que tenemos movida —resopló Samanta.

—Hola, Cintia, hola Leire —dijo Alex, el chico que en aquella llamada se había identificado como mi hermano.

—No sé qué creías que iba a pasar, pero no vamos a quedarnos a charlar contigo —le aseguré acercándome a mi hermana y cogiéndola del brazo—. Leire, nos vamos.

—Yo no me muevo de aquí sin hablar con él, Cintia. Y me da igual cómo te pongas. Tenemos derecho a conocerlo, es nuestro hermano.

—No es nada nuestro.

—Teóricamente, sí —dijo Samanta, a quien miré queriendo estrangularla—. Perdón, ya me callo. ¿Alguien quiere tomar algo fresquito? Yo me muero de sed.

Fue hacia el kiosco y allí nos dejó a las dos con Alex y el otro chico.

—¿Este qué es, tu guardaespaldas? —pregunté señalando al moreno.

—Es Santi, un amigo.

—Cintia pensó que quería atracarnos —rio Leire.

—¿En serio? —cuando vi a Alex sonreír, vi un ligero parecido con mi hermana.



—Te dije que iba a sospechar —el tal Santi volteó los ojos.

—No es para menos —añadí—. ¿Puedes explicarme por qué le has dicho dónde íbamos a pasar el día? —Miré a mi hermana.

—Porque quería conocerlo, te lo he dicho.

—¿Desde cuándo hablas con él, Leire?

—Desde que te escribí. Me guardé el número en mi móvil para escribirle y...

—No me lo puede creer, ¿hablas en serio? ¿Llevas una semana escribiéndote con él a mis espaldas?

—¿Qué querías que hiciera? Tú no ibas a darme el número si te lo pedía.

—Así que por eso querías venir aquí, no por el concierto, que lo más seguro es que ni siquiera te guste el grupo.

—Sí que me gusta, y quería verlos en directo.

—Esto es increíble, en serio —resoplé.

—¿Podemos ir a una cafetería y hablar? —preguntó Alex, y lo miré con el ceño fruncido— Me gustaría hablar con vosotras.

—Cintia, por favor —me pidió mi hermana, y a ella no podía negarle nada.

—Tienes media hora para hablar de lo que sea que quieras hablarnos, más no —le advertí.

—¿Nos vamos? Guay, quiero comer algo —dijo Samanta, acercándose a nosotros con una botella de agua en la mano.

Ahora que tenía a Alex delante podía ver que el parecido con nuestro padre era asombroso. Había visto fotos tuyas cuando era mucho más joven y ese chico era igual que él.

Incluso tenía la misma corpulencia, su altura y esa sonrisa de medio lado.

Fuimos a una cafetería cercana saliendo del Retiro y nos sentamos los cinco en una mesa, pedimos café y Samanta y Leire algunos bollos para comer, yo tenía tal nudo en el estómago que no iba a poder probar bocado alguno.

—El tiempo corre —dije mirando a Alex.

—A ver, no sé qué sabéis de nuestro padre...

—Aparte de que nos abandonó cuando ella tenía seis años, nada en este tiempo, y así pensaba que seguiríamos, la verdad.

—Bueno, reconozco que no está bien lo que hizo, cuando me enteré de la verdad hace tres años, se lo reproché y mucho. Merecía saber que existíais, igual que vosotros debíais saber de mí.

—Te tuvo antes de que naciera Leire, eso es lo que no comprendo. ¿Por qué no dejó a mi madre en ese momento?

—Cintia, no lo pagues con él, que prácticamente se acaba de enterar que tiene dos hermanas.

—Lo sabe desde hace tres años, Leire, tres malditos años, cuando mamá supo de su enfermedad. No me digas que se acaba de enterar ahora, igual que nosotras.

—Cariño, tranquila —me pidió Samanta—. Deja que hable, ¿sí?

—Está bien, sigue —suspiré.

—Como te dije en el mensaje, conoció a mi madre hace veinte años, en un viaje que hizo a Madrid porque el dueño de una de las empresas a la que le llevaba la contabilidad quería ampliar el negocio y que papá echara un vistazo a las cuentas del que iba a absorber para ver si era rentable. Mi madre era la que llevaba esa contabilidad y, bueno.

—Nos hacemos una idea. Miradas, gestos, coqueteos y esas cosas —dijo Samanta, que, de sutil tenía poco—. Sigue, chiquillo.

—Papá tuvo que viajar en varias ocasiones, y al final pasó. Ella supo que tenía familia y le dijo que no quería interponerse, así que se acabó. Hasta que volvió a verlo un año después, momento en el que se quedó embarazada

—Pero no dejó a nuestra madre —repitió esta vez Leire.

—Mi madre le pidió que no lo hiciera, ella no pensó nunca en darle a elegir, pero papá se lo contó a vuestra madre y la relación no fue bien desde ese momento. Luego llegaste tú —sonrió mirando a Leire—, y a mí me llamaba para felicitarme. Alguna vez pasaba el fin de semana con nosotros, pero poco más. Hasta que se vino a vivir con nosotros, crecí sabiendo que mi padre trabajaba fuera y solo podía verme en contadas ocasiones. Por lo que me dijo, cuando decidió venir con nosotros fue porque ya no sentía nada por vuestra madre y ella entendió que por mucho que quisiera luchar por la familia que habían construido, no podía hacer nada por el amor que él sentía por mi madre.

—No me puedo creer que nos hiciera esto a todos.

—Y mamá lo sabía, Cintia —me dijo mi hermana—. ¿Por qué nunca nos dijo nada?

—No lo sé, pero debería haberlo hecho. Desde luego me habría evitado pensar un solo día de mi vida en él, en si estaría bien o si nosotros hicimos algo para que nos dejara.

—Fue vuestra madre la que le empujó a dar el paso. Le dijo que podía irse, pero que se olvidara de que tenía dos hijas y que no os contara la verdad.

—Por eso en la nota te pedía que no lo buscaras, porque si lo hacías, podías hacerle preguntas y darías con la verdad. Cintia, tu madre no quería que lo supieras para no hacerte sufrir.

—No sé si eso que él te ha contado es la verdad, pero no voy a seguir escuchando —me puse en pie—. Ya has dicho lo que tenías que decir, ahora te pediría por favor que no volvieras a ponerte en contacto conmigo o con mi hermana. Tal como nuestro padre hizo hace diez años, yo también me olvidé de que existe. Leire, nos vamos.

—Cintia.

—He dicho que nos vamos —la miré y vi en sus ojos el dolor, pero no pensaba acceder a quedarme ahí por más tiempo.

Dejé dinero en la mesa para pagar lo que habíamos consumido y fui hacia la puerta, donde poco después mi hermana y Samanta se unieron a mí.

—Cintia.

—Ahora no, Samanta.

—Ok.

Mi mejor amiga permaneció callada mientras caminábamos hacia no sabía dónde, esa era la verdad, y tras casi una hora así, cruzamos la calle para entrar en una pizzería a comer.

Leire no me hablaba, Samanta me miraba haciendo gestos para que fuera yo quien hablara con mi hermana, pero negué.

No estaba bien para empezar una conversación, esa era la verdad, así que comimos en silencio cada una de nosotras inmersa en sus propios pensamientos.

Los míos iban hacia esa nota en la que mi padre hablaba de su otra familia, por no hablar de lo que había

descubierto sobre mi madre.

¿De verdad había sido ella quien empujó al hombre que amaba a abandonarla? ¿Fue capaz de pedirle que no se pusiera en contacto con nosotras aun sabiendo que lo íbamos a pasar mal?

No entendía cómo había sido capaz de hacernos aquello, de verdad que no.

Después de comer regresamos al apartahotel en taxi, Cintia cogió a Nemo y lo llevó a la cama con ella, se puso los cascos para escuchar música y supe que no quería hablar conmigo.

—Tienes que entenderla —me dijo Samanta, mientras cogíamos nuestras bolsas para bajar un rato a la piscina, no quería encerrarme en la habitación o acabaría ahogándome.

—¿Sabes lo peor de todo? Que quiero hablar con mi padre y que me expliqué por qué fue capaz de olvidarse de nosotras de ese modo, porque no le dijo a mi madre que no pensaba dejar atrás a sus hijas. Si a mí me hubiera contado que tenía otra familia, que no estaba bien con mi madre cuando la conoció a ella, podría haberlo entendido, no era una niña, ya tenía dieciocho años. No me importa que se olvidara de mí, pero me duele que se olvidara de Leire. No era más que una niña que de la noche a la mañana había perdido a su padre sin entender por qué.

—Pues llámalo, Cintia. Llámalo y dile que quieres verle. Mereces esas respuestas que tu madre no quiso o no se atrevió a darte.

—Tampoco es que a ella le preguntara mucho, la verdad —dije suspirando mientras me sentaba en una de las tumbonas mirando hacia la puerta de nuestro apartamento.

—No se va a escapar para encontrarse con su hermano como si fueran dos amantes furtivos —sonrió—. Llama a tu padre.

—No tengo su número de teléfono.

a —Pero sí sabes dónde trabaja, ¿verdad? —sonrió de nuevo cuando la miré— Solo es cuestión de buscar el número en Internet... —dijo mientras buscaba— y marcar.

Y me puso su móvil en la oreja la muy cabrita.

Después de algunos tonos respondieron desde la recepción de las oficinas y pregunté si podía hablar con Eduardo, el director del departamento de contable, a lo que dijeron que sí, preguntaron quién era y solo dije mi nombre.

—Cintia.

—Un segundo, por favor, señorita —me dijo la chica al otro lado de la línea.

Miré a Samanta y las dos nos quedamos allí esperando que me pasaran la llamada, tal vez no lo hacían porque igual mi padre ya no estaba en su despacho, pero unos segundos después, la voz del hombre que me dio la vida y que tantas veces había escuchado a lo largo de dieciocho años hasta que se fue, resonó al otro lado.

—Cintia, ¿eres tú, hija? —preguntó.

s

Cogí aire, me quedé paralizada unos instantes y cuando al fin pude reaccionar, contesté.

—Sí, papá, soy yo. Tenemos que hablar, y cuanto antes, mejor.

o

,

—Un segundo, por favor, señorita —me dijo la chica al otro lado de la línea.

Miré a Samanta y las dos nos quedamos allí esperando que me pasaran la llamada, tal vez no lo hacían porque igual mi padre ya no estaba en su despacho, pero unos segundos después, la voz del hombre que me dio la vida y que tantas veces había escuchado a lo largo de dieciocho años hasta que se fue, resonó al otro lado.

—Cintia, ¿eres tú, hija? —preguntó.

Cogí aire, me quedé paralizada unos instantes y cuando al fin pude reaccionar, contesté.

—Sí, papá, soy yo. Tenemos que hablar, y cuanto antes, mejor.

## Capítulo 6



Sabía que aquella no era una buena idea, pero ya no había vuelta atrás.

Le pedí a Samanta que cuando Leire despertara le dijera que había salido porque necesitaba un poco de aire, tan solo eso, ya le contaría la verdad, llegado el momento.

Cogí un taxi y llegué a las oficinas de la empresa donde trabajaba mi padre, entré en recepción, pero iba distraída mirando el móvil y choqué con alguien, con tan mala suerte que perdí el equilibrio y me caí de culo al suelo golpeándome la cabeza.

—Ay, madre, qué golpe —dije intentando levantarme.

—¿Está bien? —preguntó un hombre con una voz muy bonita.

Miré hacia arriba, y a pesar de estar un poquito aturdida, distinguí un rostro de lo más varonil, con mentón cuadrado, piel bronceada que parecía suave, con cabello rubio y unos bonitos ojos marrones. Llevaba un traje azul marino hecho a medida, se notaba por el modo en el que se amoldaba a su cuerpo.

—Dios mío, ¿he subido al cielo? —Fruncí el ceño.

—No soy Dios —el rubio sonrió de medio lado.

—¿Un ángel? —murmuré.

—Tampoco —seguía sonriendo.

—Socio, creo que es la primera vez que te llaman así —miré hacia la izquierda y vi un hombre tan alto como el rubio, también con traje, pero de cabello castaño y ojos verdes.

—Vamos, arriba —volví a mirar al rubio, que me ayudó a levantarme, y me sostuvo al notar que me mareaba un poco.

—¿Cintia? —la inconfundible voz de mi padre me llegó desde algún punto de esa recepción del edificio, y cuando quise darme cuenta lo tenía a mi derecha con la mano en la espalda— ¿Qué ha pasado, hija?

—¿Ella es tu hija? —preguntó el rubio.

—Sí, es Cintia. ¿Estás bien, mi niña? —Miré a mi padre, y durante un segundo volví a ser precisamente eso, su niña, la niña a la que cogía en brazos preocupado cuando tenía cuatro años y lloraba porque me había caído.

A pesar del paso de los años visible en su rostro, seguía siendo el hombre que me hacía reír, el que jugaba conmigo y después con Leire, hasta que simplemente decidió marcharse con su otra familia.

Al igual que en la foto que me había enviado Alex, llevaba traje y se veía mucho más serio que años atrás, a pesar de que también vestía con traje para ir al trabajo.

—Estoy bien —me aparté de mi padre y del rubio, y toqué mi cabeza una vez más para comprobar que no tenía sangre.

—Te has dado un golpe muy fuerte en la cabeza —dijo el rubio.

—No sangra, está perfecta. ¿Podemos ir a algún sitio a hablar? Tengo un poco de prisa —dije mirando a mi padre

—Sí, claro, vamos a la cafetería de allí enfrente —señaló al otro lado de la calle, y asentí.

Empecé a caminar hacia la puerta y noté que me dolía un poco la nalga derecha, ahí sí que iba a tener un buen moratón. Cuando noté que iba sola, miré hacia atrás por encima del hombro y vi que mi padre seguía hablando con ellos, el rubio me miraba con curiosidad y volví a girarme.

—Vamos, hija —lo miré cuando se unió a mí.

—Si no te importa, prefiero que me llames Cintia.

—Sigues siendo mi hija.

—Una pena, la verdad.

—Cintia, no quiero que esto se convierta en una pelea.

—Tranquilo, que no lo va a ser.

Crucé la calle sin decir nada más, entramos en la cafetería y tras pedir un par de cafés, esperamos que nos los sirvieran para hablar.



)

—¿Cómo os ha ido estos años? —preguntó.

—¿En serio te importa después de diez años?

—Sois mis hijas, por supuesto que me importa.

—No es eso lo que parecía cuando te largaste en mitad de la noche dejándonos unas míseras notas. Pero te diré que nos ha ido bien, aunque no tanto como a ti. Mamá trabajó hasta el momento en el que se quedó sin fuerzas para ello, yo conseguí sacar mis estudios adelante al mismo tiempo que trabajaba para ayudarla, aun incluso cuando me independicé, y desde que murió estoy cuidando y criando a Leire. Tú en cambio llevas una buena vida tienes un trabajo en una empresa importante, vistes con firmas caras, estás casado y tienes un hijo.

—Te aseguro que no ha habido un solo día que no haya pensado en vosotras —dijo mirándome—. Julia me decía que os llamara.

—¿Tu mujer?

—Sí —sonrió y vi que le brillaban los ojos—. Es una buena mujer.

—Que nos robó a nuestro padre.

—No digas eso, Cintia. Ella no me permitía dejarte, y cuando supo que Leire estaba en camino, mucho menos. Cuando venía a ver a vuestro hermano.

—Yo solo tengo una hermana —le corregí, y él suspiró mientras asentía.

—Cuando venía a verle, Julia no dejaba de decirme que tenía que hablar con vosotras y contároslo, pero vuestra madre no me lo permitió. Sé que ella se cansó de luchar por algo que nunca volvería a ser como una vez fue, yo no la quería tanto como antes, me había enamorado de Julia y cuando me dijo que podía irme, que me liberaba de la carga de estar con ella, lo hice, pero perdiendo a mis hijas, que es lo que yo más amaba del mundo. Fue tu madre la que me pidió que no os llamara nunca, la que dijo que, si me iba, lo hacía con todas las consecuencias. Y me arrepiento de no haberos buscado.

—¿Por eso ahora has enviado a tu hijo a hacerlo?

—No, eso lo ha hecho porque ya es mayor de edad y quería que supierais de su existencia. Cuando tu madre me contó lo de su enfermedad me dijo que lo hacía para darme tu número de teléfono y que, si alguna vez me atrevía a hacer lo que no hice en esos años, pudiera buscaros.

—¿Por qué le diste mi número a tu hijo?

—Porque él me pidió probar suerte. Me ha dicho que ha estado hablando con Leire estos días.

—Esa niña es una rebelde cuando quiere, le dije que no quería saber nada y lo ha hecho todo a mis espaldas.

—Recuerdo a cierta joven de dieciséis años a la que sus padres le dijeron que no podía quedarse toda la noche de fiesta al acabar el curso, y apareció a la mañana siguiente —arqueó la ceja.

—Esa joven dejó de ser una rebelde con dieciocho años, cuando tuvo que ayudar a su madre a cuidar de su hermana de seis años. Y si le preguntas a Samanta, esa joven ahora es como una mujer de cincuenta años que , apenas sale porque es madre prácticamente a tiempo completo —resoplé.

—Siento mucho de lo tu madre, Cintia. La quise durante muchos años, ella me dio lo mejor que tengo en esta vida, junto con mi otro hijo.

—No puedo creer que la engañaras —negué cogiendo mi taza—. Es que no me entra en la cabeza que tuvieras un enamoramiento así con otra persona y mandaras a la mierda una relación de tantos años.

—Hija, el ser humano controla muchas cosas, pero no su propio corazón cuando se enamora de alguien.

—Ni siquiera te casaste con ella —dije con pena—. ¿Por qué con mamá no, pero con Julia sí?

—Era tu madre la que no quería casarse. Desde el momento en el que supe que estaba embarazada le pedí que nos casáramos, pero dijo que no, que no quería condenarme a estar con ella solo por el hecho que se hubiera quedado embarazada. Ella pensaba que no la quería, y lo hice cada día como el primero, hasta que...

—Dejaste de hacerlo —suspiré.

—Sí. Cintia, aunque dejara de querer a vuestra madre, jamás dejé de quererlos a vosotras. Me acordaba en todos vuestros cumpleaños y en Navidades, quería llamaros, te lo juro, pero le dije a tu madre que no lo haría. Tal vez no quieras creerme, pero en estos diez años he ido metiendo dinero en una cuenta a mi nombre donde quedó reflejado que vosotras sois las beneficiarias. En regalos de cumpleaños y Navidad, hay veinticuatro mil euros para cada una. Ese dinero es vuestro, y quiero que lo tengáis ya.

—No necesitamos tu dinero. No quiero que tu mujer y tu hijo se molesten pensando que hemos venido a pedirte algo que no queremos.

—Ellos saben que esa cuenta existe. Julia lo supo en el momento que la abrí, y Alex lo sabe desde que le contamos que tiene dos hermanas.

—Puedes dárselo a tu hijo, seguro que con eso se pagará una buena carrera universitaria.

—Es vuestro, Cintia, de nadie más. Y si no lo aceptas ahora, seguirá aumentando la cifra hasta que me muera.

No dije nada, miré hacia otro lado y sentí una punzada de dolor enorme al pensar que durante esos diez años había estado viviendo con su otra familia, mientras mi hermana y yo esperamos volver a verlo durante años.

—Me gustaría pedirlos que vengáis a cenar esta noche con nosotros. Julia quiere conocerlos —dijo.

—No creo que sea buena idea, no quiero confundir a Leire haciéndole creer que volveremos a ser una familia.

—Solo piénsalo, por favor —me pidió mientras apuntaba algo en un papel—. Este es mi número de móvil, llámame si finalmente decidís venir. De verdad que me gustaría tener una cena con mis tres hijos y mi mujer.

—No te prometo nada. Gracias por el café —dije mientras me ponía en pie dispuesta para marcharme, y él se levantó también.

—Me ha gustado verte —sonrió—. Te pareces a tu madre, has heredado su belleza.

—En cambio de ti tengo la cabezonería, que era lo que decía ella. Adiós.

Mi padre asintió y vi en su mirada que se quedaba con las ganas de darme un abrazo, pero a mí en ese momento no me salía dárselo.

Nos había abandonado solo porque mi madre se lo pidió, o porque le prohibió llamarnos, como lo quisieran adornar entre los dos.

Si mi madre estuviera viva no me habría enterado de esto hasta dentro de muchos, muchos años. Y con ella muerta, lo peor de todo era que no podía recriminarle que hubiera sido el artífice de pedirle a mi padre que no nos llamara nunca.

A él me costaría perdonarle que nos dejara, si es que alguna vez lo hacía, pero a ella, no podría perdonarle nunca que le hiciera aquella petición. ¿De verdad una madre que quiere a sus hijos le pediría aquello a su padre?

Prácticamente le había hecho elegir entre las dos hijas con las que había convivido a diario durante años, y el hijo al que veía algunos fines de semana.

Estaba claro que no podía hablar sobre algo que no sabía cómo manejaría de haberme pasado, pero probablemente no haría que el padre de mis hijas se olvidara de ellas, porque pidiéndole eso, les haría daño a ellas, como había sido nuestro caso.

Regresé al apartahotel y encontré a Samanta y Leire en la piscina, mi amiga estaba tomando el sol y mi hermana

nadando un poco. Cuando me preguntó cómo había ido y le conté toda la conversación, no dudó en expresar su humilde opinión.

1—Deberías hablar con ella, decirle que has visto a vuestro padre y lo que él quiere. No seas como tu madre, Cintia, al menos deja que tu hermana tome la decisión de si quiere verlo y conocer a su mujer, o no.

Se fue al agua, dejándome sola y pensando.

nadando un poco. Cuando me preguntó cómo había ido y le conté toda la conversación, no dudó en expresar su humilde opinión.

—Deberías hablar con ella, decirle que has visto a vuestro padre y lo que él quiere. No seas como tu madre, Cintia, al menos deja que tu hermana tome la decisión de si quiere verlo y conocer a su mujer, o no.

Se fue al agua, dejándome sola y pensando.

## Capítulo 7



Hice caso al consejo de Samanta, y le conté a mi hermana que había hablado con nuestro padre.

Cuando le dije que quería cenar con nosotras y que conociéramos a su mujer, tenía claro que haríamos lo que ella quisiera, y sí, quería ir a esa cena con ellos.

Le hablé de lo que me había dicho sobre el dinero y que lo rechacé, pero que él insistió en que era nuestro y que, como tal, seguiría ingresando en la cuenta por nuestros cumpleaños y Navidad hasta que no pudiera hacerlo y seríamos las únicas beneficiarias.

En la maleta teníamos solo ropa cómoda y de sport para ese viaje en el que nos habíamos embarcado por carretera no contábamos con una cena en algún sitio elegante, así que después de comer fuimos en busca de un centro comercial donde encontrar algo sencillo, pero bonito que ponernos.

Cuando llamé a mi padre para decirle que sí iríamos, y que Samanta estaba con nosotras y no queríamos dejarla sola, dijo que no había problema, que podíamos llevarla, él la conocía también y sabía que para mí y para Leire era una más de la familia.

Mi hermana se compró un conjunto monísimo, pantalones cortos vaqueros blancos con una camiseta en azul celeste y unas cuñas también blancas. Samanta llevaba un vestido azul marino con unos zapatos de tacón, y yo me decanté por uno en color blanco con las cuñas iguales que las de mi hermana.

Dejamos el coche en el apartahotel y fuimos en taxi hasta la dirección que me había enviado mi padre por mensaje, en el momento en el que bajamos y nos quedamos ante aquella puerta, escuché a mi hermana suspirar.

—Estoy nerviosa —dijo, y le cogí la mano para darle un leve apretón.

—Es normal, hace mucho que no lo ves —sonreí—. Leire, que te quede claro que a la mínima que te sientas incómoda, nos vamos. No voy a permitir que nos diga nada, ni él, ni ella.

—Vale.

—Les doy una oportunidad, por ti, porque sé que quieres verlo, pero solo eso. Decidió hacer lo que le dijo mamá ; no buscarnos. Por mí, te aseguro que no habría aceptado nada de esto.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—¿Entramos, chicas? —dijo Samanta, y asentimos.

Una vez dentro de aquel lugar que se veía de lo más elegante, con música suave de fondo, paredes grises, suelos de madera oscura y muebles blancos con mantelería negra y blanca, una mujer de unos cuarenta años con una simpática sonrisa nos llevó hasta la mesa en la que esperaban nuestro padre y su familia.

En cuanto él nos vio, sonrió, y noté la mano de mi hermana cogiendo la mía, la miré y vi que estaba cogiendo y soltando aire despacio, como cuando se ponía extremadamente nerviosa.

—Tranquila, cariño —me miró y asintió.

—Cintia, Leire, estáis preciosas —dijo mi padre, poniéndose en pie.

—Tú estás más mayor —contestó Leire, nerviosa, y eso hizo que todos riéramos.

l,

—El paso de los años que no perdona, hija —sonrió él—. Al igual que tu hermana, te pareces mucho a vuestra madre —le acarició la mejilla a Leire y ella soltó mi mano para abrazarlo.

—¿Por qué tuviste que irte? —le preguntó en un leve sollozo.

—Ratoncita, lo siento mucho —la llamó de aquel modo que solía hacer, y eso nos emocionó a las dos.

La mujer de mi padre, que si no recordaba mal me había dicho que se llamaba Julia, era guapísima y elegante. No creía que fuera mucho mayor de lo que era mi madre, quizás tuviera unos cincuenta años, no más. Tenía el cabello castaño y los ojos marrones un poco más claros que los de mi padre y su hijo. Sonreía con los ojos vidriosos y cuando se levantó, vi que era igual de alta que yo con los tacones.

Llevaba un vestido negro entallado hasta la cintura, de tirante ancho, y la falda se veía de tela suave y vaporosa. Le sentaba muy bien.

—No sabéis cuánto me alegra veros por fin con vuestro padre —dijo con una sonrisa sincera.

—Podía habernos buscado antes, la verdad —contesté sin poder callarme, y noté un pellizco en el brazo que me acababa de dar Samanta, la miré molesta y ella me reñía como si yo no fuer más que una niña pequeña con una rabieta. Genial.

y—Lo sé, Cintia, se lo dije muchas veces, pero no quería que vuestra madre os prohibiera verlo. Aun así, os vio alguna vez en la distancia.

—¿Qué? —preguntó Leire.

—Sentémonos, y os lo cuento —dijo mi padre.

Tras presentarnos a Julia formalmente y que nosotras le presentáramos a Samanta, nos sentamos a la mesa y se acercó un camarero para ver si sabíamos qué íbamos a tomar.

Yo tan solo pedí una ensalada, siendo sincera no me iba a entrar nada más, por mucho que mi padre insistiera en que debía comer algo más. Finalmente, Julia le pidió que no insistiera ni me agobiara, cosa que agradecí cuando ella me miró sonriendo.

Fue entonces cuando mi padre nos contó que había ido varias veces a Sevilla en aquellos años solo para vernos desde lejos. Se paraba con el coche frente a la casa y nos veía a Leire y a mí en el jardín, o salir para ir a la compra, o a clase.

Nunca se acercó para que mi madre no lo viera y de ese modo volviera a prohibirle hablar con nosotras.

—Yo solo quería asegurarme de que estabais bien —dijo.

—Podrías haberte acercado a mí, era la mayor, si me hubieras contado todo, tal vez lo habría entendido —contesté.

—Quería hacerlo, pero conocía a vuestra madre y prefería que no os pusiera en mi contra.

—¿Por qué ahora, entonces? —preguntó Leire.

)

—Porque llevo queriendo conoceros tres años, y ahora que soy mayor de edad no me iba a impedir nadie que lo hiciera —le respondió Alex.

—Chicas, sé que para vosotras no soy más que la mujer que se interpuso en la relación de vuestros padres.

—Julia, eso no es cierto. Sabes que simplemente pasó y que yo en aquel entonces...

—Amor, lo sé, pero para ellas soy como una bruja de cuento, ¿verdad? —sonrió.

—Creo que estás muy cerca de serlo, Julia —contestó Samanta, haciendo que todos riéramos.

—No pareces una mala persona, y tampoco la clase de mujer que querría robarle el marido a otra —le aseguré—,



más que nada porque si lo que me dijo sobre ti es cierto, tú no le permitiste abandonarme y tampoco dejar a mi madre cuando volvió a quedarse embarazada.

—No, no lo hice. Prefería que me olvidara a mí, que se hiciera cargo de nuestro hijo si lo deseaba, pero que no dejara a sus hijas. Mi intención no es ni mucho menos que vuestra madre quede como la mala, pero fue ella quien lo alejó de vosotras.

—Lo sé —susurré mientras miraba mi copa de vino—. Y no debió hacerlo, o al menos pudo contármelo, es lo que yo habría hecho con mis hijas.

—Cintia, como madre te diré que a veces nos equivocamos, y de la peor manera, puedes creerme. Vuestra madre no os contó nada porque no es fácil asimilar que te dejan por otra persona, y posiblemente no querría haceros pasar a vosotras por lo mismo.

—Pero habríamos entendido todo —dijo mi hermana.

—Y tal vez ahora no estarías aquí —comentó Alex, y le miramos—. Lo sabéis, si hubierais sabido todo esto hace tiempo, no habríais venido.

Tenía razón, posiblemente no estaríamos ahora aquí sentadas con nuestro padre y su familia, si mi madre me lo hubiera contado cuando él se marchó, y yo se lo habría hecho saber a mi hermana tiempo después.

Nos trajeron la cena y pasamos a hablar sobre nosotras, a contarle a nuestro padre cómo nos habían ido esos años, cómo nos afectó la muerte de nuestra madre y que, a pesar de todo, nos manejábamos bien viviendo las dos solas.

También nos contó cómo le había ido él, nos habló mucho de Julia y Alex, de ese niño que, según decía mi padre, le recordó mucho a mí cuando entró en la adolescencia.

—Era un rebelde —rio Julia, que se mostraba con Leire y conmigo muy cercana y simpática—. Recuerdo una noche que nos tuvo despiertos llamando a hospitales y comisarías porque su móvil estaba apagado. Cuando apareció por la mañana, lo hizo tan tranquilo, entrando por la puerta de lo más sigiloso sin darse cuenta de que nosotros lo estábamos viendo.

—Y casi me da un infarto cuando escuché la voz de papá preguntarme: “¿a dónde crees que vas, muchacho?” —reímos al escucharlo poner un tono de voz muy parecido al de nuestro padre— Por Dios, os aseguro que di un bote en el pasillo.

—Infarto estuvo a punto de darme a mí, que creí que mi hijo estaba en alguna cuneta de la carretera.

—Mamá, tú tan positiva como siempre —Alex volteó los ojos.

—Al menos lo castigaríais, porque cuando yo hice eso, me quedé un mes sin móvil y sin salir, que venía Samanta a verme por la ventana de mi habitación.

—Parecía que estaba la pobre en una cárcel. ¿Te acuerdas que te llevé una bolsa de bollos con varias limas? —rio Samanta.

—Me castigaron, sí, todo el verano cortando el césped del jardín, sin móvil dos semanas y sin poder salir un mes.

—¿Solo dos semanas sin móvil? —Arqueó la ceja— Ahora ya sé quién es tu hijo favorito —resoplé.

—No digas eso, Cintia, vuestro padre os quiere a todos por igual —me aseguró Julia—. Jamás ha hecho distinciones, y siempre que le han preguntado cuántos hijos tenía, contestaba que tres, solo que sus dos hijas vivían con su primera esposa. Siempre, siempre, os ha tenido muy presentes.

Mi padre sonrió a su esposa, le cogió la mano y se la acercó a los labios para darle un beso, después no la soltó en ningún momento mientras tomábamos el café.

Leire me miraba y sabía que le gustaba estar allí, recuperando un poco del padre que había perdido.

Y Julia, su esposa, no podía decir nada malo sobre ella, porque nos estaba tratando a las dos con un cariño increíble, a pesar de lo que pudiera parecer.

Después de cenar nos levantamos y fue ella quien se acercó a mí, cogiéndome del brazo, sonrió y me dio las gracias.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por esta noche, a tu padre le ha hecho muy feliz.

—Lo he hecho por Leire, yo no habría venido sola.

—Lo sé, cielo. Me gustaría proponerte algo.

—¿El qué?

—Que comamos las cuatro juntas mañana. Hace siglos que no tengo un día de chicas —suspiró—. Las viejas amistades se fueron yendo de Madrid, y la mujer de Miguel, el amigo de tu padre, falleció hace algunos años.

—Yo, no sé...

—Solo es una comida, Cintia —sonrió.

Miré a Leire y mi padre, ambos sonreían y caminaban abrazados. Tal vez debería hacerlo por ella, por mi hermana pequeña. Había perdido a nuestra madre y si yo hacía ese pequeño esfuerzo, quizás podría recuperar la relación con nuestro padre, además de ganar un hermano y una mujer que la ayudara en aquello que yo no pudiera.

—Está bien, solo dime dónde y a qué hora —contesté.

—Mañana te mando la dirección a primera hora.

—A ver, hermanas —miré a Alex con el ceño fruncido al escucharlo cuando salimos a la calle—. No me mires así, Cintia, sois mis hermanas y voy a aprovechar para llamaroslo cuando quiera. Os invito a tomar una copa en uno de los mejores locales de todo Madrid. Van muchos famosos, así que igual os encontraréis con algún actor que os guste.

—Es un poco tarde —dijo Leire, mirándome, pues de normal no la dejaba llegar más tarde de las doce a casa.

—¿Pero va a poder entrar ella? Que tiene solo dieciséis años.

—Puede entrar porque va con su hermana, además, estará Santi esperándonos también —contestó Alex, pasando el brazo por los hombros de Leire.

—Y si está Santi, seguro que estarán Álvaro e Iker —comentó Julia.

—Pues seguramente que también, ya sabes cómo son ese par —rio mi padre.

—Si no va a haber ningún problema porque esté ella... —dije mirando a Leire.

—Absolutamente ninguno.

—Una copa y nos vamos —advertí.

—A la orden, hermana mayor —Alex se llevó la mano a la sien a modo de saludo militar, algo que me sacó una sonrisa.

A pesar de ser mucho más alto que yo, y parecer él el hermano mayor, iba a obedecerme, cosa que agradecía.

Nos despedimos de nuestro padre y Julia, y Alex paró un taxi en el que subimos los cuatro para ir hacia el local.

Una vez que llegamos vimos que había varias personas esperando en la calle para poder entrar. Nos acercamos a la puerta y en cuanto el portero vio a Alex, lo saludó y nos dejó entrar.

Todo el local estaba iluminado con luces azules y blancas, había algunos neones en las paredes con forma de flor y una de Loto haciendo honor al nombre del local, pues se llamaba Loto, y tras la barra también había uno un poco más grande.

No tardamos en ver a Santi, que se acercó a saludarnos y nos llevó a la barra donde pedimos un refresco para Leire y gin tonic para los demás.

Samanta me llamó la atención un par de veces para decirme que había visto a un tertuliano de un programa de televisión, a un concursante de un *reality show*, y a un actor de telenovelas que estaba en España promocionando la nueva en la que participaba.

—Por ahí vienen Álvaro e Iker —escuché que le dijo Santi a Alex.

Miré hacia el lugar al que miraban ellos, y reconocí al rubio con el que choqué esa mañana, y al de cabello castaño que lo acompañaba.

Cuando se acercaron y saludaron a Santi y a Alex, fue él quien hizo las presentaciones.

—Espero que tu cabeza y tu trasero estén bien —me dijo el rubio, que resultó ser Álvaro.

—Perfectamente, sí —respondí.

—¿Os conocíais? —curioseó Alex.

—Nos hemos visto esta mañana, sí —dije cogiendo mi copa para dar un sorbo, evitando mirar a Álvaro.

Pero fue peor mirar a mi amiga, pues estaba con esa sonrisa de diablilla que tenía. Le había contado esa mañana lo que me había pasado y sabía quiénes eran ellos.

—La cosa se pone mucho más interesante en este viaje —dijo ella, sin dejar de sonreír.

Todo el local estaba iluminado con luces azules y blancas, había algunos neones en las paredes con forma de flor de Loto haciendo honor al nombre del local, pues se llamaba Loto, y tras la barra también había uno un poco más grande.

No tardamos en ver a Santi, que se acercó a saludarnos y nos llevó a la barra donde pedimos un refresco para Leire y gin tonic para los demás.

Samanta me llamó la atención un par de veces para decirme que había visto a un tertuliano de un programa de televisión, a un concursante de un *reality show*, y a un actor de telenovelas que estaba en España promocionando la nueva en la que participaba.

—Por ahí vienen Álvaro e Iker —escuché que le dijo Santi a Alex.

Miré hacia el lugar al que miraban ellos, y reconocí al rubio con el que choqué esa mañana, y al de cabello castaño que lo acompañaba.

Cuando se acercaron y saludaron a Santi y a Alex, fue él quien hizo las presentaciones.

—Espero que tu cabeza y tu trasero estén bien —me dijo el rubio, que resultó ser Álvaro.

—Perfectamente, sí —respondí.

—¿Os conocíais? —curioseó Alex.

—Nos hemos visto esta mañana, sí —dije cogiendo mi copa para dar un sorbo, evitando mirar a Álvaro.

Pero fue peor mirar a mi amiga, pues estaba con esa sonrisa de diablilla que tenía. Le había contado esa mañana lo que me había pasado y sabía quiénes eran ellos.

—La cosa se pone mucho más interesante en este viaje —dijo ella, sin dejar de sonreír.

## Capítulo 8



Llevábamos diez minutos en la barra con los dos recién llegados, cuando Santi dijo que se había quedado libre uno de los reservados, así que cogimos nuestras copas y fuimos hacia allí.

Nos sentamos y vi que Iker no dejaba de mirar a mi hermana.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No es mayor de edad —la señaló.

—No, no lo es, pero está con nosotros —contestó Santi, que señaló a Alex y a él alternamente.

—Además nos iremos enseguida —dijo Leire.

—Si te preguntan di que eres mi hija —sonrió Iker.

—¡Hala! Pero si se te ve joven —rio mi hermana.

—Tiene cuarenta y dos años, podría ser nuestro padre perfectamente —respondió Alex.

—Y el mío, si me apuras —rio Santi.

—Los dos podríamos serlo, sí, que mi socio tiene cuarenta.

—Pero a diferencia de ti, que sí lo eres, yo no soy padre.

—¿Tienes hijos? —preguntó Samanta.

—Uno, de cinco años, pero que vale por tres. Se llama Pablo —le contestó.

—¿Trabajáis en la empresa donde trabaja nuestro padre? —curioseé.

—No, no trabajamos allí. Esa es la empresa del padre de Álvaro, nosotros tenemos otro negocio.

—¿Y a qué os dedicáis? —insistí.

—Álvaro tiene una discográfica y yo soy su socio.

—Qué guay. Conoceréis a muchos cantantes, y grupos —comentó Leire.

—De hecho, sí, nuestra discográfica lanza al mercado álbumes de varios artistas. Y organiza conciertos para muchos de ellos también —le contestó Álvaro.

—El concierto al que vamos mañana, es uno de los grupos de su discográfica —le dijo Alex a mi hermana.

—No, o sea, estás de broma —ella miraba a Alex con los ojos muy abiertos.

—No bromea —sonrió Álvaro—. ¿Tenéis entradas para ir?

—Sí, de casualidad y desde donde veremos al grupo como si fueran hormigas, pero sí, las tenemos —contestó Samanta.

Álvaro miró a Santi y, sin que dijera una sola palabra, el chico sonrió y asintió.

—Ya están hablando mentalmente —dijo Alex—. Santi es ayudante y asistente de Álvaro, y esto que habéis visto lo hacen mucho. Hablan sin que los demás nos enteremos.

—Ni yo tengo esa capacidad con el chico, lo suyo es asombroso —comentó Iker.

En ese momento empezó a sonar una de las canciones del grupo, y mi hermana dio un bote en la silla. Alex la cogió de la mano y se la llevó a bailar, Santi los siguió.

Samanta se disculpó para ir un momento al baño, y vi que Iker se levantaba diciendo que iba a la barra a pedir otra ronda de lo mismo.

—No, no, de verdad, que cuando vuelvan Leire y Alex, nosotras nos vamos —dije.

—Vamos, mujer, que solo es una copa. Después podemos llevaros si queréis —Iker me hizo un guiño y se fue sin esperar a que volviera a negarme.

—Si alguien ve aquí a Leire...

—Tranquila, en este local nunca ha habido problemas y está con nosotros. La discográfica es un buen

patrocinador de Loto, y ayudamos a organizar algunos eventos aquí —contestó acercándose el vaso para dar un sorbo al whisky, y mientras tragaba, no pude evitar ver el movimiento de su nuez de Adán.

Me bebí lo que quedaba en mi copa y observé a Leire bailando y riendo con Alex. En ese momento entendí que era lo que mi hermana necesitaba, alguien más cercano a su edad para ser la adolescente que debía ser, aunque tuviera a sus amigas.

—Así que, vosotras sois las hijas de las que tanto habla Eduardo —comentó Álvaro a mi lado.

—¿De verdad habla de nosotras? Siempre creí que nos había olvidado, como quien deja un trasto viejo en el garaje y no vuelve a verlo nunca.

—Desde el momento en el que se mudó a Madrid y empezó a trabajar para mi padre, ha hablado de sus dos hijas. No sé qué pasó para que no os haya visto en estos años, pero te aseguro que se le hacía un mundo.

—No sería para tanto, o habría hecho caso omiso de lo que le dijo nuestra madre.

—Cuando llegaba Navidad decía que, ojalá tuviera a sus hijas en casa. Incluso cuando se acercaba su cumpleaños quería que estuvierais aquí con él. Negaré haber dicho lo que voy a decir en caso de que se te ocurra contárselo a él, o a alguien, puesto que hice una promesa aquella noche hace ya cinco años. Celebrábamos su cumpleaños, cincuenta y tres si no me equivoco.

—No te equivocas, ahora tiene cincuenta y ocho —contesté, y Álvaro asintió.

—Tu padre lloró estando a solas conmigo esa noche, diciendo que debía haberle dicho a vuestra madre, que no pensaba renunciar a vosotras. Pero asumió que era el castigo que ella le imponía por haberle sido infiel y dejarla. Lo ha pasado mal, Cintia, puedes creerme —dijo mientras me miraba fijamente a los ojos.

—Leire era solo una niña y no entendía nada, yo tenía la edad de Alex y tampoco lo entendía, no supe la verdad hasta hace unos días —evité decir que había leído la nota que mi padre le dejó a mi madre, y que lo supe cuando ella murió, el año anterior.

—Conozco a Eduardo, y sé que teneros aquí le ha dado la vida. Alex también quería conoceros, ha pasado los últimos tres años con esa idea en la cabeza. Recuerdo cuando le contó la verdad, y cómo se enfrentó a él con solo quince años. Tu padre le dijo que cuando fuera mayor de edad podría hacer lo que quisiera, pero antes, no. Y si te soy sincero, sé que lo hizo porque Leire aún era pequeña y no quería confundirla.

—Sigue siendo pequeña, no es mayor de edad.

—Pero se la ve madura, se nota que tu madre y tú, la educasteis bien.



—El último año he estado cuidando yo sola de ella. Desde que nuestra madre murió.

—Pues mis más sinceras felicitaciones —chocó su vaso con el mío—, lo has hecho bien, no es fácil lidiar con un adolescente.

—Eso dice Samanta —sonreí—. Nosotras lidiamos con niños de cuatro y cinco años, que son un poquito menos rebeldes.

—¿A qué os dedicáis?

—Somos maestras en una escuela infantil.

—Os admiro, en serio, y estoy seguro de que Iker hará lo mismo. Si ya es complicado tener paciencia con uno, que vale por tres, no quiero imaginarme tener a varios pequeños diablillos alrededor.

—No es tan malo —sonreí.

—Tienes una sonrisa preciosa —dijo de pronto, acariciándome la mejilla, y me quedé enganchada a sus bonitos ojos marrones.

En ese momento me recordaron al chocolate, y brillaban de tal modo por los destellos de luz, que hacían que parecieran un poco más claro de lo que eran.

—Gracias —murmuré notando que me sonrojaba, pero es que hacía diez meses que nadie me regalaba un piropo o unas palabras así de bonitas.

—No tienes que darlas, es la verdad.

Iker regresó con una bandeja y varias bebidas y arqueé la ceja.

—En mis ratos libres, cuando no soy padre, soy camarero —hizo un guiño.

—Socio, que van a pensar que te pago poco.

—Ah, pero, ¿me pagas? —Abrió los ojos.

—Lo que tengo que escuchar.

Me reí con disimulo, esos dos eran como Samanta y yo.

Cuando los demás volvieron a la mesa, seguimos hablando del concierto, Leire preguntaba cómo iba a ser y

Álvaro tan solo dijo que esperaba sorprender a los fans con lo que habían preparado.

Noté en varias ocasiones que me acariciaba en cuello o el hombro sin que nadie lo viera, yo lo miraba y él me hacía un guiño.

En el momento en el que todos hablaban de algo para lo que nosotros no entrábamos, Álvaro hablaba conmigo y me daba la sensación de que se mostraba coqueto, además del modo en el que me miraba.

Estaba poniéndome un poco más nerviosa cada vez que sus ojos se encontraban con los míos, o cómo me observaba cuando creía que no me daba cuenta. Cuando terminé mi copa y vi que Samanta y Leire también habían acabado sus bebidas, dije que era hora de irnos.

—¿Os acercamos? —preguntó Iker.

—No, gracias, iremos en taxi —contesté.

—Leire, acuérdate de llamarme mañana cuando lleguéis al recinto del concierto, ¿sí? Nos vemos en la puerta y entramos juntos —le pidió Alex, dándole un abrazo.

—Vale. Adiós, Santi, nos vemos mañana —se despidió de él también con un abrazo.

—Adiós, pequeña.

o—Álvaro, Iker, encantada de haberos conocido —sonreí mientras me despedía de ellos con la mano.

Ambos asintieron, y fuimos las tres hacia la puerta para salir a la calle, parando el primer taxi que vimos.

—Tenéis un hermano muy majo —dijo Samanta.

—Julia también es agradable —comentó Leire, mirándome de reojo.

—Sí, sí lo es. Y mañana comemos con ella, tiene que mandarme la dirección.

—¿En serio? —preguntaron ambas.

—Sí, me lo pidió antes de que nos fuéramos con Alex.

—Hermana.

—Leire, no es nuestra madre y sé que nunca la veré como tal, pero es la mujer de nuestro padre y se ve que se quieren. Lo mínimo que puedo hacer es respetar eso, aunque siga dolida con él y con nuestra madre por habernos

ocultado esto.

Leire asintió, y el resto del camino hasta el apartahotel lo hicimos en silencio.

Cuando entramos, saludamos al pequeño Nemo que maullaba buscando mimos, y Leire se lo llevó a la habitación mientras se ponía el pijama y en cuanto le dejó de nuevo en su recinto, se acurrucó para seguir durmiendo.

Lo que le había dicho a mi hermana era cierto, no dejaría de estar dolida ni tendría la mejor de las relaciones con mi padre tras diez años de ausencia en nuestras vidas, pero al menos llevaría una relación cordial con él y su familia por ella, por Leire.

ocultado esto.

Leire asintió, y el resto del camino hasta el apartahotel lo hicimos en silencio.

Cuando entramos, saludamos al pequeño Nemo que maullaba buscando mimos, y Leire se lo llevó a la habitación mientras se ponía el pijama y en cuanto le dejé de nuevo en su recinto, se acurrucó para seguir durmiendo.

Lo que le había dicho a mi hermana era cierto, no dejaría de estar dolida ni tendría la mejor de las relaciones con mi padre tras diez años de ausencia en nuestras vidas, pero al menos llevaría una relación cordial con él y su familia por ella, por Leire.

## Capítulo 9



Llegamos a la dirección que me envió Julia por mensaje diez minutos antes de la hora, por lo que entramos las tres en el restaurante y una chica muy amable nos acomodó en la mesa que ella había reservado.

Al igual que el de la noche anterior, aquel restaurante era muy elegante, más luminoso dada la cantidad de ventanales que había, y con las paredes y suelos, así como el mobiliario, en tonos claros, daba esa sensación de ser más amplio de lo que era.

—¿Qué desean tomar? —preguntó un camarero cuando nos entregaba las cartas.

—Agua, por favor.

—Enseguida —sonrió.

—Ese postre tiene una pinta buenísima —dijo Leire al ver a una camarera dejando un pastel con varias capas de bizcocho con nata, fresas y cobertura de sirope en una mesa cercana.

Eché un vistazo a la carta y tenían una gran variedad de platos de todo tipo, contaban con entrantes, ensaladas, arroces, pasta, carne o pescado, y me llamaban la atención algunos de ellos que solo por el modo de presentación daban ganas de probar.

—¿Qué vais a pedir? —preguntó Samanta.

—Pues yo, una ensalada y pescado —contesté—, lo que no sé es cuál de todos los pescados que hay.

—Yo quiero pasta, y carne asada —respondió Leire.

—Me apunto a los carbohidratos, nena —rio Samanta, haciéndole un guiño a Leire.

—Señoritas —el camarero dejó un par de botellas de agua helada en la mesa, y cuando preguntó si sabíamos qué íbamos a tomar, no me dio tiempo a responder que esperábamos a alguien más, pues justo en ese momento apareció Julia.

—Decidme que no os he hecho esperar mucho, por favor —nos pidió.

—No, tranquila, hemos llegado un poco antes —sonreí.

—Gracias al cielo. ¿Habéis pedido agua? —Frunció el ceño mientras se sentaba.

—Sí, anoche tomamos vino y después unos gin tonics en el local, así que hoy es en plan détox para la comida —contestó Samanta.

s—Entonces beberé agua también. ¿Sabéis que vais a pedir? Aquí el pescado siempre es fresco —dijo mientras cogía la carta.

Después de pedir y quedarnos solas, Julia preguntó cómo lo habíamos pasado con Alex y Santi, a lo que Leire dijo que fue como si hubiera salido con sus amigos por Sevilla.

—Alex tenía muchas ganas de conoceros —sonrió—. Siempre andaba pidiéndome un hermano, o una hermana, pero no pude volver a quedarme embarazada. Con él hubo algunas complicaciones en el parto y tuvieron que operarme de urgencia.

—Lo siento —contestamos las tres al unísono.

—Bueno, pero ahora os tengo a vosotras. Y no, no pretendo ocupar el lugar de vuestra madre, pero sí me gustaría al menos que fuéramos amigas.

Me miró a mí cuando lo dijo, pues no era ningún secreto que, de las dos hermanas, yo era la más reacia a confraternizar con ella, o con mi padre.

Y debía admitir que Julia era una buena persona, se la veía cariñosa y con Alex se notaba que era una buena madre, pero aún era demasiado pronto para tener una relación más allá de la cordialidad que pretendía.

Mientras comíamos nos contó algo que mi padre no había querido contarnos la noche anterior, y es que él sí que había llamado a nuestra madre en ese primer cumpleaños de cada una de nosotras para felicitarlos, y fue ella misma la que le dijo que no llamara más, que había decidido irse con todas las consecuencias y esas eran, principalmente, perdernos a nosotras.

Era mi madre, la había visto sufrir cuando él se marchó, y por mucho que la quisiera no podía justificar que hubiese hecho aquello, como él decía, en venganza por haberla abandonado a ella.

—Pero hablemos de cosas más alegres —dijo cuando pedimos los postres—. Alex me ha dicho que esta noche vais juntos al concierto.

—Sí, uno de los días que hablamos por mensaje le comenté que me gustaba el grupo, me dijo que a él también y que aún había entradas en la página web y se lo dije a Cintia.

—Y como hermana mayor tuya que es, te dijo que sí —sonrió.

—Lo que no haga Cintia por Leire... —comentó Samanta.

—Así que, decidisteis coger el coche y lanzaros a la carretera para pasar las vacaciones.

—Sí, parando en algunos lugares que pudiéramos ver, pasando uno o dos días, y a continuar de tour por España —contesté.

—Probablemente la última parada sería en casa de mis padres, que cuando se jubilaron volvieron a su pequeño pueblo en Galicia —dijo mi amiga.

—Seguro que les hará ilusión que vayáis, y más si es en plan sorpresa.

—Eso seguro.

—Ya os lo dirá vuestro padre, pero que sepáis que aquí en Madrid, siempre tendréis vuestra casa y podréis venir cuando queráis. No hay playa ni prados verdes donde disfrutar de la naturaleza y el silencio como en Galicia, pero en casa tenemos piscina —sonrió.

—Y allí no hay madres gritando: “¡mi niño, que se ahoga, socorrista!” —dijo Samanta, imitando la voz de la mujer de su urbanización.

—No, no, allí no —rio Julia, como hacíamos nosotras tres—. Estaríamos las cuatro solas porque tu padre trabaja y Alex suele ir a echarle una mano, o se va con Santi a la discográfica de Álvaro e Iker. Vuestro padre cree que quiere ser contable, como él, pero lo de Alex es más la música.

—Lo mío eran los niños, lo de Leire, los animales. No ha tenido hijos contables por lo que se ve —reí.

—No.

Tomamos el postre, del que admito que repetimos todas porque ese bizcocho con nata y fresas estaba buenísimo, y tras el café salimos para volver al apartahotel y prepararnos para la noche del concierto.

—Tenéis que prometerme que antes de ir a Sevilla, os quedaréis aquí unos días con nosotros —nos pidió Julia antes de que subiéramos al taxi.

—No sé cuándo volveremos, pero vendremos antes a veros —contesté.

—A vuestro padre le hará ilusión veros de nuevo. Que os divirtáis esta noche.

—Eso seguro, porque el grupo en directo tiene que ser una pasada —dijo Leire.

—Lo bueno es que como estamos tan lejos del escenario, los tímpanos no se nos van a romper —comentó Samanta.

—¿No estáis cerca?

—

—No, las entradas que quedaban eran en una de las partes más altas y alejadas, vamos que veremos al grupo como hormiguitas —le respondió Leire—. Menos mal que podrán pantallas gigantes para que todo el mundo pueda verlos, o me veía con unos prismáticos.

—Lástima que es lo único que no se nos ocurrió meter en las maletas —suspiré.

—Bueno, aunque sea un poquito lejos, pero divertíos —Julia nos dio un abrazo y subimos al taxi, desde el que la vimos decirnos adiós con la mano.

—Es una mujer muy agradable, vuestro padre y Alex tienen suerte.

—

—No te lo voy a negar, esa mujer es un encanto —contesté.

—A mí me gusta, es muy cariñosa.

Que mi hermana dijera aquello, cuando en los años que estuvimos solo las tres, nuestra madre no había verterrochado demasiado cariño con nosotras, a pesar de que nos quería mucho y las dos lo sabíamos, era sin duda algo que no esperaba escuchar.

Pero la verdad era que Rocío, nuestra madre, era cariñosa a su manera en esos últimos años con nosotras.

Llegamos al apartahotel y el pequeño Nemo empezó a pedir atención, así que ahí fuimos las tres a verle y hacerle mimos antes de arreglarnos para ir a disfrutar del concierto.

y



—No sé cuándo volveremos, pero vendremos antes a veros —contesté.

—A vuestro padre le hará ilusión veros de nuevo. Que os divirtáis esta noche.

—Eso seguro, porque el grupo en directo tiene que ser una pasada —dijo Leire.

—Lo bueno es que como estamos tan lejos del escenario, los tímpanos no se nos van a romper —comentó Samanta.

—¿No estáis cerca?

—No, las entradas que quedaban eran en una de las partes más altas y alejadas, vamos que veremos al grupo como hormiguitas —le respondió Leire—. Menos mal que podrán pantallas gigantes para que todo el mundo pueda verlos, o me veía con unos prismáticos.

—Lástima que es lo único que no se nos ocurrió meter en las maletas —suspiré.

—Bueno, aunque sea un poquito lejos, pero divertíos —Julia nos dio un abrazo y subimos al taxi, desde el que la vimos decirnos adiós con la mano.

—Es una mujer muy agradable, vuestro padre y Alex tienen suerte.

—No te lo voy a negar, esa mujer es un encanto —contesté.

—A mí me gusta, es muy cariñosa.

Que mi hermana dijera aquello, cuando en los años que estuvimos solo las tres, nuestra madre no había derrochado demasiado cariño con nosotras, a pesar de que nos quería mucho y las dos lo sabíamos, era sin duda algo que no esperaba escuchar.

Pero la verdad era que Rocío, nuestra madre, era cariñosa a su manera en esos últimos años con nosotras.

Llegamos al apartahotel y el pequeño Nemo empezó a pedir atención, así que ahí fuimos las tres a verle y hacerle mimos antes de arreglarnos para ir a disfrutar del concierto.

## Capítulo 10



Vaqueros, camisetas, deportivas y las mochilas, listas para una noche de concierto.

Cuando el taxista nos dijo que estábamos llegando al recinto, Leire llamó a Alex, que quedó en esperarnos en la puerta tres c, y allí nos llevó el amable taxista que nos había contado que sus hijas también iban a ver al grupo.

Yo conocía el nombre y algunas de las canciones por Leire, eran un grupo de jóvenes veinteañeros que habían comenzado a ser más reconocidos en el mundo musical hacía un año y medio, y cuando vi la cantidad de fans que había en aquel lugar, no lo podía creer.

Si ya tenían esa legión de seguidores, no me cabía la menor duda de que en un par de años serían muchos más.

—Así debían ser los conciertos multitudinarios de Los Beatles —dijo Samanta cuando pasamos por una zona donde había varias chicas de entre catorce y dieciséis años cantando.

—Como mínimo —sonreí.

—¡Leire, aquí! —miramos hacia un lado y vimos a Alex agitando la mano, nos acercamos y sonrió antes de saludarnos.

—Chiquillo, menos mal que has visto a tu hermana, que, si es por nosotras, no te encontramos entre tanta gente —le dijo Samanta.

—Es brutal, y dentro ya hay gente en las gradas y demás zonas. Vamos, dadme las entradas que pasamos por aquí —nos pidió, y saqué mi móvil pues las teníamos todas ahí.

Alex hizo que las escanearan y vi que él llevaba uno de esos colgantes como de pase de personal del concierto. Cuando vio que me había fijado, sonrió.

—Ventajas de ser amigo de los dueños de la discográfica y del ayudante de uno de ellos. Pero tranquila, que donde os llevo, vais a estar estupendamente.

—Nos llevas a nuestros asientos, ¿no? Porque tenemos asiento allí arriba, aunque sea una cochina silla de plástico en la que se me quede pegada la carne, vamos, que de pie no me paso yo tres horas de concierto —dijo Samanta, y Alex se echó a reír.

—Vosotras seguidme, que os llevo a un lugar mejor.

—A ver, chiquillo, que yo soy muy mayor para ti, ¿eh?

—Samanta, por Dios —protesté con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes hermana, que no me asusto —rio Alex.

Lo seguimos por aquellos pasillos que, siendo sincera, más valía que no me dijeran que regresara yo sola a la puerta, porque entre los giros que hacía el niño, y que aquello parecía un laberinto, no iba a encontrar la puerta ni en diez días.

Cuando al fin llegamos Leire dio un leve grito, y no era para menos pues estábamos en una de las zonas VIP del recinto. Allí estaban Álvaro e Iker con Santi tomando una cerveza. De ver a los dos con traje, a verlos ahora más de sport, con vaqueros, polo y deportivas, había una diferencia enorme, pero aun así se veían guapos, muy guapos

—No me extraña que le confundieras con Dios o un ángel, con lo guapo que es el rubio —murmuró Samanta a mi lado.

—¿Te quieres callar, loca? Como te escuchen, verás.

—No me oyen, que yo susurro muy bajito.

—Hombre, es que susurrar alto, es difícil, ¿eh?

—Tú me entiendes, *mi arma*.

—Sí, sí, yo te entiendo y por eso te compro —volteé los ojos.

—Pero a mí el que me gusta es el otro, ese hoyuelo en la mejilla cuando se ríe, me tiene loca. Uf —se abanicó la muy descarada.

—Loca venías ya de Sevilla, lo tuyo es de nacimiento —reí.

—Qué hija de la gran fruta eres, Cintia.

—Yo también te quiero —sonreí batiendo pestañas.

—Esto es una pasada —escuché que dijo Leire, y razón no le faltaba.

Había mesas con aperitivos, bebidas, sándwiches y chuches, y algo me decía que lo habían preparado por ella.

—Desde aquí vais a tener unas vistas perfectas del escenario —dijo Alex.

—¡Ey, chicas! —Santi se acercó a nosotras y a la primera que saludó, con un abrazo de lo más efusivo, fue a Leire

— Hola, pequeña.

—Hola —sonrió ella, y vi que se sonrojaba.

—¿Lista para disfrutar del concierto? —le preguntó.

—Sí. Pero tendríamos que estar allí arriba del todo —señaló a un lado de las gradas, en el punto más alto, justo al lado del techo del edificio.

—Eso dicen las entradas, nada más.

—No teníais que haberos molestado, podíamos haber estado allí perfectamente —dije mirando a Álvaro, pues ahora entendía que esto era lo que le había dicho a Santi la noche anterior, sin decir una sola palabra.

—No todos los días uno asiste al concierto de su grupo favorito —sonrió, y sentí que me fallaban las piernas.

Qué sonrisa más bonita tenía, por favor.

Cogimos una bebida cada una, picamos algo pues no habíamos cenado pensando en comprar algo durante el concierto, y desde ahí fuimos viendo cómo se llenaban las gradas y demás lugares con toda la gente que había en el exterior.

Desde luego que estábamos cerca del escenario, tanto que podríamos verlos a la perfección hasta la más mínima arruga que tuviera su ropa.

Cuando las luces comenzaron a apagarse, los gritos y silbidos de los fans resonaron en todo el recinto.

—Que empieza, Cintia, ¡que empieza! —me dijo Leire, cogiéndome del brazo.

Sonreí, y vi a Alex cogerle la mano para llevarla hacia la barandilla de la especie de balcón que teníamos delante. Santi cogió unas sillas y las llevó para allá, donde se sentaron los tres y comenzaron a charlar.

Ver a mi hermana tan feliz hizo que por un momento me olvidara de los últimos diez años, del abandono de

nuestro padre y de que mi madre nos privó de sus visitas, sus llamadas y el cariño que, no iba a mentir, había visto que seguía sintiendo por nosotras.

Las luces de los focos empezaron a moverse desde el techo enfocando el escenario, girando una y otra vez, hasta que una de ellas se detuvo enfocando al batería del grupo, que comenzó a tocar con las baquetas.

Y así, poco a poco, fueron dejando ver a todos los músicos, que tocaban una canción que los fans coreaban. Hasta que cuatro focos iluminaron al mismo tiempo el centro del escenario, y aparecieron los cantantes.

Leire aplaudía de pie junto a Alex y Santi, cantando aquella primera canción, y la vi sacar el móvil poco después para comenzar a grabar un poco, sabía que iba a enviárselo a Nieves.

Samanta estaba hablando con Iker, parecía que habían congeniado bien, y de pronto noté un brazo pasando por mis hombros.

—De haber sabido que querías comprar las entradas, le habría dicho a Alex que os hiciera llegar unos pases —dijo mirándome fijamente.

—Eso habría sido sospechoso, teniendo en cuenta que no me enteré de que mi hermana había estado hablando con él, hasta el día siguiente de llegar aquí.

—Entiendo, por eso no me pidió pases. Normalmente es lo que hace cuando hay algún concierto en la ciudad de un grupo que les gusta a él y sus compañeros de clase.

—Por lo que veo conoces bien a Alex.

—Desde que tu padre empezó a trabajar para el mío. Cuando iba a comer a casa de mis padres con Julia y el niño, se interesaba mucho por mi profesión. Y cuando se convirtió en un adolescente, me pidió que le tuviera un puesto de trabajo adecuado para él —sonrió—. Obviamente no le ha dicho nada al respecto a tu padre.

—Tampoco es tonto, y se habrá dado cuenta de lo que realmente le apasiona a su hijo. Conmigo fue así, le echaba una mano a veces con la contabilidad en la gestoría que tenía en Sevilla, pero siempre supo que lo mío no eran los números, sino los niños.

—¿Y te gustan tanto como para querer tener una familia propia?

—Algún día sí, claro —sonreí—. Me gustaría tener dos, no me importa si son dos niños, o dos niñas o uno de cada, pero solo dos.

—Mi madre solía decir que un hijo nada más podría sentirse muy solo, si había tres hijos, al menos dos tendrían celos de alguno, que lo mejor eran dos, porque así no peleaban mucho y se hacían compañía.

)

—¿Tienes hermanos?

—Si contamos a Iker como hermano postizo, sí. Pero de sangre no, soy hijo único. Y no por falta de ganas de mis padres, pero después de que mi madre tuviera tres abortos tras mi nacimiento, no le aconsejaron volver a quedarse embarazada.

—Lo siento mucho.

—Gracias —sonrió—. Pero no me pongas esa carita de pena, que me gusta más verte sonreír —hizo un guiño al tiempo que me daba un golpecito en la nariz.

Di un sorbo a mi bebida y lo escuché reírse a mi lado, pero no dije nada.

Me llevó hasta donde estaban Leire y los chicos y desde ahí vi a los del grupo un poco más de cerca. La verdad es que lo estaban dando todo en el escenario y hacían participar a los fans para que cantaran con ellos.

Y luego estaban las coreografías, madre mía lo que se estaban moviendo los cuatro.

1—Cuando acaben van a necesitar una bombona de oxígeno cada uno —dijo Samanta, que se había acercado con Iker hasta donde estábamos todos—. Yo la necesitaría, desde luego.

—Porque no estás acostumbrada a esto, pero ellos, sí —contesté.

Leire se lo estaba pasando como una niña pequeña el Día de Reyes, de eso no tenía la menor duda, y me gustaba verla disfrutar, cantando, riendo, bailando y grabando cuanto podía para enviárselo después a Nieves.

Alex y Santi la arropaban en todo momento, si no era uno, era el otro el que charlaba con ella sobre el show que estaba dando el grupo, mientras nosotros cuatro nos manteníamos en un segundo plano.

Cuando acabó el concierto y se apagaron los focos después de una despedida en la que el grupo les dio las gracias a todos sus fans por haberles acompañado esa noche, dije que era hora de irnos, pero Álvaro negó.

;

—Todavía no podéis iros, tengo una sorpresa para Leire —dijo.

—¿Para mí?

—Sí. Vamos —nos pidió que lo siguiéramos y eso hicimos.

Acabamos entrando en el *backstage* donde estaban todos los del grupo, incluidos los músicos.

—¡Ay, Dios mío! —gritó mi hermana al verlos— Ay, que me muero.

—No te mueras hermanita, que vas a conocer a tu grupo favorito —le dijo Alex con una sonrisa.

—Cintia, pellízcame, pellízcame que creo que estoy soñando. ¡Auch! —chilló cuando Samanta le dio una leve colleja en el cuello.

—No estás soñando, no —le contestó ella.

—Chicos, ha sido un gran concierto —les dijo Álvaro, que estrechó la mano de los cuatro y después saludó y felicitó a los músicos.

Leire estaba a mi lado cogiéndome de la mano, moviéndose dando leves saltitos, nerviosa.

—Para, que van a pensar que tienes hormigas, niña —le pidió Samanta, apoyando ambas manos en sus hombros.

—Es que no me creo que los esté viendo tan, tan de cerca.

—Pues créetelo, cariño —sonreí.

Álvaro nos miró y le pidió a Leire que se acercara, le presentó a los cuatro chicos del grupo, que la saludaron con un par de besos y un abrazo cada uno, se hizo fotos con los cuatro juntos, por separado, les hizo fotos a ellos para enviarle a Nieves y que también las tuviera para sus carpetas, y le firmaron varios autógrafos.

Por no hablar de todo el merchandising que le regalaron, incluso uno de los discos nuevos firmado y dedicado por los cuatro.

Ella estaba feliz, emocionada, con los ojos brillantes y esa sonrisa en los labios que no se iba.

Cuando nos despedimos del grupo, que tenían que recoger para ir a descansar al hotel, Álvaro e Iker nos acompañaron, junto con Santi y Alex, hasta la puerta por donde habíamos entrado, cosa que agradecí porque yo sola no la habría encontrado.

—¿Te ha gustado la sorpresa, hermanita? —le preguntó Alex una vez en la calle, pasándole el brazo por los hombros.

—¿Gustarle? —gritó Samanta con los ojos muy abiertos— Creo que ha tenido su primera experiencia orgásmica.

—¡Samanta, por Dios! —la reñí.

—Perdón, perdón. La niña ha disfrutado como en la mañana de Reyes, ¿mejor? —me miró con la ceja arqueada.

—Ha sido una pasada —sonrió Leire, ignorando a mi mejor amiga, cosa que agradecí—. Muchas gracias —abrazó a Alex, tanto como le permitían las bolsas que llevaba con cosas del grupo.

—Dáselas a ellos —señaló a los otros tres—, que son quienes de verdad podían meterte en el *backstage* a conocerlos.

—Gracias, de verdad, me ha hecho mucha ilusión —sonrió.

—¿Os gustaría asistir al próximo concierto como invitadas? Lógicamente no pagaréis entrada —preguntó Álvaro.

—El próximo concierto es en Ibiza —dijo mi hermana.

—¿Ibiza? —gritamos Samanta y yo, ella sorprendida para bien, y yo, no tanto.

—Sí, es en unos días, pero nosotros salimos para allá mañana. Unas pequeñas vacaciones por la isla, y me llevo al niño —contestó Iker.

Miré a Samanta, y mi amiga levantó ambas manos.

—En esto mandas tú, nena —me dijo.

En cuanto miré a mi hermana, supe que ella sí quería ir a ese otro concierto. Había sido un año difícil para ella, después de perder a nuestra madre se mudó conmigo, lo pasó mal y, aun así, sus notas habían sido muy buenas y pasó el curso. Se lo debía, le debía a mi hermanita pequeña un poco de felicidad después de los últimos diez años que la había tenido un poquito justa.

—Tendremos que buscar vuelos donde admitan viajar con animales, encontramos un gatito en la primera parada que hicimos en el viaje, y ese pequeño polizón ya es uno más de la familia —advertí.

—No te preocupes por eso, iremos en el avión de la discográfica —contestó Álvaro.

—¿Entonces nos vamos a Ibiza, Cintia? —me preguntó Leire.

—Sí —sonreí—, nos vamos a Ibiza.

—¡Te quiero, hermana! —Se lanzó a abrazarme.

—¡Yo también te quiero, hermana! —gritó Alex, que nos abrazó a las dos— Os quiero a las dos, que lo sepáis —nos miró a ambas.

—Qué cambio de viaje, nena —rio Samanta—. El tour por carretera continúa por los cielos. Esto sí que es un giro



de los acontecimientos. Ya sabía yo, que este viaje nos iba a dejar alguna que otra sorpresita.

Allí mismo antes de coger un taxi para volver al apartahotel, quedamos con Alex en que dejaríamos el coche aparcado en la casa de nuestro padre, dado que a la mañana siguiente saldríamos hacia Ibiza.

No era lo que pensé para nuestro viaje de vacaciones, pero Leire se lo merecía, y como había dicho Samanta, qué no haría yo por mi querida hermanita pequeña.

l

,

de los acontecimientos. Ya sabía yo, que este viaje nos iba a dejar alguna que otra sorpresita.

Allí mismo antes de coger un taxi para volver al apartahotel, quedamos con Alex en que dejaríamos el coche aparcado en la casa de nuestro padre, dado que a la mañana siguiente saldríamos hacia Ibiza.

No era lo que pensé para nuestro viaje de vacaciones, pero Leire se lo merecía, y como había dicho Samanta, qué no haría yo por mi querida hermanita pequeña.

## Capítulo 11



Y después de dejar el coche en casa de mi padre, se empeñó en llevarnos a los cuatro hasta el aeropuerto.

—Es que no hace falta, de verdad, que cogemos un taxi —dije, cuando me quitó la maleta de la mano.

—Es domingo, y no tengo nada mejor que hacer que llevar a mis hijos hasta el aeropuerto.

—Tan cabezón como siempre —murmuré, cruzándome de brazos y escuché a Julia reírse a mi lado.

—Tan cabezona como recordaba —me dijo él.

—Ya se sabe que, de tal palo... —comenzó a decir Julia.

—Tal astilla —terminaron Alex y Leire, al unísono.

—Lo que me faltaba por escuchar —resoplé.

—¿Seguro que lleváis todo? —preguntó Julia.

—Sí, mamá, hasta las cosas de Nemo —contestó Alex, y en ese momento el gatito empezó a maullar en su transportín—. Mira, también te ha contestado —rio.

—Pasadlo bien, y tú, llámame de vez en cuando, hijo, no te olvides que tienes padres.

—Algunos se olvidan de que tienen hijas —murmuré, y me llevé un codazo en el costado por parte de Samanta, que me dejó hasta sin aire—. Serás hija de...

—Para ya, anda, que eres pinchona como tú sola. ¿No ves que el hombre quiere enmendarse?

Suspiré y me subí a la parte trasera del coche junto a ella y Leire, cuando mi padre metió todo el equipaje en el maletero. Alex se sentó delante con él.

De vez en cuando lo veía mirarme por el espejo retrovisor, y no podía ignorar el hecho de que era mi padre, y sí, se notaba que quería enmendar su mayor error, y yo no se lo estaba poniendo demasiado fácil. Pero la vida no era fácil y por mucho que quisiera que ese fuera el mejor verano de mi hermana pequeña, no podía simplemente olvidar los diez años que nuestro padre no estuvo con nosotras y hacer como si nada, siendo la hermana feliz de un hermano del que nunca supe nada.

En cuanto llegamos al aeropuerto nos acompañó hasta la zona donde Santi le dijo a Alex que estaría esperándonos para llevarnos hasta el avión de la discográfica. Y ahí comenzó mi momento incómodo.

Mi hermana y mi padre se abrazaban como si no hubieran estado diez malditos años sin verse, se despidió de su hijo con un afectuoso abrazo también, y de Samanta igual, además le dijo algo al oído que nadie más que ella pudo escuchar y a lo que ella asintió con una sonrisa.

Y entonces, se acercó a mí.

—Eres la mayor de mis hijos —dijo acariciándome la mejilla—. Cuida de tus hermanos, ¿de acuerdo?

—Llevo diez años cuidando de Leire, y el último lo he hecho sola. Perdona que crea que no lo estoy haciendo tan mal.

—Lo sé, hija —suspiró—. Me preocupo por los tres, Cintia, siempre lo he hecho.

—No te vi por casa para ver cómo estábamos. No preguntaste cómo me sentí cuando mi novio me dejó porque no quería cargar con una adolescente y no tener intimidad en mi casa. No estuviste cuando... —cerré los ojos y suspiré antes de volver a mirarlo y seguir hablando de algo que realmente no era algo que le incumbiera— Déjalo ya da igual. Y aunque tu hijo sabe cuidarse solo, no te preocupes, estaré pendiente de él también.

No esperé a que me dijera nada más o intentara darme un abrazo, no estaba preparada aún para eso. Fui junto a los dos y mientras le decían adiós, seguimos a Santi hasta una zona un poco más tranquila del aeropuerto, saludamos a un empleado que había junto a una puerta, vio nuestras identificaciones y nos permitió continuar.

El pasillo que atravesamos se me hizo eterno hasta que por fin vi la puerta que daba a la pista donde estaba el impresionante avión de la discográfica, ese al que subimos y nos recibió la risa de un niño.

Cuando entré, vi un pequeño correteando por el pasillo que era la viva imagen de Iker, en serio, era un verdadero clon de su padre. Cabello castaño, ojos verdes, y vistiendo unas bermudas vaqueras color beige con un polo azul marino.

—¡Ay! —grité cuando chocó conmigo porque iba mirando hacia atrás.

—Lo siento —dijo el pobre con una carita de pena, que me hizo sonreír.

—No te preocupes, que de esta vez no me he roto nada ni me saldrán moratones —le dije.

—Menos mal, que suficiente tienes con el moratón del culo por el culetazo que te diste el otro día —soltó Samanta.

¿ —Ese es un dato que a nadie de los presentes les importa —protesté.

—A mí, sí —la voz de Álvaro hizo que me sobresaltara, y es que tenía al jodido rubio a mi lado—. Fue culpa mía

—Ya está mucho mejor —mentí.

—Pues ya habéis conocido a mi hijo Pablo —dijo Iker—. Él, es que tiene unos métodos muy modernos para hacer sus entradas triunfales.

—Papi, ya le he dicho que lo siento.

—Di que sí, tesoro, que tú me has pedido perdón y yo, te he perdonado.

—Qué guapa eres. Las tres sois muy guapas. ¿Alguna es tu novia, papi? —le preguntó.

—Y además tiene el don de hacer las preguntas más incómodas cuando menos te las esperas —suspiró Iker—. Vamos, hijo, vamos a pedirle a Mónica que te vaya preparando un buen desayuno.

’ —Que sean dos, que yo vengo con un café nada más —dijo Samanta, tirando de la maleta para seguirlos.

—Venid, vamos a dejar el equipaje —nos indicó Álvaro, y le seguimos hacia una habitación al fondo donde<sup>s</sup> colocamos todo.

—El transportín me lo quedo en el asiento —comentó Leire, y él asintió.

Una vez de vuelta en la zona de asientos y mesas, nos acomodamos y noté cómo se relajaba todo mi cuerpo ante aquella comodidad. Era como uno de esos sillones de masajes súper cómodos, y juraría que incluso lo estaba notando vibrar.

—¿Está muy fuerte? —Abrí los ojos y miré a Álvaro— La vibración, para el masaje.

—¿Son asientos con opción de masaje? —Arqueé la ceja.

—Ajá —sonrió—. Pasamos muchas horas volando, o en reuniones sentados en la misma postura, de pie en fiestas conciertos, y cuando subimos al avión, nos tomamos una copa mientras recibíamos un masaje antes de quedarnos

dormidos.

—Madre mía, qué lujo.

—No será un vuelo demasiado largo, pero al menos iremos cómodos.

—Pues se agradece.

—Papi, mira, ¡un gatito! —gritó Pablo al ver a Nemo, que estaba en el regazo de Leire.

—¿Quieres cogerlo? —le dijo mi hermana sonriendo.

r—¿Puedo, papi?

—Si ellas te dejan la vida de ese animalito en tus manos, quién soy yo para decir que no.

—Por Dios, que es un niño, ¿qué puede hacerle al gato? —protestó Samanta.

—No lo perdáis de vista por si acaso —le advirtió Iker a Santi y Alex, cuando su hijo se sentó al lado de mi hermana.

La azafata vino a avisarnos de que despegaríamos en cinco minutos, así que nos abrochamos los cinturones y poco después el avión estaba moviéndose por la pista, tomando aire unos minutos más tarde.

Nos liberamos del cinturón, Leire metió a Nemo en el transportín con una latita de comida, y los demás tomamos un desayuno que la azafata, Mónica, había servido.

Pablo era guapísimo, y no tenía dudas de que cuando fuera mayor sería todo un galán y atractivo como su padre.

En cuanto acabaron de desayunar Leire me preguntó si podía irse a la habitación con Santi y Alex, Pablo también iría y así podrían dejar al pequeño Nemo correteando un poquito con la cama y jugando con Pablo y alguno de sus juguetes, cosa que me pareció bien para que el niño estuviera distraído durante el viaje.

Cuando nos quedamos solos los cuatro, Samanta preguntó por la madre de Pablo.

—Estamos divorciados, ella hace su vida y yo la mía con mi hijo —contestó Iker.

—¿No tiene relación con su madre? —curioseé, y él negó.

—Renunció a la familia por su carrera. Apenas lo ve en algún cumpleaños, o lo llama, le manda regalos en Navidad y ya está.

—Es parte del cuerpo de baile de un cantante —comentó Álvaro.

—Cantante con el que por cierto lleva liada un año.

—Pero Pablo tiene cinco años —dijo Samanta—. ¿Cuándo se fue ella?

—Cuando tenía uno. Esperó a que pudiera valerse por sí mismo para andar y no necesitar biberones.

—Prefiero guardarme la opinión que tengo ahora mismo hacia tu ex —dije cogiendo una manzana de la mesa.

—Yo ni pienso en ella, la verdad. Estuvimos casados tres años, se fue dejándome el niño y los papeles del divorcio el día de Navidad. Un inmejorable regalo de Papá Noel.

—Joder —Samanta volteó los ojos.

—Lo he superado, no te preocupes —Iker sonrió—. La vida de padre no soltero no es tan mala. Tengo una mujer que me ayuda con él, y a veces la traigo en estos viajes de verano.

—Esta vez no la ha traído porque somos muchos —comentó Álvaro.

o—Tienes suerte de que nosotras seamos maestras de infantil y estemos acostumbradas a convivir con dieciséis niños de cuatro y cinco años, nos vamos a hacer las mejores amigas de tu hijo —le dijo Samanta.

—A ver si luego se va a encariñar con vosotras y voy a tener que contrataros de niñeras —rio.

—Pues nos lo traemos a vivir a Sevilla, tú tranquilo, que te lo íbamos a cuidar divinamente.

—¿Y me invitaríais a pasar los fines de semana allí?

s—Guapetón, tú y el rubio tenéis casa en Sevilla cuando queráis.

—Mientras te refieras a la tuya, Samanta —le dije.

—¿No me invitas a tu casa, morena? —me preguntó Álvaro.

—Tengo un piso de dos habitaciones, y el sofá es un poquito incómodo.

—Me puedo meter contigo en la cama, que no ocupo mucho.

Lo miré de arriba abajo y sus hombros anchos, y se echó a reír.

—Me acabarías echando de la cama, eres más grande que yo.

—No, porque te pegaría a mí —pasó el brazo por los hombros y se acercó a mi oído, donde susurró— y no te soltaría.

Me estremecí, y acabé por levantarme para caminar un poco e ir a la habitación a ver a cómo estaban los demás. Leire sonrió al verme y vi que Pablo, estaba jugando con Nemo de lo más feliz.

Regresé a mi asiento y vi que Iker y Álvaro estaban trabajando con sus portátiles, mientras que Samanta se había puesto música y tenía los ojos cerrados.

Aproveché para hacer lo mismo y acabé por quedarme dormida, me desperté cuando Álvaro me dio unos golpecitos en el brazo.

Aterrizamos poco después, recogimos todo y cuando bajamos, había un par de todoterrenos esperándonos para llevarnos a donde fuera que íbamos a alojarnos esos días hasta el concierto.

La sorpresa nos la llevamos las tres cuando llegamos a una villa de dos plantas, con un jardín enorme y precioso, rodeado de palmeras y setos.

En el salón las puertas que daban acceso al jardín trasero eran de cristal, amplias, y del suelo al techo. Todo estaba decorado en blanco, beige y tonos tierra, con alguna de las paredes del salón y la cocina con piedras.

Tenía ocho dormitorios, cada uno con su propio cuarto de baño, cama de matrimonio y armario empotrado de tres cuerpos, y contaba con todos los electrodomésticos de lo más modernos que pudieras imaginar.

Había una piscina con zona de tumbonas y una barra de bar, así como una zona de barbacoa, que hizo las delicias de Alex y Santi, que ya estaban planeando hacer una para cenar esa noche.

—Papi, yo quiero meterme en la piscina —dijo Pablo.

—Y te vas a meter, no te preocupes —sonrió—, pero además iremos algún día a la playa.

—¿En serio?

—Claro que sí, renacuajo, te va a llevar la tía Samanta —le dijo ella, cogiéndolo en brazos, y al ver cómo lo miraba, supe que mi amiga iba a ser la que se encariñara con él primero—. Pero antes, vamos a dejar las cosas en las habitaciones.

—Tenemos tres coches en el garaje que podemos usar cuando queramos —comentó Álvaro—, y había pensado



que podíamos salir a comer fuera.

—Al puerto marítimo —propuso Iker—, he oído que hay un restaurante donde preparan la mejor carne y el mejor pescado de la isla.

—Estamos perdiendo el tiempo en irnos —Alex dio una palmada—. Y después hacemos una buena compra, que somos muchos y de aire no nos alimentamos.

—Pedí que nos dejaran la nevera llena, la despensa, y el congelador. Tenemos de todo, no hay que comprar nada —contestó Álvaro.

—Jefe, ¿también han comprado bebidas? Mira que, venir a Ibiza y no tomarnos unos cócteles en esta villa, sería un pecado —dijo Santi.

—Qué no has entendido de la frase: tenemos de todo —Álvaro arqueó la ceja.

—Vale, no moriremos de hambre ni de sed, perfecto. Pues solo queda escoger habitación —Santi miró a Alex y, un segundo después, estaban los dos corriendo hacia las escaleras.

—Y así siempre —suspiró Iker—. Son peores que mi hijo de cinco años.

1 —Papi, es que yo soy muy bueno —le contestó él, que seguía en brazos de Samanta y tan a gusto.

—Desde luego que sí, hijo, pero hazme un favor —se acercó a él sonriendo y le pellizcó la mejilla—. No crezcas nunca.

—Tengo que crecer, papi, como tú.

—Anda, vamos, deja a Samanta que pesas mucho.

—Uy, lo que te ha dicho —Samanta lo miró con los ojos abiertos—. El niño no pesa, está perfecto. No hagas casc a tu padre, tesoro, que tiene envidia porque a él no podemos cogerlo en brazos.

—Es que es muy grande —respondió con inocencia.

—Y feo, pero no se lo digas —susurró Samanta y Pablo se echó a reír.

—Creo que tú y yo vamos a tener algunos asuntos que hablar, rubia —le dijo Iker a ella, con la ceja arqueada.

—Pide cita para septiembre, que ahora estoy de vacaciones.

Y se fue, arrastrando su maleta y con el niño de la mano, a quien llevó a escoger habitación.

—Y nos queríamos quedar en Sevilla, hermana —rio Leire a mi lado—. Menudo viaje nos habríamos perdido. Manda que la rubia y el feo acaban juntos.

—A mí, también me lo parece —reí.

Subimos para dejar todo y poder irnos.

Y se fue, arrastrando su maleta y con el niño de la mano, a quien llevó a escoger habitación.

—Y nos queríamos quedar en Sevilla, hermana —rio Leire a mi lado—. Menudo viaje nos habríamos perdido. Me da que la rubia y el feo acaban juntos.

—A mí, también me lo parece —reí.

Subimos para dejar todo y poder irnos.

## Capítulo 12



Llegamos al restaurante del puerto donde Iker dijo que le habían recomendado, y ya solo con el olor a carne y pescado a la brasa, se hacía la boca agua.

Nos llevaron a una mesa grande con vistas a la zona donde estaban atracados los barcos, y en muchos de ellos se veía a la gente disfrutando de un día de fiesta con música y bebida.

Pablo, que iba de la mano de Samanta, le pidió que se sentara con él, así que el niño quedó entre ella y su padre, y miró a ambos con una sonrisilla que me hizo sonreír a mí.

—La veo de madre, ¿y tú? —me susurró Leire al oído mientras mirábamos la carta, pues teníamos a mi amiga enfrente, no pude evitar asentir mientras reía.

Pedimos agua, vino y refrescos, un par de bandejas de marisco a la brasa para compartir, y después hubo diversidad en los segundos platos, algunos nos decantamos por la carne y otros por el pescado.

No podía evitar mirar a Samanta y el modo en el que interactuaba con el niño, ya no solo porque fuera maestra y estuviera acostumbrada a estar con otros tantos de esa edad, sino porque se notaba que habían conectado de inmediato.

Álvaro estaba a mi derecha y en algún que otro momento noté su brazo en el respaldo de mi silla, llevando los dedos a mi cuello para acariciarlo, lo miraba de reojo y lo veía sonreír y hacerme un guiño de vez en cuando, y a mí me ponía nerviosa.

Después de comer y tomar café, los chicos se fueron para ir a ver al grupo, según dijo Álvaro, les acababa de avisar el representante de que ya habían aterrizado en la isla e iban hacia la villa donde se alojarían.

—¿No están en un hotel? —preguntó Leire.

—No, pequeña —sonrió Santi, cuando salíamos del restaurante hacia la calle, pasándole el brazo por los hombros—. En la villa pueden ensayar y descansar, y no tienen a los fans esperando en la puerta para verlos salir.

—Pero si eso es lo mejor, la lluvia de masas —dijo Samanta, que caminaba con el niño de su mano.

—Hasta que se cuelan unas cuantas en el hotel sin ser vistas, y llegan a la suite, eso ya no es bueno —contestó Alex.

—¿Les ha pasado? —curioseó mi hermana.

—Ajá —respondió él—. No estaban ellos, pero se llevaron algunas camisetas de recuerdo con las que dieron un concierto.

—Esos en una plaza de toros, acabarían como Jesulín, rodeados de sujetadores —rio Samanta.

—No has visto sus conciertos, ¿verdad? —dijo Iker con media sonrisa y la ceja arqueada— En uno de ellos llovió todo tipo de ropa interior.

—Leire, cariño, tú no les tires el tanga ni el sujetador, que eres fan, pero no estás tan loca —le advirtió Samanta.

—No se me ocurriría, vaya.

—Ni yo la dejaría —escuchamos decir a Santi, que seguía con el brazo por los hombros de mi herma, y al ver que Samanta y yo lo mirábamos con la ceja arqueada, se sonrojó, carraspeó y procedió a aclarar lo que acababa de decir—. Que si quiere regalarles algo la llevo al *backstage* y que se lo dé, un cuadro, una caricatura, un peluche, qué sé yo, cosas normales.

—Ya, claro, solo por eso —rio Samanta.

Pero sí, empezaba a tener la misma sensación que mi mejor amiga, esa en la que veía al joven Santi muy cerquita de mi hermana.

—Vamos, hijo, nos tenemos que ir —le dijo Iker a Pablo, extendiendo la mano para que se la cogiera.

—Jo, papi, no quiero, me voy a aburrir —puso un puchero.

—Pero si nunca te aburres con el grupo, que te dejan jugar con sus videojuegos.

—¿No me puedo quedar con ellas? —Nos miró a las tres.

—Por nosotras no hay problema —dije cuando Iker nos miró—. Vamos a dar un paseo por la isla, se puede quedar.

—¿Seguro?

—Que sí, tú tranquilo, que estamos acostumbradas a tener niños todo el día —contestó Samanta—. Además, te hacemos precio por ser tres niñas.

—¿Me vas a cobrar? —Arqueó la ceja.

—A ver, estamos de vacaciones y esto son como horas extras —resopló ella.

—Si me dejas, te pago en especias —le hizo un guiño quedando demasiado cerca de ella, y pude ver cómo a mi amiga, se le ponían rojas hasta las puntas de las orejas.

—Os llamamos cuando acabemos, y cenamos en algún sitio antes de volver a la villa —propuso Álvaro.

—Vale.

—Toma, las llaves del coche, por si lo necesitáis —Iker se las dio a Samanta y se despidieron los cuatro para irse.

Caminamos hacia el coche y subimos para ir, con ayuda del GPS de Samanta, eso sí, hasta el centro donde lo dejamos aparcado.

—¿Quién quiere un helado? —pregunté cuando vi la heladería al bajar.

—¡Yo, yo! —gritó Pablo— De estas bolas —levantó cuatro dedos y nos echamos a reír las tres.

—Mientras no te pongas malo y tu padre no nos eche a los lobos, no vamos mal —contestó Samanta, que volvió a cogerlo de la mano.

—Aquí no hay lobos —contestó muy serio y con el ceño fruncido.

—En los bosques hay lobos, y tu padre nos llevaría a alguno. Y si no, lo mismo le da por tirarnos al mar.

—Samanta, por Dios, que vas a traumar al niño —rio Leire.

—Él sabe que estoy de broma, ¿verdad, tesoro? —le sonrió.

—Sí. Además, mi papi es muy bueno. Me lleva al parque de atracciones todos los veranos, y también al parque a montar en bici, al búnguer, a la *pisería* y me compra chuches, pero poquitas, para que no se me pongan los dientes feos —puso cara de asco.

—Tu papi te quiere mucho —sonreí.

—Sí.

Entramos en la heladería y le dejamos pedir un helado de cuatro bolas mientras rezábamos para que no se pusiera malo de la tripa, nosotras los pedimos de dos, eso sí, con nata montada y un montón de toppins.

El dulce era nuestra perdición, de las tres sin excepción.

Nos sentamos en una de las mesas y Pablo nos habló del cole, que le gustaba mucho ir y jugar con sus amiguitos y amiguitas, que le gustaba jugar al fútbol, colorear y hacer puzles.

En ningún momento habló de su madre, pero a su padre lo tenía como si de un superhéroe se tratara. Lo adoraba, era algo que se notaba.

Después del helado salimos a la calle para dar un paseo por aquella zona, pasamos por delante de varias tiendas y no pudimos resistirnos a comprarnos un vestido cada una, que nos habían llamado la atención.

Pagamos, y cuando Samanta le dijo a Pablo que le diera la mano, el niño no estaba con nosotras.

—Ay, mi madre, que hemos perdido al niño —dijo con los ojos saltones—. Cintia, que hemos perdido al niño.

—¿Hemos? Lo llevabas tú de la mano todo el tiempo —contesté.

—¿Dónde lo viste por última vez? —preguntó Leire.

—Pues en el perchero de los vestidos. Como no encuentre al niño, el padre me echa al mar y no me encuentran.

—Mira que eres exagerada —volteé los ojos.

—Lo mismo te pide que le hagas otro —rio Leire.

—Oye, tú estás muy espabilada me parece a mí —protestó Samanta.

—A ver, la tienda no es tan grande, en algún sitio estará —dije mientras mirábamos.

Le preguntamos a las dos chicas que trabajaban allí y una de ellas dijo que le parecía haberlo visto salir de la tienda, así que nos fuimos a la calle.

—Me va a dar algo, Cintia, esto es un infarto o algo —dijo Samanta, después de cinco minutos mirando por esa misma calle de un lado a otro, con la mano en el pecho—. Que le he perdido el niño a Iker.

—¿Quieres calmarte, leches? Me va a dar un infarto a mí de verte.

—¿No hemos pasado antes por una tienda de chuches? —preguntó Leire, Samanta y yo nos miramos y gritamos a unísono.

—¡El regaliz rojo gigante!

Por suerte íbamos las tres con deportivas y echamos a correr hacia la tienda de chuches donde Pablo había visto un regalo rojo que para él era gigante, para nosotras era del tamaño de una barra de pan.

Y allí estaba el niño, junto a la dependienta, diciéndole lo que quería.

y

—¡Pablo, por Dios! —al escuchar a Samanta gritar, el niño se dio la vuelta, ella llegó hasta él y lo cogió en brazos: — Ay, tesoro, que creí que te había perdido.

—Lo has perdido, jodida, otra cosa es que lo hayamos encontrado —resopló Leire.

—Quería daros una sorpresa, iba a llevaros chuches.

—¿Pero llevas dinero, chiquillo? —preguntó Samanta.

—Sí, le he dado a ella los cinco euros que me dio mi papi.

—No sé si comerte a besos o matarte por el susto que me has dado —y empezó a besarle en la mejilla como si fuera una abuela—. Anda, guárdate los cinco euros que ya te compro yo todas las chuches que quieras. Eso sí, no te las comas todas hoy, te tienen que durar todo el viaje. Y, por Dios, no le cuentes a tu padre que casi te pierdo.

—Lo has perdido —dijimos Leire y yo, al unísono.

—Joder, qué buenas amigas tengo —volteó los ojos y nos echamos a reír.

Salimos de la tienda veinte minutos después cargados los cuatro con una gran bolsa de chuches y chokolatinas cada uno, por no mencionar que compramos ocho regalices gigantes, como decía Pablo, uno para cada uno.

La verdad es que nunca había visto a Samanta tan pálida y asustada como en el momento en el que se dio cuenta que el niño no estaba con nosotras, y eso que las dos estábamos más que acostumbradas a tener niños alrededor todo el día y siempre andábamos pendientes de que no se nos despistara ninguno.

Eso le valió para no volver a soltarle la mano en toda la tarde, ni siquiera lo dejó sentarse en otra silla cuando entramos a tomar un café nosotras, y un batido Leire y él, que lo tuvo en su regazo todo el tiempo, dándole besos y haciéndole cosquillas que le arrancaban más de una carcajada.



Yo empezaba a verla como toda una madraza, además de que sabía que le estaba cogiendo un cariño inmenso al niño y le costaría despedirse de él al final del viaje.

Leire recibió un mensaje de Santi diciéndole que iban hacia el puerto para cenar en otro restaurante que había por allí, así que regresamos al coche para ir a darles encuentro.

—¿Y por qué te ha enviado el mensaje Santi y no tu hermano? —preguntó Samanta mientras caminábamos.

—Pues no sé, se habrá quedado sin batería.

—Ajá —arqueé la ceja.

—Si estáis insinuando algo...

—¿Nosotras, insinuar? —me hice lo ofendida con la mano en el pecho— Qué mal pensada eres, hermanita.

—Santi solo es amable conmigo.

—¿Y no será que le gustas? —curioseó Samanta, cuando llegamos al coche y guardamos las bolsas en el maletero.

—¿Qué dices? Pero si soy una niña a su lado.

—Solo es cuatro años mayor que tú, Leire —le recordé—. ¿Y por qué no ibas a gustarle si eres lo más bonito de Sevilla?

—Es verdad, eres muy guapa —dijo Pablo.

—Tú sí que eres guapo, chiquitín —le dio un beso en la mejilla y él sonrió.

—¿Le puedo decir a Santi que eres mi novia?

—¿Tú me quieres a mí de novia? Pero si soy muy mayor para ti.

—Bueno, pues cuando sea mayor, como Santi.

—Seré una vieja a tu lado —rio.

—Toma ya, que me acaba de llamar vieja la jodida niña —resopló Samanta.

—A ti, no te he dicho nada.

—Pero tengo treinta años, uno menos de los que tendrás tú cuando aquí mi niño tenga veinte, o sea que me has llamado vieja.

—Cintia, dile algo, que a mí me da fatiguita —rio mi hermana.

—Anda, subid al coche que al final llegaremos tarde a cenar —dije mientras me sentaba en el lado del copiloto, pues conducía Samanta igual que cuando vinimos.

Pasamos el camino recordándole a Pablo que, bajo ningún concepto, podía contarle a su padre que lo habíamos perdido de vista unos minutos, y esperábamos que realmente no lo contara.

Cuando entramos en el restaurante donde ya estaban los cuatro sentados, estratégicamente colocados para que yo ocupara la silla que había al lado de Álvaro, nos quedamos las tres de piedra mientras nos sentábamos al escuchar a Pablo.

—Papi, ¡me han perdido! —gritó con ambas manos levantadas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Iker con el ceño fruncido.

—Las muelas del jodido niño —murmuró Samanta, mirándome.

—Que me han perdido. Hemos entrado a una tienda donde se han comprado unos vestidos muy bonitos, y yo quería comprarles chuches, he salido y no me encontraban.

—Entonces te has perdido tú, enano —rio Santi.

—No, no, que las que no me encontraban eran ellas.

—Como para encontrarte, si me estaba dando un infarto —resopló Samanta—. Que ya veía a tu padre echándome al mar por perderle al niño.

—O haciéndote uno nuevo —rio Alex.

—Eso le he dicho yo —Leire se unió a las risas.

—Sí, sí, muy divertido todo. Pero, ¿a ti no te hemos dicho que no contaras nada, renacuajo? —protestó Samanta, mirándolo con la ceja arqueada, a lo que el niño respondió haciendo muecas para no acabar riéndose también.

—Algo que tenéis que saber sobre el pequeño Pablo —dijo Álvaro a mi lado—. No le digáis jamás que no tiene que contar algo, porque hará lo contrario.

—No me digas —Samanta volteó los ojos.

—Igual funciona diciéndole lo contrario —comentó Leire.

—Mejor no probamos. Y una cosa te digo, Iker, ya me puedes dar cuerdas.

—¿En ese nivel de confianza estamos ya, encanto? ¿Me vas a atar a la cama?

—Es para llevar al niño atado a mí y que no se me vuelva a ir de compras él solo, que yo por otro amago de infarto no paso, ¿eh?

—Vaya, y yo haciéndome ilusiones —Iker chasqueó la lengua.

—Así que os habéis comprado vestidos —dijo Álvaro mirándome, y sentí un calor por todo el cuerpo por cómo me miraba, que cogí mi copa de agua para dar un buen sorbo.

—Y chuches, tío Álvaro, muchas chuches. Y unos regalices, gigaaaantes —dijo abriendo los brazos.

—Chuces que te voy a guardar yo, por contar nuestro secreto —le advirtió Samanta.

—Amigo, me da que ella va a ser peor que tu padre —rio Santi.

—La sargento de hierro la llaman en el colegio —reí.

—Uy, qué hija de fruta lo que me ha dicho —me miró con los ojos muy abiertos.

Reímos, y así pasamos el resto de la noche cenando allí con el mar de fondo y, al igual que mientras comíamos, Álvaro no perdió la oportunidad de acariciarme de vez en cuando.

—No me digas —Samanta volteó los ojos.

—Igual funciona diciéndole lo contrario —comentó Leire.

—Mejor no probamos. Y una cosa te digo, Iker, ya me puedes dar cuerdas.

—¿En ese nivel de confianza estamos ya, encanto? ¿Me vas a atar a la cama?

—Es para llevar al niño atado a mí y que no se me vuelva a ir de compras él solo, que yo por otro amago de infarto no paso, ¿eh?

—Vaya, y yo haciéndome ilusiones —Iker chasqueó la lengua.

—Así que os habéis comprado vestidos —dijo Álvaro mirándome, y sentí un calor por todo el cuerpo por cómo me miraba, que cogí mi copa de agua para dar un buen sorbo.

—Y chuches, tío Álvaro, muchas chuches. Y unos regalices, gigaaaantes —dijo abriendo los brazos.

—Chuces que te voy a guardar yo, por contar nuestro secreto —le advirtió Samanta.

—Amigo, me da que ella va a ser peor que tu padre —rio Santi.

—La sargento de hierro la llaman en el colegio —reí.

—Uy, qué hija de fruta lo que me ha dicho —me miró con los ojos muy abiertos.

Reímos, y así pasamos el resto de la noche cenando allí con el mar de fondo y, al igual que mientras comíamos, Álvaro no perdió la oportunidad de acariciarme de vez en cuando.

## Capítulo 13



Llevaba al menos una hora dando vueltas en la cama, despierta sin motivo alguno, pues a pesar de haberme quedado dormida hacía unas horas, me había despertado, y por no hacer ruido ni molestar a nadie, no salí de la habitación.

Pero necesitaba hacerlo, quería ir al jardín, tomar un poco de aire y beber agua.

Bajé hasta la cocina para coger una botella de la nevera y fui hacia el jardín, donde me quedé parada frente a la puerta con los ojos cerrados y respirando ese aire fresco de la noche.

Iba hacia las tumbonas cuando vi una figura y al acercarme, vi que era Álvaro que estaba allí tomando un whisky, cosa que me sorprendía porque eran las tres y media de la madrugada.

—¿No puedes dormir? —preguntó al verme y dejó el vaso en el suelo.

—No, no sé por qué, pero no. Llevo una hora despierta dando vueltas en la cama —me senté en la tumbona que había junto a la suya.

—Y tenías sed, por lo que veo —sonrió señalando mi botella.

—No soy la única, al parecer —sonreí.

—El whisky me ayuda con el insomnio.

—Mientras no seas alcohólico...

—No, no —frunció el ceño—. Solo me tomo una copa, después me vuelvo a la cama.

—¿Y a qué se debe tu insomnio? —curioseé dando un sorbo a mi botella.

—Varias cosas, en realidad —suspiró cogiendo el vaso de nuevo.

Tan solo llevaba un pantalón corto, estaba descalzo y tenía el torso completamente desnudo.

No quería mirar, mi intención no era ser una descarada en ese aspecto, pero se me iban los ojos solos.

Tenía la piel bronceada, y se veía suave, tersa. Por no hablar de que se le marcaban bastante bien los pectorales y los abdominales. ¿Cómo sería tocarlo?

No, no, no, no tenía que pensar en eso. Noté que me sonrojaba y volví a beber.

—Mi madre solía decir que hablar de lo que no nos deja dormir, sirve de terapia.

—¿Qué es lo que no te deja dormir a ti? —curioseó.

—Bueno, es evidente que estoy pasando unos días con un hermano del que no sabía nada y al que acabo de conocer, por no hablar de que mi padre quiere una oportunidad conmigo y con mi hermana y yo no creo que sea buena idea —contesté, suspiré y bebí agua—. No sé ni por qué te lo he dicho.

—Porque te sirve de terapia —sonrió y vi que se levantaba, pensé que se iba a su habitación, pero me equivoqué, pues lo que hizo fue sentarse en mi tumbona, detrás de mí, con las piernas separadas, una a cada lado de las mías —. Ven —dijo cogiéndome por los hombros y acercándose hacia él—. Mi madre decía que lo mejor, era un masaje.

Y comenzó a masajearme los hombros con cuidado, pero haciendo una ligera presión, de tal modo, que me relajaba los músculos que sentía algo tensos.

—No duermo bien desde que murió mi madre. Yo estaba con ella en el hospital la noche que se fue.

—Álvaro, lo siento —dije mirándolo por encima del hombro, y él sonrió al tiempo que se inclinaba y me dio un beso en la frente.

—Gracias, preciosa.

—¿Qué le pasó?

—No hablamos mucho de esto, la verdad. Pero voy a hacer caso a lo que decía tu madre. Le diagnosticaron alzhéimer, no era tan mayor y eso nos dejó tocados a todos, el que peor lo llevaba era mi padre. Una noche salió de casa sin que aún nos expliquemos por qué, se desorientó, llegó hasta la carretera y a esa hora de la noche, sin mucha luz, el conductor no la vio.

—Dios mío —me llevé la mano a la boca.

—Estuvo unos días ingresada, en coma, hasta que se dio por vencida. Abrió los ojos, ¿sabes? Esa última noche abrió los ojos, me miró, sonrió como si me hubiera reconocido, y volvió a cerrarlos.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias —se inclinó de nuevo y volvió a darme un beso, esta vez en la mejilla.

Cuando se apartó nos quedamos mirando fijamente mientras seguía masajeadome el cuello y los hombros. Sus ojos se veían brillantes con la luz de la Luna que nos acompañaba, y durante una fracción de segundo vi que se desviaban y miraban mis labios.

Cogí aire nerviosa, y noté que mi pecho comenzaba a subir y bajar un poco más rápido de lo habitual. Hacía tanto tiempo que nadie me miraba así, que no podía evitar sentirme nerviosa.

—Quería darte las gracias —dije de pronto con la necesidad de centrar mi atención en algo que no fueran sus ojos sus labios o la yema de sus dedos en mi piel, provocando que me estremeciera.

—¿Por qué? Si es por el masaje, te pienso cobrar.

—¿Qué dices? —lo miré girando muy rápido y vi que sonreía de medio lado.

—Ya pensaré cómo cobrarme el masaje. Pero dime, ¿por qué deberías darme las gracias?

—Por invitarnos al concierto y a pasar estos días. Te aseguro que a mi hermana la has hecho la más feliz del mundo.

—Lo vi en Madrid, estaba en shock cuando conoció a los chicos —contestó mientras apretaba un poco más en el centro de la espalda justo debajo del cuello—. Tienes esta zona muy tensa.

—Lo raro es que no tenga todo el cuerpo contracturado —suspiré—. Ha sido un año demasiado largo.

—La adolescencia es complicada de sobrellevar. Pero no lo has hecho tan mal, se ve que Leire es una buena chica

—Me preocupaba sobre todo el curso, que no lo sacara, pero lo ha hecho —sonreí, orgullosa.

—Eso es porque tiene un buen ejemplo en casa.

—A su edad yo era mucho más rebelde, cambié el chip por completo cuando mi padre...

—Imagino —dijo tras mi silencio, y me besó el cuello.

—Álvaro —murmuré cuando noté otro beso.

—Dime, preciosa —me besó de nuevo.

—¿Qué estás haciendo?

—Darte un masaje —respondió en un susurro ronco, y sentí las yemas de sus dedos bajado por mi espalda mientras sus labios seguían besando mi cuello.

—No hagas eso —le pedí, luchando con el deseo que me invadía de que siguiera.

—Hacer qué.

—Besarme ahí.

—Te beso aquí —dijo tras un nuevo y breve beso—, porque si lo hago en otro sitio no voy a poder parar.

—No sigas —mi voz salió entre breves jadeos.

Me agarró de la barbilla haciendo que lo mirara, y cuando vi sus ojos brillantes, caí en ellos.

—Bastante me he contenido, preciosa —susurró, y lo siguiente que sentí fueron sus labios en los míos.

Sus besos sabían a whisky, tenía los labios cálidos y suaves, y besaba con una mezcla tierna y fiera que me estaba haciendo perder la cabeza.

No tardó en rodearme por la cintura con ambas manos y atraerme más hacia él, hacia su cuerpo, de tal modo que pude notar la dureza de su miembro en mi trasero.

Palpitó ante el roce y por un momento mi cabeza comenzó a divagar en qué sentiría teniéndolo dentro de mí. Tenía las manos cerradas sobre mi regazo con fuerza, evitando tocarle, pero debía admitir que eso era precisamente lo que quería en ese instante, tocarlo y saber si su piel era tan suave como me parecía.

Si sus brazos eran fuertes, si ese abdomen marcado y definido se contraería al contacto con la yema de mis dedos, si...

—No puedo —dije apartándome sin mirarlo, me moría de vergüenza—. Lo siento, yo... No debí hacer esto.

Me puse en pie, cogí la botella y prácticamente entré corriendo a la casa, huyendo como si en vez de ser un hombre el que acababa de besarme en aquel jardín se encontrara el mismísimo Demonio.



Entré en la habitación cerrando la puerta y me apoyé en ella respirando agitada, me acabé el resto de la botella de un solo trago.

Aquello no tenía que haber pasado, no nos conocíamos apenas y...

Por Dios, qué beso me había dado. Ni mi ex me hizo sentir todo lo que Álvaro había provocado en mi cuerpo con un solo beso.

Cerré los ojos con un largo suspiro dejando caer la cabeza en la puerta, y la mirada de Álvaro estaba ahí, al igual que ese jodido beso.

Había sido una mala idea, una que no debía volver a repetirse por nada del mundo.

Entré en la habitación cerrando la puerta y me apoyé en ella respirando agitada, me acabé el resto de la botella de un solo trago.

Aquello no tenía que haber pasado, no nos conocíamos apenas y...

Por Dios, qué beso me había dado. Ni mi ex me hizo sentir todo lo que Álvaro había provocado en mi cuerpo con un solo beso.

Cerré los ojos con un largo suspiro dejando caer la cabeza en la puerta, y la mirada de Álvaro estaba ahí, al igual que ese jodido beso.

Había sido una mala idea, una que no debía volver a repetirse por nada del mundo.

## Capítulo 14



Eran las ocho y media cuando salía de mi habitación, recién duchada y vestida, dispuesta a tomarme un café.

En la cocina ya estaban Samanta y Leire preparando el desayuno junto con Santi y Alex.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, cariño. ¿Y esa carita? —preguntó Samanta al verme.

—No he dormido bien.

—Extrañas tu cama, seguro.

—Será eso —me encogí de hombros.

—Te acabas acostumbrando —dijo Alex, mientras preparaba el zumo—. Y este no es de los peores colchones que hemos tenido la desgracia de conocer, ¿verdad Santi?

—Sí, los hay mucho peores.

Escuché unos pasitos apresurados por el pasillo, y no tardó en aparecer Pablo.

—¡Buenos días! —gritó con los brazos extendidos.

—Madre mía, qué energía de buena mañana. ¿Tú es que te recargas por las noches como los móviles, enchufado a la pared? —rio Samanta.

—No, es que quería verte —y se lanzó a ella para abrazarla—. Buenos días, Sami.

—Uy, Sami, ¿y ese diminutivo?

—Me gusta más que Sam, que parece nombre de chico.

—Visto así —sonrió ella y lo cogió en brazos—. ¿Qué quieres desayunar?

—Hum. Leche con cereales y zumo.

—Marchando un tazón de cereales para el principito de la casa.

—¿Soy un principito? —preguntó con los ojos abiertos.

—El mío por lo menos, sí —le dio un beso en la mejilla.

—Esto es amor a primera vista, Samanta —le dijo mi hermana.

—Desde luego, este hombrecito me tiene loca.

—Buenos días —me giré al escuchar la voz de Álvaro y noté que todo mi cuerpo se estremecía.

Y qué guapo estaba esa mañana, con unos pantalones beige, un polo blanco y las deportivas.

Sus ojos fueron directos hacia mí, sonrió y vi que se acercaba, momento en el que volví a girarme tratando de ignorarlo.

—¿No se ha levantado Iker? —preguntó a mi lado.

—Mi papi estaba hablando por teléfono con mi mami —contestó Pablo, y no parecía feliz al hablar de ella.

Así que Samanta, que se dio cuenta igual que yo, cambió de tema de inmediato preguntando si se había acercado a saludar a Nemo.

—No lo he visto —Pablo frunció el ceño, y entonces escuchamos el maullido del gato.

—Buenos días —Iker estaba serio, más que de costumbre.

—Miré a mi hermana y asintió sin que tuviera que decirle nada, ella me entendía tal como Santi entendía a Álvaro, con esa sola mirada.

—Pablo, ven, vamos a darle el desayuno a Nemo —le dijo, cogiéndolo en brazos.

—¡Sí! Sami, luego me lavo las manos y vengo por mis cereales, ¿vale?

—Vale, tesoro —sonrió ella.

En el momento en el que Leire y Pablo desaparecieron, fue Álvaro el primero en hablar.

—¿Qué te ha dicho esta vez? —curioseó mientras cogía una taza de café.

—Se ha molestado porque no la he avisado de que me traía al niño, ¿te lo puedes creer? Resulta que como su novio da mañana un concierto en Madrid, quería ver al niño.

—Joder con la madre del año —protestó Samanta.

—Esa es la madre del siglo —dijo Alex, al tiempo que negaba.

—Ya le he dicho que no tengo por qué saber su maldita agenda y que, si quiere verlo, que venga aquí. Me ha dicho que no va a coger un vuelo para estar solo una tarde con el niño y tener que irse al día siguiente.

—Hombre, muchas ganas de verlo entonces no tiene —comentó Santi, e Iker asintió.

—Ya sabes cómo es —Álvaro le dio un leve apretón en el hombro.

Nos llamamos cuando mi hermana regresó con Pablo, que sonreía feliz de haber visto al gatito.

Desayunamos y mientras recogíamos, Álvaro propuso que saliéramos a pasar el día en el mar.

—Alquilamos un barco y nos damos un baño. ¿Qué os parece?

—¡Sí, sí! —gritó Pablo— Papi, yo quiero ir.

a

—A mí me parece una buena idea. Voy a ponerme el bikini —dijo Samanta, yendo hacia la habitación.

—¿No será peligroso? —pregunté.

—Tranquila, preciosa, que no va a pasar nada —Álvaro me hizo un guiño y sonrió.

Fui a cambiarme de ropa y metí algunas cosas en el bolso de la piscina que había llevado para nuestro viaje por carretera, cuando estaba lista salí para unirme a los demás en el salón, pero al pasar por la habitación de Álvaro, me cogió de la mano y me metió en ella.

—¿Qué haces? —pregunté en un susurro con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —curioseó mientras me acariciaba la mejilla.

—Sí, sí, ¿por qué preguntas?

—Anoche...

—No, no sigas por ahí —me aparté—. Lo de anoche no pasó.

—Sí pasó —sonrió.

—Pero no debió pasar, por lo tanto, me he olvidado de que pasara, así que realmente es como si no hubiera pasado. Y ahora, me voy con los demás.

Abrí la puerta y salí caminando tan deprisa como podía, cuando llegué al salón ya estaban todos esperándonos a nosotros.

En cuanto Álvaro apareció, fuimos hacia la calle y subimos a los dos coches para ir al puerto y alquilar uno de los barcos y pasar el día en alta mar.

Durante el camino no dejé de mirarme por el espejo retrovisor todo el tiempo, Santi iba delante con él, mientras que en la parte de atrás íbamos Leire, Alex y yo.

Me estaba poniendo nerviosa y solo esperaba que llegáramos pronto y poder evitarlo hablando con Samanta.

Tras aparcar el coche cogimos nuestras cosas y caminamos hasta uno de los barcos donde Álvaro habló con el que debía ser el dueño y acabaron estrechándose la mano. Poco después subimos todos a bordo y el hombre se presentó como Manuel, que estaba acompañado de sus hijos Fabián y Miguel, este último bajó a comprar comida y bebida que el propio Álvaro le encargó.

Media hora más tarde salíamos del puerto con rumbo a algún punto en medio del mar.

Y mientras los demás disfrutaban de una bebida o tomaban el sol como era el caso de mi hermana, Samanta y Pablo, yo me apoyé en la barandilla del barco contemplando las vistas del horizonte, notando la brisa en mi cara.

—Esto es vida, ¿verdad? —la voz de Álvaro hizo que me sobresaltara, y cuando lo miré, tenía una cerveza en una mano y un zumo de frutas que me ofrecía, en la otra.

—Sí —sonreí—. Gracias.

—Quiero disculparme.

—¿Por qué?

—Por no haberte besado todavía, ni haberlo hecho lo suficientemente bien anoche como para que me digas que lo has olvidado —dijo muy serio, y arqueé la ceja y me eché a reír—. Te resulta gracioso, ¿eh? —sonrió de medio lado.

—Divertido es la palabra correcta. No lo hiciste mal, es solo que...

—¿Qué?

—Nada —di un sobro a mi zumo.

—Cintia, ya tengo una edad como para andarme con rodeos, así que, allá voy —dijo mientras se giraba, apoyando el brazo en la baranda, y rodeándome con el otro por la cintura, mirándome fijamente. Hasta que, en vez de hablar lo que hizo fue inclinarse para besarme.

Esta vez lo hizo mucho más pausadamente que la noche anterior, con algún que otro leve mordisquito en mi labio inferior mientras me pegaba más a su cuerpo, ese que emanaba tal calor que notaba la palma de la mano que tenía sobre su pecho completamente ardiendo. Y me perdí en el beso como no debería haberlo hecho, olvidándome de que alguien pudiera vernos y hacerse una idea equivocada de lo que pasaba.

Cuando al fin se apartó, apoyó la frente en la mía y me miró fijamente de nuevo antes de volver a hablar, con la voz cargada de deseo y en un susurro ronco.

—Me atraes, y no puedo ni quiero evitar mantenerme lejos de ti y mucho menos sin tocarte o besarte. Así que, advertidas quedas, seré discreto puesto que están tus hermanos y como eres la mayor querrás dar ejemplo, pero cuando no me vean, voy a besarte hasta que nos quedemos los dos sin aliento.

Y lo hizo una vez más. El calor de sus labios se apoderó de los míos en un sensual y fiero beso, hasta que escuchamos que alguien me llamaba, momento en el que se apartó y nos quedamos allí mirando el horizonte, controlando nuestras respiraciones.

—Aquí estás, hermana —dijo Leire, y me giré sonriendo esperando que no viera lo sonrojada que estaba—. Vamos, tienes que tomar el sol, ¿o es que has venido con el bikini debajo de la ropa y no vas a tumbarte ni cinco minutos? —Me cogió la mano y tiró de mí, para llevarme a la zona donde estaba Samanta.

—Bueno, bueno, pero hace falta correr, ¿eh? —protesté.

En cuanto me vio Samanta sonrió y me hizo quitarme la ropa mientras me mostraba el bote de protector solar.

Cuando me quedé únicamente con el bikini rojo que llevaba, noté la mirada de Álvaro clavándose en cada centímetro de mí.

Así pasó la mañana hasta que llegamos a una zona apartada de playa de lo más tranquila. Fabián y Miguel prepararon la carne a la brasa que había comprado para comer y tras tomarnos un café, nos lanzamos todos al mar a nadar.

Aquello era una maravilla, y debía admitir que ni en mis mejores sueños habría podido darle a mi hermana pequeña unas vacaciones como esas.

Cuando quise darme cuenta estaba sola al otro lado del barco, escuchando las risas de los demás, y antes de que pudiera volver, noté unas manos en mi cintura.

, —Estamos solos y no nos ve nadie —murmuró Álvaro pegado a mi espalda, cuando lo miré por encima del ;hombro se lanzó a besarme de nuevo.

Dejé que lo hiciera, incluso le rodeé con mis brazos por los hombros en el momento en el que me hizo girar en el agua, no tardó en cogerme por las nalgas para que lo rodeara también con las piernas.

Noté que nos íbamos moviendo poco a poco y unos segundos después estaba pegada al barco.

—Agárrate a esa escalera —me pidió cogiéndome las manos para llevarlas hasta la escalera.

Volvió a besarme con fiereza y sentí una mano entre nuestros cuerpos, deslizándose despacio hasta alcanzar mi entrepierna, lo que me hizo gemir.

—Álvaro —murmuré.

—Schhh, no querrás que nos escuchen, ¿verdad?

Tragué mientras me miraba fijamente y comenzaba a tocarme por dentro de la braguita. Me estremecí al notar sus dedos en mi zona íntima, alcanzando la entrada de mi vagina, hasta el punto de que cuando me penetró con uno de sus dedos, ya estaba temblando por lo que haría después.

Me besó y gemí en su boca, agarrándome con fuerza a la escalera mientras Álvaro seguía penetrándome.

No tardé apenas en alcanzar la liberación, y cuando gemí aún más mientras él seguía besándome, mientras mi cuerpo se sacudía y su dedo me hacía enloquecer, Álvaro me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tan bueno soy que he conseguido eso en apenas unos pocos minutos? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—No, es que...



—Ah, ¿tampoco soy bueno en esto? Y yo que creía que sí.

—No, no, por Dios, no he querido decir eso.

—Entonces, soy bueno.

—No bromees —reí—. Es que hace demasiado tiempo que yo no... Ya sabes.

—¿Cuánto es demasiado para ti, preciosa? —curioseó colocándome un mechón de cabello tras la oreja.

—Unos diez meses.

—¿Es que los hombres de Sevilla están ciegos y no ven el pedazo de mujer que eres?

—Mi ex es el que no debió verlo, y desde que tengo a Leire a mi cargo, no es que haya tenido mucho tiempo para ligar.

—Te juro, preciosa, que cuando pueda tenerte a solas en la villa, te voy a dar tantos orgasmos que vas a quedarte sin voz.

—¡Cintia! —gritó Samanta— Ay, Dios, ¡qué se me ha ahogado mi amiga!

Me eché a reír al escucharla, igual que Álvaro, y me dio un último beso antes de apartarse.

—Anda ve, antes de que quiera llamar a los guardacostas.

Sonreí, y comencé a nadar hacia el otro lado del barco.

<sup>2</sup>—Ahí viene la desaparecida —dijo Leire.

—¿De dónde sales tú? —preguntó Samanta.

—¿Del agua? —respondí.

—Mira, a mí no me des más sustos que no quiero que me lleven a Sevilla en una caja de pino. Y qué sonrojada estás, ¿te ha dado mucho el sol? Mira que te dije que te pusieras protector en la cara también.

—Sí, sí, va a ser el por el sol, ¿verdad, hermana? —preguntó Alex con una leve sonrisilla al ver que Álvaro aparecía por el lado contrario al que lo había hecho yo, pero que venía del mismo sitio.

—Pues sí, Alex, ha sido por el sol —protesté.

Poco después regresamos al barco, Pablo y los más jóvenes aprovecharon para echarse una siesta en las tumbonas a la sombra, mientras que Iker y Samanta hablaban del niño.

Álvaro me acariciaba la espalda con disimulo y cuando nuestros amigos no lo veían, me besaba el cuello.

—Esta noche me cuelo en tu cama —murmuró, y me estremecí, por miedo y por deseo a partes iguales.

—No se te ocurra.

—¿No quieres que acabe lo que he empezado?

—¿Qué cuchicheáis vosotros? —preguntó Samanta.

—Le decía a Cintia que debería ponerse protector, o se quemará la espalda —contestó Álvaro.

—Pues toma —le tiró el bote que él cogió al vuelo—, pónselo tú, porque si por ella fuera, iría como un cangrejo por la vida.

Cuando empezó a extenderme el protector lo miré por encima del hombro.

—Menuda táctica para tocarme sin preocuparte de que te vean —fruncí del ceño.

—Uno sabe buscarse las maneras, preciosa —hizo un guiño y me besó el hombro.

Cuando los demás regresaron era casi la hora de la cena, así que Fabián y Miguel prepararon el marisco y el pescado a la brasa que quedó buenísimo.

Entre risas y planes para el resto de los días cenamos, en cuanto acabamos, Manuel puso rumbo de vuelta al puerto.

Eran cerca de las doce cuando llegamos a la villa, Pablo iba completamente dormido en los brazos de Samanta y ella e Iker fueron a acostarlo.

Me quedé mirando a Álvaro desde mi puerta, estábamos solos en el pasillo y vi en sus ojos que quería venir, pero me limité a darle las buenas noches.

Entré en mi habitación y cerré la puerta, apoyándome en ella, sintiendo que quizás me había equivocado al no invitarlo, pero no estaba preparada para eso, no lo estaba.



## Capítulo 15



Tras el desayuno, Álvaro e Iker dijeron que iban a ver el lugar donde se celebraría el concierto para hablar con los organizadores, por lo que nosotras decidimos pasar el día fuera, disfrutando de la playa.

Pablo nos preguntó si podía venir con nosotras y Samanta dijo que sí, pero pegadito a ella todo el tiempo y sin perderse.

Tras cambiarnos y preparar las bolsas con lo necesario para un día de playa, cogimos el coche que nos había dejado Iker y fuimos hacia un lugar un poco más tranquilo de la playa donde podríamos tener bien vigilado al niño, dado que no había mucha gente.

Extendimos las toallas bajo una de las sombrillas que estaban allí colocadas, y saqué el bote de protector solar para ponernos un poco.

Samanta lo cogió para ponerle a Pablo, y cuando acabó, el pobre estaba completamente blanco.

—Samanta, ¿qué has hecho? —preguntó Leire al verlo y empezó a reírse a carcajadas, doblada de la risa.

—Ponerle protector, que solo me falta llevarlo con su padre rojo como el cangrejo de la Sirenita —contestó.

—Parece un merengue —reí.

—¿Qué es un merengue? —preguntó el niño, con el ceño fruncido.

—Un pastel dulce, Pablo —respondió Leire sin poder dejar de reír.

—¿Esto es dulce? —se llevó el brazo a la boca y lo vimos sacar la lengua como si fuera a chupar, momento en el que las tres dejamos de reír y fuimos hacia él para evitarlo.

—¡No! —gritamos al unísono.

—Huele a coco —dijo.

—Pero no se come, que te pones malo de la tripa —le dije mientras extendía un poco más el protector y le iba quitando para ponerme yo, e incluso a mi hermana—. Listo, ya no eres un merenguito —hice un guiño sonriendo y le besé en la cabeza, ya que el pelo era lo único que no tenía cubierto de protector—. Vamos al agua —me cogió la mano y fuimos los cuatro hacia el mar.

En cuanto nos metimos Pablo dio un grito porque estaba un poco fría, pero en unos minutos se le pasó y comenzó a nadar allí cerca de nosotras, eso sí, siempre con vigilancia y si no era una, era otra la que lo mantenía a flote para nadar o le hacía compañía.

—Leire, no os vayáis muy lejos —le pedí a mi hermana, cuando se apartaron un poco, y ella asintió.

—Ese niño me tiene loca —dijo Samanta con una sonrisa.

—¿Solo el niño? —curioseé.

—¿Y qué me dices tú? Álvaro se muestra muy cercano a ti —me dio un leve codazo en el costado—. Ayer estuvisteis juntos a escondidas en el barco, ¿verdad?

—No.

—Vamos, cariño, a mí no me mientas que nos conocemos desde hace un montón de años.

—Nos hemos besado, pero que no salga de aquí —la miré y ella sonreía.

—Tu hermano no es tonto, y ciego tampoco. Se dio cuenta. Y puede que Leire también.

—Mi hermano —suspiré—, no me acostumbro a esa palabra.

—Pues deberías empezar, porque me da a mí en la nariz que vais a pasar mucho tiempo juntos. Tu padre poco a poco os va a recuperar, y lo sabes. No vas a estar toda la vida evitándolo.

—Es pronto, pero sé que tendré que hacerlo por Leire.

Miré hacia donde estaba mi hermana con Pablo y los dos reían a carcajadas, hasta que vieron que les observábamos y saludaron agitando la mano.

Poco después la llamé para que volvieran y regresamos a las toallas para secarnos.

Pablo dijo que tenía hambre, y como expertas que éramos Samanta y yo en cuestiones de niños y la hora del almuerzo, había metido en mi bolsa una pequeña nevera que encontré en la villa con zumos y unos bollos para él.

Leire estaba tumbada en la toalla tomando el sol escuchando música en el móvil cuando empezó a sonar.

—Hola, papá —lo saludó con una sonrisa—. Bien, ahora estamos en la playa Cintia, Samanta y yo con Pablo, el hijo de Iker. Sí, es un pequeño trasto —rio.

Samanta me miró y sonreí, no era de extrañar que mi padre la llamara a ella, sabía que yo no quería tener mucha relación con él.

—No, no es un hotel, estamos alojados en una villa. Sí, espera. Cintia —la miré—. Quiere hablar contigo —me dio el teléfono, suspiré y lo cogí.

—Dime.

—Hola hija, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Y tu hermano?

—No es... —cerré los ojos y suspiré— Está con Álvaro, Iker y Santi viendo el lugar donde será el concierto.

—No está siendo muy rebelde, ¿verdad?

—No, está siendo el adulto que ya es.

—¿Necesitáis dinero? Puedo haceros una transferencia.

—¿Has llamado para eso?

—No, quería saber cómo estabais.

—Pues estamos bien, y no, no necesitamos dinero. No gano tanto como tú, pero tengo ahorros y me puedo permitir comprar cosas para mí y para mi hermana, como he hecho estos diez años. Toma —le devolví el móvil a mi hermana, y vi que ella estaba triste.

—Papá. Sí, vale. Adiós —colgó y la escuché suspirar—. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, Cintia.

—Y se la estoy dando, Leire, por ti, se la estoy dando. Pero que no me ofenda con sus ofrendas de dinero cuando no ha hecho en estos diez años nada por mandarnos un puto céntimo, y tampoco cuando murió mamá, que sí podríamos haber necesitado, aunque fuera un hombre en el que llorar. Me voy a dar un paseo —me puse en pie y cogí el móvil para ir a caminar por la orilla.

Estaba que mordía, de verdad que sí. Jamás me sentí así de ofendida, y eso que la propia Samanta me había dicho que me dejaba dinero en más de una ocasión, y nunca lo acepté.

El dinero que sobró de la venta de la casa y pagar la hipoteca y demás gastos, seguía estando ahorrado y solo tiraba de él en casos de urgencia y extrema necesidad, con mi sueldo y lo que había ido ahorrando desde que comencé a trabajar cuando mi padre se fue, nos manteníamos las dos.

Y sí, probablemente mi padre lo hiciera por eso, para que no gastara mis ahorros, pero no necesitaba que me hiciera una transferencia.

Mi móvil sonó con la notificación de un mensaje y recé para que no fuera él, no quería que me escribiera diciéndome que lo sentía ni nada de eso. Sí, era una cabezota igual que él y eso no cambiaría nunca.

**Álvaro:** *¿Cómo estás, preciosa? ¿Disfrutando de la playa en brazos de otro? Mira que me pondría celoso.*

Sonreí, porque aquello sí que no me lo esperaba.

**Cintia:** *Paseando por la orilla sola, intentando quitarme el mal humor. Y no, no preguntes porque no quiero hablar de ello. ¿Qué tal vosotros? ¿Va bien la organización del concierto?*

**Álvaro:** *Imagino el motivo, así que no voy a preguntar. Por aquí todo bien, están empezando a pedir lo que necesitan. No nos esperéis para comer, tenemos algunas cosas que hablar con el grupo. Si queréis comer por allí en la playa, te hago un bizum para que lo pagues.*

¿Otro ofreciéndome dinero? Esto ya era de juzgado de guardia, en serio. No contesté, simplemente bloqueé el móvil y regresé a las toallas para avisar que los chicos no comerían con nosotras.

—He visto un bar al llegar que tenía muy buena pinta —dijo Samanta—. ¿Y si vamos a comer ahí?

—Por mí, genial. ¿Vamos ya? Es la una y media, y cuando antes vayamos, mejor, para no quedarnos sin mesa —contesté.

—Pues a recoger se ha dicho. Después volvemos.

Y mientras recogíamos Pablo decía que le apetecía comer paella, que quería un arrozito rico, hasta se relamió los labios como si la saboreara, y nos echamos las tres a reír.

Le cogió la mano a Samanta y fuimos hasta el bar con nuestras bolsas de playa, había varias mesas libres y una camarera de lo más simpática nos llevó hasta una en la terraza, a la sombrita, con vistas al mar.

—¿Tenéis paella? —pregunté tras pedirle agua y refrescos para beber.

—Siempre tenemos varias haciéndose —sonrió—. ¿Para cuatro?

—Sí, una paella para cuatro, por favor.

—Muy bien. ¿Alguna cosa más? Tenemos unas brochetas de carne o pollo a la brasa que están buenísimas, y no es porque las haga mi madre —sonrió.

—Pues tráenos también, de las dos.

—¿Cuatro y cuatro?

—Genial —sonreí.

—Ahora mismo os traigo las brochetas en lo que se termina el arroz.

—Gracias.

Cinco minutos después apareció con las bebidas y las brochetas, esas que, razón no le faltaba, estaban buenísimas

Pablo se las comió sin rechistar, se notaba que era de buen comer. Le preguntamos si le gustaban las verduras y dijo que sí, que prefería otra cosa si le daban a elegir, pero no le disgustaban mucho.

Cuando la camarera apareció con la paellera en la mano, ya solo con el olor se nos hizo a los cuatro la boca agua. Y qué decir ya del sabor, aquello estaba para chuparse los dedos, de hecho, Pablo se los chupaba después de pelar las gambas, que decía que él solo podía, y lo hizo.

Para postre nos pedimos unos helados, y mientras Samanta y yo tomábamos el café, me llamó Álvaro.

—Dime.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal el día?

—Bien, estamos tomando café y ahora iremos a darnos un baño.

—No me digas eso, que no te voy a ver en bikini.

—¿Va todo bien? —pregunté tratando de cambiar de tema.

—Sí, solo llamaba para decirte que esta noche el grupo da una fiesta.



—Ah, vale. No os preocupéis por Pablo, nosotras nos quedamos con él.

—No me has entendido. Da una fiesta a la que Samanta y tú venís con Iker y conmigo. Santi y Alex se quedan en casa con Leire y el niño.

—Bueno, no sé si...

—No aceptamos un no por respuesta. Os vemos en un par de horas en la villa.

Colgó y me quedé mirando el móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Samanta.

—Pues que al parecer esta noche tenemos una fiesta.

—¿Qué fiesta? —curioseó mi hermana.

—El grupo da una fiesta, Iker y Álvaro tienen que ir, y quieren que los acompañemos. Santi y Alex se quedan con vosotros en la villa —le contesté señalando a Pablo y ella.

—Guay, solos en casa sin adultos —sonrió—. Pablo, vamos a poder comer chuches y helado viendo pelis.

—¡Bien!

—No, no, de eso nada. Que si te pones malito tu padre nos mata —dijo Samanta—. Leire, que no coma chuches y helado.

—Era broma, si Pablo es un niño muy bueno, ¿verdad qué sí?

—Sí —contestó él poniendo cara de angelito.

—Esa es la cara que me da miedo —le señaló Samanta.

Nos echamos a reír, y tras acabar el café regresamos a la playa donde estuvimos una hora antes de volver a la villa para prepararnos para ir a la fiesta.

1

1

1

## Capítulo 16



—Menos mal que compramos estos vestidos el otro día —dijo Leire cuando Samanta y yo terminamos de arreglarnos en la habitación de mi amiga.

Los chicos habían llegado a la villa poco después de que lo hiciéramos nosotras, así que mientras Samanta y yo nos duchábamos para prepararnos, Leire ayudó a Pablo a bañarse antes de ducharse ella.

—Estáis guapísimas. Esta noche ligáis —sonrió mi hermana.

—Sí, con los del grupo —contestó Samanta, volteando los ojos.

—No, no, tú con cierto papá que te mira como si fuera a comerte —le dije.

—No inventes —rio.

—No invento, solo digo lo que veo.

—Si hablamos de comer, Álvaro te quiere hincar el diente...

—Leire, ¿qué dices? —Abrí los ojos como platos.

—Pues lo que veo —se encogió de hombros, y Samanta soltó una carcajada.

—Esta niña es más lista de lo que te crees, cariño —Samanta me dio una palmadita en el hombro.

Tras acabar de arreglarnos, cogimos los bolsos y fuimos hacia el salón donde ya estaban Iker y Álvaro esperándonos. Fue Pablo el primero en vernos y abrió la boca y los ojos sin decir nada.

—¿Qué te pasa, tesoro? —le preguntó Samanta, y los cuatro se dieron la vuelta.

—Qué guapas estáis —contestó.

—Ay, mi niño, ¡qué te como! —lo cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla— Ya podrías ser más mayor para ser mi novio.

—Para eso tienes al padre —soltó Santi, y a mirar a Iker, lo vimos sonriendo.

—Soy la versión mayor, eso está claro —dijo el aludido.

—Leire, no te digo nada —le advertí.

—Pizza, un helado, y lo llevo a la cama —señaló a Pablo, y asentí.

—No sé quién va a hacer de niñera a quién, colega —comentó Alex mirando a Santi, que era el mayor de los tres que se quedaban al cargo del niño—. Me da que tú no.

—No os acostéis muy tarde —les dijo Samanta.

—Tranquila, que tampoco abriremos la puerta a extraños —respondió Santi.

—Qué guasa tiene el niño, Cintia —resopló mi amiga.

Nos despedimos de ellos y fuimos hacia la calle, Álvaro dijo que dejaban un coche allí por si tenían alguna urgencia, y subimos los cuatro al que él conducía. Iker ocupó el asiento del copiloto y Samanta y yo nos sentamos en la parte de atrás.

En el camino vi que Álvaro no dejaba de mirarme por el retrovisor, algo que parecía ser una costumbre para él y que a mí me ponía de lo más nerviosa. Iker y Samanta charlaban y yo me limitaba a mirar por la ventana.

Cuando llegamos a la villa que el grupo había alquilado para esos días, vimos que la fiesta estaba ya en pleno apogeo.

La música del grupo sonaba a todo volumen por los altavoces que habían instalado en el jardín, y di gracias a que no había ni una sola casa o villa cerca porque acabarían llamando a los vecinos quejándose del ruido.

Había camareros con bandejas de bebida y comida por cada rincón por el que pasábamos, y también reconocí a algunos famosos, cantantes, actrices y actores en su mayoría, así como algún que otro productor musical, según me dijo Iker.

Cogí una copa de vino al igual que Samanta, y seguimos a los chicos hasta donde estaban los del grupo, que se alegraron de vernos de nuevo.

Incluso me preguntaron por Leire y si tenía ganas de volver a verlos en directo, algo que me hizo sonreír y les dije

aque estaba muy emocionada por ello.

Después de unos minutos hablando con ellos me aparté un poco en busca de alguno de los camareros para coger otra copa, y cuando me hice con una en la barra que había instalada en la zona de la piscina, escuché a alguien hablando a mi derecha.

—Este no es tu mundo, ¿me equivoco? —Miré y vi un hombre de unos cuarenta y pocos años, de cabello negro y unos bonitos ojos grises.

—¿Me habla a mí? —Fruncí el ceño.

—No hay nadie más —sonrió.

—Oh. Perdona —sonreí.

—Leo —me tendió la mano, y se la estreché.

—Cintia. Y no, no me dedico a la música —di un sorbo a mi copa de vino—. Soy maestra en una escuela infantil.

—Por el acento diría que eres del sur, ¿me equivoco?

—No, soy de Sevilla —sonreí.

—Lo sabía. Mi abuela era de Málaga. ¿Y qué hace una maestra de escuela infantil en la fiesta de un grupo de música pop? Porque para que les des clases particulares no te han contratado.

—No —reí—. No les hace falta, son todos mayores de edad y no necesitan refuerzo. He venido con los dueños de la discográfica con la que trabaja el grupo.

—¿Álvaro e Iker han venido acompañados? Eso es nuevo —dio un sorbo a su copa.

—¿Por qué es tan extraño?

—Bueno, uno está divorciado y el otro...

—Cintia —miré hacia la derecha y vi que se acercaba Álvaro—. Te está buscando Samanta, dice que, si sigues desapareciendo así, le acabará dando un infarto de verdad —sonrió, y noté su mano en la parte baja de mi espalda

—Es peor que mi madre —volteé los ojos.

—Leo —le saludó.

—Álvaro —correspondió al saludo con una leve inclinación de cabeza.

—Vamos, antes de que Samanta ponga la villa patas arriba —me dijo.

—Encantada de conocerte, Leo —sonreí mientras me alejaba con Álvaro.

—El placer ha sido mío —contestó.

Y cuando estábamos lo suficientemente apartados, Álvaro me preguntó de qué había hablado con Leo.

—Nada, solo nos ha dado tiempo a presentarnos —dije tras dar un sorbo a mi copa.

Llegamos donde estaba Samanta y me miró con la ceja arqueada, señal de que eso de que yo desapareciese, así como así, no le gustaba mucho, pero no la dejaba nunca sola, que tenía la compañía de Iker.

Nos quedamos allí charlando y los chicos nos presentaron a algunos cantantes que trabajaban con su discográfica, un par de grupos que conocíamos también estaban en la fiesta y Samanta y yo nos hicimos unas fotos con ellos, que fueron de lo más amables.

Comimos y bebimos durante algo más de dos horas, Iker y Samanta no sabía dónde se habían metido, y mientras Álvaro hablaba con un productor musical aproveché para ir al cuarto de baño.

Pero si la villa en la que estábamos nosotros alojados era grande, esta era como un castillo.

Tenía un sinfín de puertas que resultaron ser habitaciones, en muchas de ellas escuchaba gritos y gemidos y ni las abrí, otras estaban cerradas por dentro por lo que entendí que quien quiera que estuviera ahí no quería ser molestado.

Hasta que por fin encontré una habitación vacía, entré y fui al cuarto de baño, tanto vino me había hecho efecto y debía liberarlo. Me refresqué la cara y cuando salí del cuarto de baño, encontré a Álvaro junto a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Asegurarme que no te pierdes —sonrió.

—Pues no te digo yo que no me hubiera pasado, la de puertas que hay, madre mía. ¿Para qué quieren tantas habitaciones si entre los del grupo, los músicos, y el representante, son diez personas?

—Creo que has escuchado lo que pasaba detrás de las puertas, ¿no? —Arqueó la ceja mientras se acercaba a mí.

—Mientras no me digas que aparte de alcohol y sexo, también hay drogas, no vamos mal. Que mi padre se morirá si su hijo Alex tomara de eso.

—No voy a mentirte, sé que las hay, pero ni el grupo, ni Alex, ni Santi, y tampoco Iker o yo, las tomamos —dijo mientras me agarraba por las caderas—. Ese vestido te sienta genial —susurró inclinándose con los ojos fijos en los míos, y acabó besándome.

No me negué, porque sin saberlo, acababa de descubrir que quería eso. Desde que lo había hecho el día anterior, y aunque no quise que viniera a mi habitación, quería que volviera a hacerlo.

Lo rodeé por los hombros con mis brazos y enredé los dedos en su cabello, era sedoso tal como pensaba.

No tardó en deslizar la mano por mi muslo desnudo, haciendo que mi piel se erizara con cada centímetro que avanzaban por ella la yema de sus dedos, y gemí en su boca cuando noté que llevaba uno de ellos al interior de mi braguita.

Segundos después comencé a sentir la humedad en mi zona íntima, enloqueciendo con la facilidad con la que Álvaro movía el dedo entre mis pliegues y me hacía excitarme más y más.

Me penetraba con él muy despacio y movía las caderas en busca de más, queriendo llegar a esa liberación que crecía en mi interior.

—Preciosa, quiero mucho más que esto —murmuró y me pedí en su mirada, esa que brillaba por el deseo.

—Álvaro... —jadeé cerrando los ojos y cuando comenzó a penetrarme más deprisa, dejé caer la cabeza hacia atrás y me corrí.

Sus labios ahogaron en grito que salía de mi garganta, y cuando me atrajo hacia él, pude notar la dureza entre sus piernas.

Cuando liberé todo lo que tenía dentro para darle, apoyó la frente en la mía y no solo me notaba el cuerpo tembloroso, sino que mi respiración era fuerte y entrecortada.

—Esta noche duermes en mi cama —dijo, y por el tono que había empleado no era una simple petición, sino una orden.

Asentí y volvió a besarme mientras sostenía mi nuca con una mano y seguía tocando mi zona íntima con la otra, en una lenta caricia.

Fuimos al cuarto de baño para adecentarnos un poco y bajamos al jardín donde volvimos a mezclarnos con el resto de invitados, cogimos una copa de vino y estuvimos hablando con una cantante que trabajaba con la discográfica ;

asacaba su tercer álbum en dos semanas.

Estaba emocionada y deseando que todo el mundo pudiera escuchar sus canciones, me dijo que era un disco mucho más personal y que todas las canciones las había compuesto ella, que eran sus letras y que le habían salido del corazón.

—Mi madre dice que un corazón está roto por amor, sana contando lo que ha vivido, y creo que es lo que me ha pasado —sonrió.

—Vaya, pues ahora tengo muchas más ganas de escucharlo —dije.

—Álvaro tiene la maqueta, te la puede dejar.

—No, por favor, esperaré que salga y seré de las primeas en comprarlo —reí.

—Me cae bien —le dijo a Álvaro—. No la dejes escapar —le hizo un guiño y se despidió de nosotros cuando la llamó otro cantante.

—Así que no tengo que dejarte escapar —Álvaro sonrió y resoplé.

—Tranquilo, que, si hay algo que tengo claro, es que lo que pase entre nosotros, no llegará a ser nada más allá de un poco de sexo —me encogí de hombros.

—¿Por qué estás tan segura? —Me rodeó por la cintura con su brazo con disimulo.

—Eres un playboy, no hay más que verte.

—Solo soy un hombre, que ha puesto sus ojos en una gran mujer, tanto por dentro como por fuera, y quiere conocerla —contestó mirándome fijamente—. Lo que no quita que la deseé tanto que quiera acostarme con ella esta noche y hacerla disfrutar. Te dije que iba a darte todos esos orgasmos que no has tenido en casi un año, y soy un hombre que cumple con sus promesas.

Veía sus ganas de besarme en el modo en el que me miraba, tanto a los ojos como a los labios, y me mordí los labios deseando lo mismo.

—No hagas eso, preciosa —me pidió en un susurro—. Me está costando mucho controlarme.

—¿Por qué te controlas? No creo que esta gente se escandalice si me besas.

—No me tientes, no hay nada que quiera más en este momento que besarte, pero no puedo, aquí no.  
y



Sonreí, negando mientras me apartaba un poco de él.

—Pues no me mires de ese modo, que me pones nerviosa.

—Mejor vamos a buscar a Iker y Samanta, es hora de volver a la villa —me hizo un guiño.

No tardamos en encontrarlos charlando con el representante del grupo, Álvaro le dijo algo al oído a Iker y este asintió. Acabamos despidiéndonos de los chicos del grupo unos minutos después, subimos al coche y como Iker lo hizo detrás con Samanta, yo tuve que sentarme delante con Álvaro.

Las risitas de Samanta no me pasaban desapercibidas, y a Álvaro tampoco, por eso cuando me cogió la mano y se la acercó a los labios para dejar un beso en ella, no me sorprendió el hecho de que no le importara que nuestros amigos supieran que entre nosotros dos había pasado algo, o estaba a punto de pasar.

Sonreí, negando mientras me apartaba un poco de él.

—Pues no me mires de ese modo, que me pones nerviosa.

—Mejor vamos a buscar a Iker y Samanta, es hora de volver a la villa —me hizo un guiño.

No tardamos en encontrarlos charlando con el representante del grupo, Álvaro le dijo algo al oído a Iker y este asintió. Acabamos despidiéndonos de los chicos del grupo unos minutos después, subimos al coche y como Iker lo hizo detrás con Samanta, yo tuve que sentarme delante con Álvaro.

Las risitas de Samanta no me pasaban desapercibidas, y a Álvaro tampoco, por eso cuando me cogió la mano y se la acercó a los labios para dejar un beso en ella, no me sorprendió el hecho de que no le importara que nuestros amigos supieran que entre nosotros dos había pasado algo, o estaba a punto de pasar.

## Capítulo 17



Cuando entramos en la villa era cerca de la una y estaba todo apagado, señal de que los chicos ya se habían ido a la cama.

Fuimos lo más sigilosos posible para no despertarles ni asustarles, y cuando Samanta e Iker llegaron a la habitación de ella, cogidos de la mano, sonrieron mirándonos.

—Buenas noches, que durmáis bien —dijo ella.

—Buenas noches —sonreí.

Ni siquiera llegaron a entrar y ya estaban besándose.

—Parece que tienen un poquito de prisa —murmuró Álvaro a mi espalda, al tiempo que me rodeaba por la cintura y noté sus labios en el cuello—. ¿Me acompañas, preciosa?

Lo miré por encima del hombro, fijándome en sus ojos, brillantes y oscuros por el deseo, y no dudó en inclinarse a besarme en los labios.

Abrió la puerta de su habitación, me cogió de la mano y entramos en ella. Cuando la cerró sentí un leve escalofrío de anticipación, era como si acabara de entrar en la guarida del lobo y estuviera a punto de comerme, algo que tampoco dudaba que fuera a ocurrir.

Sin soltarme, se pegó a mi espalda y comenzó a besarme el cuello mientras me guiaba hacia la cama, donde no dudó en desabrochar la cremallera del vestido y dejarlo caer alrededor de mis pies.

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior cuando el calor de las yemas de sus dedos tocaron mis costados, subiendo hacia la espalda, para desabrochar el sujetador, ese que quitó espacio cogiendo ambos tirantes entre sus dedos y también cayó al suelo.

Volvió a besarme el cuello mientras sus manos masajearon despacio mis pechos, eran tan grandes y fuertes que los cubrían por completo.

Bajó una mano acariciándome el vientre y la introdujo por la tela de las braguitas, gemí cuando deslizó el dedo entre mis labios vaginales y sentí toda la humedad que aún mantenía desde que me había llevado al orgasmo.

Comenzó a penetrarme mientras me besaba y mordisqueaba el cuello y el hombro al mismo tiempo que pellizcaba el pezón.

Y fue así como hizo que me volviera a correr en apenas unos minutos.

Me sostuvo por las caderas para girarme y que quedara frente a él y volvió a cubrir mis pechos, mirándolos como si admirara el más delicado de los tesoros.

—Preciosos y perfectos —dijo con una sonrisa de medio lado.

—Pequeños, diría yo —me sonrojé.

—¿A ojos de quién? A mí me parecen simplemente perfectos.

—Mi ex decía...

—Ese era un imbécil —me cortó.

l —Que eran pequeños —seguí.

—Me reafirmo en lo que he dicho, tu ex era un imbécil. Tienes unos pechos perfectos y naturales.

y

—A los hombres suelen gustarles un poco más grandes y operados.

l —A este hombre que tienes delante, le gustan naturales y estos —se inclinó para lamer y mordisquear un pezón y después el otro—, se van a convertir en el mayor de mis vicios.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso rudo mientras me atraía hacia él, de modo que noté en mi bajo vientre la dureza palpitante de su erección. Álvaro movió un poco las caderas haciendo fricción con ella en mi cuerpo, y gemí ante la punzada de deseo que se hizo presente en el centro de mi zona íntima.

Ya no tenía la menor duda de que deseaba a ese hombre dentro de mí, llenándome hasta lo más profundo de mi ser.

Comencé a quitarle la chaqueta del traje y la dejé caer al suelo, deshice el nudo de su corbata, desabroché uno a uno los botones de la camisa, y acaricié aquel torso desnudo que tanto había querido tocar, notando en la palma de mis manos la firmeza de ese cuerpo perfectamente trabajado y moldeado en un gimnasio, se notaba que se cuidaba.

sin llegar a ser una obsesión que le hiciera verse como uno de esos culturistas.

Se quitó la camisa sin esperar más, desabrochó sus pantalones y los dejó caer junto con el bóxer antes de cogerme por las nalgas para recostarme en la cama, donde me quitó las cuñas y comenzó a besarme la pierna desde el tobillo.

Cogí aire cuando vi su masculinidad, hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre que incluso dudé que él pudiera entrar en mí, eso si no se me había regenerado el himen como decía la loca de Samanta. Me eché a reír solo de pensarlo.

—¿Qué te ha hecho tanta gracia? —preguntó besándome el interior del muslo.

—Tranquilo, que no es por ti. Es algo que Samanta me ha dicho en estos meses.

—Compártelo conmigo, me puede la curiosidad.

—Según ella, corría el peligro de volver a ser virgen de nuevo por no tener sexo en tanto tiempo.

—En ese caso, estaré encantado de evitar que eso ocurra —me besó en el centro de mi zona íntima, aun con las braguitas puestas, y no tardó en quitármelas dejándome completamente desnuda y expuesta ante él.

Se acomodó entre mis piernas, colocándolas sobre sus hombros, y comenzó a lamer mi zona de tal modo que me estremecía y notaba todo mi cuerpo temblar. Gemía agarrando con fuerza la ropa de la cama mientras Álvaro llevaba su lengua entre mis labios vaginales, la llevaba dentro de mi vagina cada cierto tiempo, y succionaba y mordisqueaba mi clítoris hasta arrancarme gritos y más gritos.

Acabé llegando al clímax poco después y no dudó en penetrarme, colmándome por completo hasta lo más hondo de mi ser. Comenzó a moverse despacio, entrando y saliendo una y otra vez, pellizcándome los pezones, lamiéndonos e incluso mordiéndolos para hacer que mi excitación subiera de nivel, algo que tenía claro que con él no sería de extrañar.

Volví a correrme casi sin darme cuenta, y Álvaro se retiró haciendo que me colocara de rodillas en la cama y apoyándome con los codos, de modo que mis caderas quedaron completamente elevadas dándole un mejor acceso

Y sí, en esa postura podía sentirlo mucho mejor y más profundamente, de tal modo que mis gemidos y gritos fueron aumentando también.

Álvaro se movía con fuerza y muy rápido, entraba y salía haciendo que los músculos de mi vagina lo apresaran cuando se acercaba el orgasmo, y eso parecía gustarle a juzgar por sus jadeos.

<sup>2</sup>  
<sub>a</sub> No tardé en alcanzar un nuevo clímax y sentir todo el cuerpo laxo, pero el éxtasis, el deseo y la lujuria que ese

hombre provocaba en mí, parecían hacer que en cuestión de segundos cada célula de mi cuerpo se reactivara una vez más.

Me cogió en brazos y acabamos haciéndolo así, de pie y contra una de las paredes. Lo agarraba con todas mis fuerzas rodeándolo por los hombros con los brazos mientras nos besábamos con urgencia y de un modo rudo. Álvaro se movía dentro y fuera, dentro y fuera, fuerte y rápido, y mi cuerpo temblaba ante una nueva oleada del placer que se acercaba de manera inminente.

—Álvaro —jadeé cuando comenzó a besarme y mordisquearme el cuello, con los ojos cerrados y la cabeza dejada caer sobre su hombro.

—Dime, preciosa —jadeó.

—Quiero correrme.

—Pues hazlo, no te prives de lo que quieres.

—Pero, quiero... quiero...

—¿Qué quieres, Cintia?

—Que lo hagas conmigo —pedí, puesto que no sabía qué se sentía al llegar al clímax con tu pareja de juegos.

—Deseo concedido —murmuró antes de volver a besarme como si no pudiera volver a hacerlo nunca más.

Y comenzó a moverse más y más deprisa, más fuerte, entrando mucho más profundo, y al mismo tiempo que sentía que iba a liberarme, noté cómo él también se acercaba a ese momento.

<sup>1</sup>Unos instantes después los dos gemíamos en la boca del otro liberando el clímax, dejando que lo que había provocado el otro en nuestro cuerpo saliera, y cuando acabamos, cuando sentimos la última sacudida de placer, nos quedamos allí abrazos y unidos por nuestros sexos, jadeando y recobrando el aliento.

<sup>1</sup>—Ya debería irme a mi habitación —dije tiempo después, mientras él me besaba en hombro.

—De eso nada, te quedas aquí conmigo —contestó y comenzó a caminar hacia la cama, donde, tras retirar su miembro semi erecto, me recostó para acomodarse a mi espalda y rodearme con el brazo—. Buenas noches, preciosa, descansa —susurró.

—Buenas noches, Álvaro.

Cuando noté que afianzaba más ese abrazo, como evitando así que pudiera escaparme en medio de la noche,

sonreí mientras se me cerraban los ojos.

Álvaro no era como otros hombres, o al menos no me lo parecía, pero sabía que entre nosotros no podría haber nada puesto que pertenecíamos a mundos diferentes, y ni siquiera vivíamos en la misma ciudad.

Si existiera una posibilidad de que fuéramos algo más, ¿quién cambiaría su vida por el otro?

sonreí mientras se me cerraban los ojos.

Álvaro no era como otros hombres, o al menos no me lo parecía, pero sabía que entre nosotros no podría haber nada puesto que pertenecíamos a mundos diferentes, y ni siquiera vivíamos en la misma ciudad.

Si existiera una posibilidad de que fuéramos algo más, ¿quién cambiaría su vida por el otro?



## Capítulo 18



Me parecía estar escuchando la melodía de un móvil, pero por más que lo buscaba en la mesita de noche, no lo encontraba.

—Preciosa, te están llamando —murmuró una voz somnolienta y algo ronca a mi espalda, momento en el que noté el peso de un brazo en mi cintura, hasta que recordé que estaba en la habitación de Álvaro.

—No es el mío —contesté al ser consciente de que esa melodía, no era la de mi teléfono.

—Oh, joder, es el mío —protestó, y se movió hacia la otra mesita—. ¿Sí? —unos segundos de silencio— Ahora no puedo hablar, ya te llamaré —murmuró.

Me incorporé en la cama, dispuesta a salir de ella a pesar de estar completamente desnuda, pero Álvaro no me lo permitió.

—¿A dónde crees que vas? —dijo tirando de mí hacia atrás, atrapándome entre sus brazos y besándome el cuello.

—A mi habitación, tengo que ducharme y vestirme antes de que a mi hermana le dé por ir a buscarme.

—Podemos ducharnos juntos, ya sabes, para ahorrar agua —seguía besándome el cuello.

—Ahorrar agua dice, qué morro —volteé los ojos.

—Entonces que sea para que pueda follarte allí, con el agua cayendo por tu cuerpo desnudo —murmuró con ese tono ronco que me encendía, y noté su dura entrepierna en mis nalgas.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—No —sostuvo mi barbilla para besarme.

—No serás uno de esos adictos al sexo o algo así.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño.

—Bueno, cuando lo hacía con mi ex por la noche, no me buscaba al despertar.

—¿Qué clase de idiota era tu ex? Todo hombre que se precie y que deseé a su compañera, la busca al igual que ella le puede buscar a él cuando quiera sentir su cuerpo y darse placer mutuo. ¿Acaso era postulante a sacerdote, o algo así?

—No, no, pero él... Bueno, podíamos pasar semanas sin intimar.

—Preciosa, tu ex no sabe lo que se perdía —llevó la mano entre mis piernas y me tocó mientras me besaba.

Consiguió excitarme de tal modo que no pude, ni quise, por supuesto, evitar correrme como lo hice. Cuando acabé, Álvaro me penetró con fuerza y lo notaba tan excitado que aquel fue un encuentro rápido, pero de lo más placentero para ambos.

Me llevó hasta el cuarto de baño y en la ducha, entre caricias, besos y risas, porque ese hombre me hacía reír como hacía tiempo que no reía, volvimos a dejarnos llevar por las ganas y me tomó allí mismo.

—Apoya las manos en la pared —susurró a mi espalda—. Eleva las caderas y separa las piernas, preciosa —hice lo que me pidió, y poco después me penetró mientras agarraba mis caderas.

Comenzó a moverse rápido y entrando mucho más profundamente que antes, notaba sus dedos en mi carne, apretando con fuerza, haciendo que me moviera al compás que él iba marcando.

Y cuando menos lo esperábamos, entre gemidos y gritos nos dejamos llevar liberando el clímax.

Álvaro me besó la espalda y el cuello y, cuando ambos recobramos el aliento, volvió a enjabonarme para ducharse después él.

Salimos a la habitación y cuando comprobamos que no había nadie en el pasillo, envuelta en la toalla lo crucé hasta mi habitación esperando que nadie se hubiese dado cuenta de lo que había hecho.

Cuando terminé de vestirme y abrí la puerta para ir a desayunar, encontré a Álvaro allí esperándome, sonrió al verme. Lo que me pilló por sorpresa fue que me cogiera de la mano para tirar de mí y darme un beso.

—Tengo que confesar algo —dijo mirándome fijamente—. Soy adicto —abrí los ojos asustada.

—Pero, anoche me dijiste que tú, que vosotros no...

—Adicto a tus besos —hizo un guiño.

—Ay, por Dios —le di un manotazo en el hombro—. No me des esos sustos.

—Vamos a desayunar, antes de que te lleve de vuelta a mi cama.

Me dio un azote en el culo cuando empecé a caminar delante de él, y procuré calmarme antes de que me vieran aparecer los demás, que estaban desayunando en el porche.

—Aquí llegan los bellos durmientes —dijo Alex.

—¿Tan tarde llegasteis para que se te haya pegado las sábanas, hermanita? —me preguntó Leire.

—Para una vez que me levanto un poquito más tarde —suspiré, y al mirar a Samanta vi que sonreía.

Nos sentamos, me serví un café con leche y cogí un par de tostadas que comí con mantequilla y mermelada de fresa. Mientras desayunábamos llamaron a Iker y estuvo hablando en el salón con el representante del grupo, cuando regresó les dijo a los chicos que tenían que irse.

—Quieren hacer una entrevista al grupo en un barco en el puerto —le comentó a Álvaro, que asintió.

—¿Vendréis a comer? —preguntó Samanta cuando se marchaban los cuatro.

—Pues no lo sé, os avisamos.

—Papi, yo me quedo aquí con ellas —le dijo Pablo.

—Sí, hijo, cuando regresemos a Madrid tendré que romper tu hucha para pagarles por hacerte de niñera.

—¿Mi hucha? —Abrió los ojos con terror.

—Eres tú el que dice que se queda, no yo el que te obliga —se encogió de hombros.

—Papi...

—Que está bromeando, campeón —sonrió Álvaro.

—Pues claro que bromeo, hijo —le cogió en brazos—. ¿Crees que no sé qué te diviertes más con ellas que con nosotros?

—¿No te enfadas?

—¿Cómo iba a enfadarme, Pablo? Me gusta que estés con ellas, aunque te pierdas —sonrió y al niño se le escapó una risilla—. Pórtate bien, ¿vale? —le dio un beso en la mejilla.

—Vale, papi. Te quiero.

—Y yo a ti, hijo.

Nos despedimos de ellos y cuando terminamos el desayuno, recogimos la mesa y preparamos entre las tres una ensaladilla para la comida que acompañaríamos de unos filetes.

Pablo nos estuvo ayudando, con las cosas más sencillas, porque no le dejaríamos un cuchillo al niño ni locas, y cuando acabamos, fuimos a ponernos los trajes de baño para salir al jardín y disfrutar de la piscina.

Después de un baño largo y relajante, nos acomodamos en las tumbonas para tomar el sol, Pablo se puso los cascos y se quedó allí tranquilo viendo dibujitos en su Tablet.

—No has dormido en tu habitación —dijo Leire mirándome, y entré en pánico.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando fui a buscarte, tu cama estaba hecha y no escuchaba nada de ruido en el cuarto de baño. ¿Has dormido con Álvaro?

—Te ha pillado, cariño —Samanta se encogió de hombros.

—Leire, esto no es...

—Oye, que no te voy a dar una charla ni nada de eso —rio—. Eres una mujer adulta y sin compromiso que puede hacer lo que quiera y con quien quiera. Hacéis buena pareja.

—Eso sí que no, no creo que esto vaya a ser algo más que... Déjalo, no lo pienses.

—Tengo dieciséis años y sé lo que es el sexo, no me voy a asustar.

—No estoy preparada para tener esta conversación con mi hermana pequeña.

—Santi me ha besado. De hecho, anoche cuando Alex y Pablo se acostaron, nosotros...

—No quiero escuchar más —me tapé los oídos, pero vi su rostro y supe que quería hablar acerca de ello—. Vale, sin detalles, pero por favor, por favor, dime que sigues siendo mi niña.

—Aún soy virgen, sí —se sonrojó.

—¿Eso le ha molestado a Santi? —preguntó Samanta.

—No, solo nos besamos. Él, bueno, él solo quería eso. Sabe que soy virgen, y por Dios que no estoy pensando en dejar de serlo este verano.

—Gracias al cielo por eso —miré hacia el cielo y las dos se rieron—. Cariño, cuando estés lista, si tienes dudas...

—Mejor me preguntas a mí —me cortó Samanta.

—Hablaré con las dos, no os preocupéis. No esperaba que me fuera a besar, de verdad que no, ni siquiera pensé que le gustase.

—Pues se le nota —sonrió Samanta.

—Es un chico muy simpático, y agradable.

—¿Era tu primer beso? —curioseé, porque la verdad es que nunca habíamos hablado de ese tema.

—Sí, y no quería parecer una inexperta, pero me dijo que le gustó.

—Cintia, nuestra niña está creciendo.

—Ya lo veo, pero cariño hazlo más despacio —reí.

—Tranquila, que, aunque le gustara, no creo que pase más veces.

—¿Y eso por qué? —Fruncí el ceño.

—Soy muy niña para él.

—Y yo para Iker también soy muy joven, y tu hermana para Álvaro, ¿y ves que les importe? ¿O a nosotras? Cielo acepta un consejo. Si a ti el chiquillo te gusta, no pierdas la esperanza, a lo mejor esto no os lleva a nada y al final y solo os convertís en dos buenos amigos, pero, ¿y si es solo el principio de algo bonito? Solo el tiempo dirá, Leir —le dio un apretón en la mano—. Y lo mismo va para ti, Cintia, que te conozco y sé lo que estás pensando sobre Álvaro y lo que ha pasado. Lo que tenga que ser, será.

—Por cierto, Cintia, Alex me dijo anoche que le gustaría que hoy fuéramos a cenar los tres solos. Quiere una noche de hermanos —Leire sonrió mientras me miraba con esos ojitos tan expresivos que había tenido siempre, y supe que sí, que al menos debía darle una oportunidad a Alex para conocerlo más y tener una relación cordial de

hermanos.

—Me parece bien, mándale un mensaje y dile que sí, que esta noche salimos los tres solos.

—¿En serio? —preguntó con ambas cejas elevadas.

—Sí, en serio.

—Gracias hermanita —dijo poniéndose en pie para darme un abrazo, y fue corriendo a la casa por su móvil.

—Ese corazón por fin se va ablandando —vi a Samanta sonreír cuando nos quedamos solas.

—Sabes que todo lo que haga, siempre será por ella.

—Lo sé, cariño, y me parece perfecto.

,

e

hermanos.

—Me parece bien, mándale un mensaje y dile que sí, que esta noche salimos los tres solos.

—¿En serio? —preguntó con ambas cejas elevadas.

—Sí, en serio.

—Gracias hermanita —dijo poniéndose en pie para darme un abrazo, y fue corriendo a la casa por su móvil.

—Ese corazón por fin se va ablandando —vi a Samanta sonreír cuando nos quedamos solas.

—Sabes que todo lo que haga, siempre será por ella.

—Lo sé, cariño, y me parece perfecto.

## Capítulo 19



Alex nos llevó a un restaurante en el centro de la ciudad que contaba con espectáculo de magia.

Paredes en color gris, suelos negros, muebles blancos y mantelería color burdeos, fotos en blanco y negro de ciudades de todo el mundo decorando las paredes, y varios jarrones con rosas blancas y rojas que daban un toque de lo más elegante y bohemio.

Nos acomodaron en una mesa cerca del escenario y pedimos agua para los tres.

—¿Y desde cuándo tienes el carnet de conducir? —le pregunté a Alex, pues había sido él quien trajo el coche.

—Desde tres meses después de cumplir los dieciocho. Me apunté a la autoescuela con diecisiete, al día siguiente de cumplir los dieciocho me presenté al teórico y aprobé, y los tres meses siguientes dando clases.

—Yo también quiero sacármelo a esa edad, para poder ir a la universidad con el coche sin depender de los retrasos del autobús —comentó Leire.

—Seguro que te lo sacas a la primera. Y puedes ir estudiando ya la teoría, así cuando llegue el momento, al menos lo más básico lo sabrás.

—Es una buena idea, ¿verdad, Cintia? —mi hermana me miró sonriendo.

—Sí, siempre y cuando me prometas que te centrarás en los estudios y no suspenderás ni una sola asignatura.

—Prometido.

En cuanto nos trajeron el agua preguntaron si sabíamos qué íbamos a pedir, y le dijimos que nos dieran unos minutos más. Echamos un vistazo a la carta y acabamos pidiendo un poco de marisco para compartir, y la carne con salsa de pimienta.

Estaba todo el restaurante lleno, y Alex nos dijo que esa noche había un mago bastante bueno que daba espectáculos de magia por todo el mundo.



Y como bien sabía que sería algo inevitable, cuando Leire fue un momento al baño Alex aprovechó que estábamos solos para hablar conmigo.

—Sé que no eres fan de esto que nos pasa, pero te aseguro que para mí es increíble que estemos juntos. Papá no hizo las cosas bien, pero es cierto que nunca dejó de pensar en vosotras. Cuando supe que tenía dos hermanas entendí por fin por qué había días que estaba tan ausente, o abatido, y coincidía con vuestros cumpleaños.

—Alex, si estoy aquí esta noche es por Leire —confesé—. Por ella haría lo que fuera y esto entra en lote. Ella era una niña cuando nuestro padre se fue y no lo entendía, ni siquiera yo podía entenderlo. Pero ahora que él quiere retomar el contacto y Leire es mayor, no voy a decirle lo que tiene que hacer. Solo te voy a pedir una cosa.

—Lo que sea, yo por ella también haría lo que sea.

—Que, si algún día decidiera irse a Madrid con vosotros, cuides de ella.

—Joder, Cintia, eso no lo dudes —me cogió la mano por encima de la mesa y vi en sus ojos, esos que era como estar viendo a mi padre, que se preocupaba por mi hermana pequeña tanto como yo—. Es mi hermana, las dos lo sois, y aunque sea más pequeño de edad que tú, también cuidaré de ti si me dejas algún día.

—Te voy a decir algo, Alex. Empiezas a caerme bien y gustarme como hermano, pero no te hagas demasiadas ilusiones.

—Nada de ilusiones, ok. Pero al menos ya me vas considerando un poquito como tu hermano pequeño —sonrió.

Vi que Leire se acercaba y lo hacía sonriendo, no me cabía la menor duda de que nos había visto hablando y eso le gustó.

Seguimos disfrutando de la cena y fue justo al acabar cuando comenzó el espectáculo de magia.

El mago sí que me resultaba conocido, lo había visto en alguna ocasión en uno o dos programas de televisión, y era bueno, de esos que por más que intentases desentrañar el truco, no conseguirías saber jamás cómo lo había hecho.

Empezó por algo sencillo, al menos a simple vista y para toda persona ajena al mundo de la magia. Escogió a un hombre del público y le pidió que escribiera algo en una carta mientras la ayudante del mago le cubría los ojos para que no viera nada. Una vez que lo tenía escrito, nos la mostró a todos y a una cámara que había en la mesa, de modo que los que estaban más alejados podían verlo en las pantallas.

La carta era el cinco de copas, y la frase: “Feliz aniversario, mi amor”, algo que hizo que todos sonriéramos.

El mago le pidió que colocara la carta donde quisiera entre las demás, cuando lo hizo, le dijo que las esparciera todas sobre la mesa y diera tantas vueltas como quisiera, así lo hizo el hombre.

—Ahora, vuelva a juntarlas todas formando la baraja —le pidió, y él las colocó—. Entrégue me la baraja, por favor.

El hombre se la dio y el mago comenzó a barajarlas de un modo impresionante para alguien que no podía ver absolutamente nada.

Tras barajarlas, las dejó de nuevo en la mesa e hizo tres montones con ellas. Pasó la mano por los tres, frunció el ceño, se detuvo en uno, negó y lo descartó dejándolo a un lado.

Hizo lo mismo con otro montón y, cuando quedó solo uno, las extendió sobre la mesa y cogió una carta, esa que mostró al público, aún con sus ojos completamente cubiertos con la tela negra.

—Su carta es esta —no se lo estaba preguntando al hombre, sino diciéndoselo al público.

—Sí, esa es mi carta —contestó el hombre y el mago se quitó la venda de los ojos para leer la frase.

—¿Estás de aniversario? —preguntó.

—Sí, he venido con mi esposa —sonrió mientras señalaba hacia la mesa en la que estaba ella sentada.

—¿Cuántos años juntos?

e—Veinte.

—Vaya, eso es casi toda una vida. Chicos, llevadles una botella de champán y cargadla en mi cuenta. Gracias por subir, amigo.

El hombre regresó a la mesa con su esposa, que lo recibió con un beso, y poco después les llevaron el champán.

Aquel espectáculo de magia continuó y, cada truco que hacía era más impresionante que el anterior, sin que pudiéramos averiguar, de ningún modo, cómo lo había hecho.

Cuando terminó, Alex se empeñó en pagar la cuenta diciendo que lo de salir a cenar había sido idea suya, y no había nada más que discutir, que ya pagaría yo en otra ocasión.

—No sé quién es más cabezota de los dos —dijo Leire, volteando los ojos—. Sois iguales que papá.

—Suerte que tú no —rio Alex—. ¿Seguro que eres nuestra hermana?

—Uy, lo que ha dicho —protestó y le dio una colleja.

—Ostras, esa manía es de papá —se frotó la nuca.

—Nosotros hemos heredado su cabezonería, ella la mala leche —reí.

—¿Quieres que te dé una a ti también, hermanita?

—Soy la mayor, más te vale que ni se te pase por la cabeza.

—Es verdad, que capaz eres de castigarme el resto del viaje sin móvil, y a ver cómo hablo con Nieves.

—Pues con el mío o con el de Santi, y ella no se enteraría —dijo Alex, al tiempo que me señalaba.

—Muy bonito, así que yo la castigaría y tú serías su compinche. Se supone que debes estar del lado de la mayor, no de la pequeña —arqueé la ceja.

—Lo siento, hermana, pero sé lo que es no tener el móvil para hablar con tu mejor amigo. Eso es maldad pura y no se lo deseo ni a mi peor enemigo —se encogió de hombros.

—Tengo la sensación de que vosotros vais a conspirar en mi contra, más de una vez —entrecerré los ojos cuando subíamos al coche.

—Pues ya sabes, alíate con papá y con mi madre y no estarás sola —contestó Alex.

—No hagas que me arrepienta de lo que te he dicho ahí dentro, jovencito.

—¿Y qué le has dicho? Porque está muy feo que hayáis aprovechado para hablar cuando yo no estaba, ¿eh? —se quejó Leire.

—Cosas de hermanos mayores —respondió él—. Porque sí, para unas cosas seré tu compinche, pero, para otras, seré el tuyo —me dijo, haciéndome un guiño.

No había mentido cuando le dije que empezaba a caerme bien, y sí, en algún momento de nuestras vidas seguramente que nos llevaríamos bien, pero aún era pronto, demasiado pronto para eso.



## Capítulo 20



Habían pasado dos días desde nuestra cena de hermanos, y debía admitir que con Alex me llevaba mejor, no dejaba de ser mi hermano por mucho que yo quisiera negarlo, y no podía cambiar el pasado de mi padre ni el modo en el que mi madre se comportó cuando se fue, pidiéndole que nos olvidara.

Con Álvaro también tenía avances, y la noche anterior cuando nos íbamos a dormir, me cogió en brazos y me metió en su habitación, donde había despertado esa mañana después de algunas horas de juegos entre las sábanas.

Eso sí, me levanté antes que él y sin que se despertara para ir a mi habitación a prepararme, por eso ahora me miraba con la ceja arqueada desde la silla en la que estaba sentado desayunando.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días hermana. ¿Qué tal has dormido? —preguntó Alex con esa sonrisilla de pícaro, pues a esas alturas todos sabían que entre Álvaro y yo, había algo, fuera lo que fuese.

—Muy bien, gracias por tu interés —contesté mientras me sentaba.

Me serví un café, cogí una tostada y un poco de fruta que tenía una pinta buenísima. Alex le propuso a mi hermana y Santi ir a la playa a pasar el día, esa noche era el concierto, pero querían salir y disfrutar un poco, ya que los últimos días habían estado trabajando mucho para que el lugar donde se celebraba el concierto quedara perfecto, así que se irían a desconectar un poco.

Por su parte, Iker le había prometido a Pablo llevarlo al acuario, así que también pasarían el día fuera y el niño le pidió a Samanta que los acompañara.

Miré a Álvaro y lo vi sonreír, lo que me dio un poquito de miedo si era sincera, dado que íbamos a estar solos en la villa hasta que nos preparáramos para ir esa noche al concierto, al que Iker y Samanta no vendrían, ya que no querían dejar a Pablo con ninguna niñera.

—¿Te apetece que pasemos el día por la isla? —me preguntó Álvaro.

—Sí, claro —sonreí, y él asintió.

Si lo había hecho porque notó mi reticencia a quedarme a solas con él, algo que posiblemente nos llevara a acabar en la cama, ni lo dijo ni podría saberlo.

Recogimos todo y, mientras Iker se iba con uno de los coches, nosotros nos íbamos con el otro y llevamos a mis hermanos y a Santi a la playa.

Aún se me hacía extraño decir eso de mis hermanos, pero era la verdad y no había otra manera de llamar a Alex que no fuera así.

Álvaro aparcó el coche en una zona del paseo marítimo y, tras cogermelo de la mano, empezamos a caminar hacia la que sin duda era la calle más concurrida y visitada de la isla.

Allí había varias tiendas, todas de firmas reconocidas, así como cafeterías y restaurantes con terrazas llenas de gente.

—¿Te resulta incómodo quedarte a solas conmigo en la villa? —preguntó, y pensé que mucho había tardado en hacerlo— Por no hablar de que has salido de mi habitación sin que me enterase.

—No es eso, pero si nos quedábamos solos, podíamos acabar... ya sabes.

—¿Disfrutando el uno del otro donde y como quisiéramos sin privarnos? No te voy a decir que no me hubiera gustado, pero no solo quiero estar contigo para el sexo, Cintia.

—Lo siento.

—No lo sientas, preciosa —me cogió ambas mejillas y me dio un beso en los labios—. Pero ni puedo, ni quiero evitar desearte cada maldito segundo del día. Y que te quede claro, que eres mucho más que un polvo.

Volvió a cogermelo de la mano y me llevó por aquella calle hasta una tienda de ropa donde entramos para comprar algo que le habían encargado los chicos del grupo para el concierto de esa noche.

Mientras él buscaba lo que quería, yo me perdí entre aquellos percheros y vi un peto vaquero monísimo que sabía que le gustaría a Leire, no dudé en cogermelo y llevárselo para darle una sorpresa y que se lo pusiera esa noche.

También vi un vestido blanco la mar de fresquito que me gustó, entré al probador y cuando estaba echándome un vistazo en el espejo, Álvaro abrió un poco la cortina y asomó la cabeza.

—Me gusta cómo te queda —dijo—. Llévatelo.

—Solo estaba mirando —contesté.

—Llévatelo. Quiero que te lo pongas esta noche.

—¿Para después quitármelo? —reí arqueando la ceja.

—Me gusta cómo piensas —hizo un guiño—. Te espero en caja.

Asentí, volvía mirarme en el espejo una vez más y comprobé que me sentaba bien, así que, sí, me lo iba a llevar.

Cuando llegué a la caja Álvaro me quitó el vestido y el peto de las manos y lo puso junto con la ropa con intención de pagar él, algo que no quería permitir.

—Esto no es para los chicos —dije.

—Lo sé, es para ti, por eso lo pago yo.

—No, no es para mí. Bueno, el vestido sí, pero el peto es para Leire.

—¿Y? Preciosa, entiende que Leire es parte de tu vida y, por ende, ya lo es de la mía —se inclinó y me dio un beso en los labios—. Me cobra todo, por favor —le dijo a la dependienta entregándole la tarjeta mientras ella nos miraba con una sonrisa en los labios.

A saber, qué habría pensado de nosotros, que éramos una pareja, seguro, pero no era así, por el momento Álvaro y yo no éramos más que dos personas que tenían sexo ocasional durante lo que durara el viaje, y ese terminaba en dos días en Ibiza, y cuando regresáramos a Madrid, nosotras estaríamos un par de días más.

Ni siquiera me dejó coger la bolsa con mis cosas, la llevaba él una mano mientras me pasaba el otro brazo por los hombros para llevarme pegada a él. De vez en cuando me dejaba algún que otro beso en la mejilla, en la sien e incluso me lo daba en los labios cuando le miraba, y eso me hacía sentir como si fuéramos una pareja normal.

No dejaba de tener gestos de cariño conmigo, por no hablar de que cuando me vio parada en el escaparate de una joyería, mirando unos pendientes que estaba segura de que a Leire le encantarían, me llevó dentro para comprarlos.

Y no solo eso, sino que acabó eligiendo unos para mí, que decía me sentarían muy bien con el vestido.

Eran de oro blanco y tenían tres pequeños cristales con forma de corazón colgando de una cadenita, la verdad es que eran preciosos, pero no podía aceptar un regalo tan caro.

—Claro que puedes —dijo cuando la dependienta fue a meterlos en una cajita, igual que hizo con los de Leire—.

Quiero que tengas algo mío, preciosa —me dio un beso en los labios y sentí algo diferente en el momento en el que nos miramos a los ojos.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza y, por algún extraño motivo, el estómago parecía tener cientos de mariposas volando.

Por Dios, no podía enamorarme de él, simplemente no podía.

Salimos de la joyería y me llevó a comer a un restaurante allí, en el paseo marítimo, donde no perdió ocasión de cogerme de la mano y darme besos cuando le venía en gana, lo que hacía que me sonrojara.

—Esta noche vas a dormir conmigo, y no quiero que vuelvas a escabullirte por la mañana, ¿de acuerdo? —dijo mientras tomábamos café— Todos saben lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro realmente?

—Nos estamos conociendo. Nos gusta estar juntos, porque te gusta estar conmigo, ¿verdad? —Arqueó la ceja.

—Sí —sonreí al tiempo que negaba.

—Bien. Además, nos llevamos muy bien, nos entendemos en muchos aspectos y —se acercó a mi oído para susurrar— en el sexo somos puro fuego, preciosa —cuando volvió a mirarme sentí un calor recorriéndome el cuerpo, que no era normal, y es que el modo en el que sus ojos brillaban y me observaban, con ese deseo de tenerme que yo también sentía en ese momento, era algo tan primitivo como la lujuria que me invadía—. Dime que nos vayamos a la villa, y nos vamos —me pidió.

Tragué con fuerza, me mordisqueé el labio, cogí aire y sentí una punzada de deseo entre las piernas solo de pensar en lo que podría hacerme, que asentí.

—Vámonos a la villa —murmuré.

—Buena chica —hizo un guiño y me besó.

Después de pagar y coger nuestras bolsas llamó a Santi mientras regresábamos al coche para decirle que tenían que coger un taxi para volver a la villa, y que al menos no lo hicieran hasta un par de horas más tarde.

Me moría de vergüenza solo de pensar en que los tres sabían por qué Álvaro les había hecho esa petición.

No dudó en llamar a Iker y pedirle que no se acercaran a la villa hasta dentro de dos horas, el muy jodido soltó un sonora carcajada al otro lado de la línea antes de colgar.



—¿Era necesario que todos supieran que vamos a la villa para tener sexo? —protesté.

—Si no queremos que nos interrumpen o que nos pillen infraganti, sí —cerró la puerta del coche cuando me senté y fue a su asiento—. Porque quiero que grites hasta que te quedes afónica —aseveró antes de besarme.

¿Aquello había sido solo una manera de hablar? No, ni mucho menos, porque el muy cabrito me llevó tantas veces al orgasmo, y me hizo gritar tanto, que sí, acabé con la voz ligeramente ronca.

Y después de aquel momento de lujuria y pasión sin límites, nos dimos una ducha y cuando llegaron los demás empezamos a vestirnos y arreglarnos todos, salvo Iker, Samanta y el niño, para ir a disfrutar del concierto.

—¿Era necesario que todos supieran que vamos a la villa para tener sexo? —protesté.

—Si no queremos que nos interrumpen o que nos pillen infraganti, sí —cerró la puerta del coche cuando me senté, y fue a su asiento—. Porque quiero que grites hasta que te quedes afónica —aseveró antes de besarme.

¿Aquello había sido solo una manera de hablar? No, ni mucho menos, porque el muy cabrito me llevó tantas veces al orgasmo, y me hizo gritar tanto, que sí, acabé con la voz ligeramente ronca.

Y después de aquel momento de lujuria y pasión sin límites, nos dimos una ducha y cuando llegaron los demás empezamos a vestirnos y arreglarnos todos, salvo Iker, Samanta y el niño, para ir a disfrutar del concierto.

## Capítulo 21



Cuando llegamos al recinto en el que iba a celebrarse el concierto, Leire y yo volvimos a vivir aquella experiencia de Madrid.

Había tanta gente esperando para entrar, que se podía sentir ya en la calle el ambiente que se vería dentro. Grupos de jóvenes cantando las canciones del grupo, gente pintando pancartas con rotuladores, escribiendo en sus mejilla el nombre de los cantantes, y algunos incluso preparaban paquetes con camisetas y peluches envueltos en papel de regalo.

Nosotras íbamos con los chicos hacia una de las puertas, aún no se podía acceder al interior dado que no era la hora, y nos detuvimos un momento para hacernos una foto con el enorme cartel del concierto de fondo.

Al ir de nuevo hacia la puerta donde estaban los chicos hablando con los de seguridad para entrar, vimos que un grupo de gente nos miraba y cuchicheaba, pero no le hicimos el menor caso, hasta que nos acercábamos a la puerta.

—¡Oye, oye! —gritó alguien— Que no se puede entrar todavía. ¿Dónde creéis que vais, niñas?

Miré hacia la derecha, que era de donde venían las voces, y vi a una chica que no tendría más de dieciocho años acercándose a nosotras, seguida de otras cuatro con la misma cara de lobo hambriento.

—Disculpa, ¿qué nos has llamado? —Arqué la ceja, porque vale que mi hermana pudiera ser o parecer una niña dada que era una adolescente, pero ¿yo? Si tenía una década más que la insolente desvergonzada y sin modales que me acababa de gritar.

—Niñas, que es lo que sois. ¿Qué os pensáis, que por ir así vestidas tan monas el de seguridad os va a dejar entrar?

—Pues no, por eso no, pero igual por esto —levanté mi acreditación y la de Leire, que ambas llevábamos al cuello, y se la enseñé—. Sí nos deja.

—No podéis ser de la organización, no tenéis más de dieciséis o dieciocho —dijo otra, con el ceño fruncido.

—Aciertas con su edad, la mía te has quedado corta, podría ser la madre de algunos. Y ahora, si no os importa — eché a Leire hacia atrás con mi brazo en su pecho cuando vi a la voz cantante del grupito acercarse.

—Esto es falso, seguro —se atrevió a coger mi acreditación.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Álvaro a mi espalda, y al mirar vi que le acompañaban Santi y Alex, además de dos hombres de seguridad

—Intentan colarse con acreditaciones falsas, es una vergüenza —contestó la loba cabreada.

—¿Falsas? ¿En serio? —Alex arqueó la ceja— No me jodas que nos han dado a los cinco, acreditaciones falsas, jefe —le dijo a Álvaro, levantando la suya, al mismo tiempo que Santi hacía lo mismo, y Alex se acercó a ver la de Álvaro—. No, no, son todas auténticas.

—No puede ser, las de ellas no pueden ser auténticas —insistió la loba cabreada, que tenía una cara de esas de querer morder—. No pienso permitir que entren antes que los demás, si ellas entran, nosotras también.

—Quiero ver vuestras entradas —dijo uno de los de seguridad, y en ese momento se pusieron todas pálidas, como si acabaran de ver un fantasma.

—¿No habéis oído a mi compañero? —preguntó el otro— Las entradas, ahora.

—Nosotras...

—Este es el tercer altercado que provocáis en dos horas —la cortó el primer guardia de seguridad—. Nuestros compañeros nos han puesto al tanto. No tenéis entradas y andáis en busca de unas que poder quitarle a alguien para entrar, o colaros por alguna puerta. Que no somos tontos y os hemos visto cerca de dos puertas intentándolo.

—Rosa, vámonos, te dije que no era buena idea —le dijo una de las chicas a la más cabreada tirando del brazo.

—Voy a llamar a la policía, estáis mintiendo sobre nosotras, no hemos hecho nada de eso.

—¿Quieres que te muestre las grabaciones de las cámaras? Vamos, alejaos del recinto, si vuelvo a veros por alguna de las puertas, seré yo el que llame a la policía.

—¿Y de verdad que estas dos niñas se van a colar con esos pases falsos?

—Para empezar, de niñas nada —la corté.

—Y para seguir, es la mujer del dueño de la discográfica —soltó mi hermana, que se quedó más a gusto que un

arbusto, como solía decir ella, y Álvaro me pasó el brazo por los hombros.

—Rosa, vámonos, en serio —la chica volvió a tirar del brazo, y al final se la llevó de allí.

—No se os puede perder de vista, hermanas —rio Alex.

—Solo paramos a hacernos una foto, a ver qué culpa tenemos de que esa chica pensara que íbamos a colarnos —contestó Leire.

—Es que no parece que tengas veintiocho años, Cintia —me dijo Santi, con una sonrisa.

—Va a ser eso —volteé los ojos.

Accedimos al interior por la puerta y fuimos por varios pasillos hasta el lugar donde estaríamos viendo el concierto. Al igual que en Madrid, había varias mesas con comida y bebida.

Estábamos viendo el escenario desde allí, donde estaban los del grupo comprobando que todo estuviera preparado el sonido y demás, tenía a Álvaro a mi lado con el brazo rodeándome la cintura, cuando empezó a sonar su móvil. Al sacarlo del bolsillo miré un poco y me pareció ver el nombre de una mujer, pero no estaba segura.

—Te dije que yo te llamaba cuando pudiera hablar —dijo, y se alejó de mí, por lo que no pude escuchar nada más y menos cuando lo vi salir al pasillo.

No quería pensar en nada raro, tal vez era alguna empleada de la discográfica, su secretaria o, qué sé yo, así que mejor no iba a comerme la cabeza con eso.

Cuando uno de los chicos del grupo miró hacia donde estábamos y vio a Leire, sonrió, se lo dijo a los otros tres y la saludaron.

—¿Quieres bajar aquí? Puedes vernos desde ahí detrás —le dijo hablando al micrófono.

—¿De verdad? —gritó ella.

—Claro, eres VIP en este concierto, preciosa —contestó otro.

Mi hermana estaba que no se lo creía, Santi sonreía y cuando ella lo miró, él le acarició la mejilla.

—Alex y yo vamos contigo —le dijo Santi.

—¿Puedo, hermanita? —me preguntó juntando las manos.

Tenía dieciséis años, pero para mí siempre sería mi niña, aunque en ese momento la viera como toda una mujercita.

—Pero ten cuidado, ¿vale?

—¡Eres la mejor! —gritó abrazándome.

—Tranquila hermana, que Santi y yo la vigilamos —me dijo Alex.

—Lo sé, pero, Santi —lo miré al pasar—. A ver dónde pones las manos.

Abrió los ojos al escucharme y se puso blanco como la pared, lo que me hizo reír al igual que a Alex.

—Te han pillado, colega —Alex le dio una palmada en el hombro—. Te dije que se te notaba mucho.

—Yo...

—Santi, está todo bien, de verdad. Solo cuida de ella, ¿sí? —le pedí con mi mano en su mejilla, ese chico me despertaba una ternura increíble, como si fuera mi hermano, y él asintió.

Fue mi hermana quien dio el paso y entrelazó su mano con la de Santi, que miró ambas y cuando miró a mi hermana, ambos sonrieron.

Salieron de la salita y cuando me quedé sola, cogí una bebida y volví hacia la barandilla donde me apoyé y vi cómo iba entrando la gente.

El grupo ya había dejado el escenario y, al igual que en Madrid, cuando todo el mundo estuviera dentro se dejarían ver.

Miré hacia la puerta, pero Álvaro seguía sin aparecer, por lo que me quedé allí sola otros veinte minutos, viendo el inicio del concierto, hasta que al fin entró.

—¿Y los demás? —preguntó quedándose junto a la puerta.

—Detrás del escenario, el grupo invitó a Leire a bajar, y los chicos han ido con ella —contesté y volví a mirar hacia el escenario, dando golpecitos con el pie en el suelo al ritmo de la música de esa primera canción.

—Así que, ¿estamos solos? —murmuró en mi oído mientras me rodeaba con ambos brazos por la cintura, y me besó en el cuello.

—Eso parece.

Noté que llevaba sus manos hacia abajo y me estremecí al sentir la yema de sus dedos en la piel. Acariciaba despacio mientras me besaba el cuello y poco después me separó ligeramente las piernas llevando sus dedos hacia mi zona íntima.

—Álvaro, aquí no.

—Oh, sí, aquí sí, preciosa. He cerrado la puerta y no va a entrar nadie —me dio un leve mordisquito en el hombro.

Introdujo dos dedos de cada mano por la tela de mis braguitas y cerré los ojos cuando tocó mi clítoris con ellos.

Lo hacía de un modo que iba a ser imposible que no me excitara de inmediato, y el muy jodido lo consiguió.

Y sin dejar de tocarme el clítoris con los dos dedos de una mano, comenzó a penetrarme con los de la otra.

Movía las caderas rozando su gran y dura erección entre mis nalgas, y más me excitaba yo, tanto era así que comencé a jadear y gemir notando que iba a correrme en cuestión de minutos.

—Para, pueden vernos —le pedí.

—No nos ve nadie. Estamos en lo más alto y no hay nadie más en otras salas, ni al lado, ni enfrente. Y la gente de ahí abajo está pendiente del concierto, no de lo fuerte y duro que te voy a follar aquí —eso hizo que me estremeciera y excitara de tal modo, que comencé a mover las caderas hacia atrás mientras él seguía penetrándome con los dedos.

Y sí, fue cuestión de minutos lo que tardé en correrme mientras gritaba agarrada a aquella baranda, con esos miles de personas a mis pies.

Álvaro me quitó las braguitas, hizo que me girara de tal modo que quedé frente a él y, tras arrodillarse, colocó una de mis piernas en su hombro y comenzó a lamer mi zona como si fuera un león hambriento devorando a su presa.

Me sostenía por las nalgas acercándose más a su boca, lamía, mordisqueaba, llevaba su lengua al interior de mi vagina, y me hacía gemir como una loca, estremeciéndome de pies a cabeza y sintiendo que quería volver a correrme.

Lo hice, sabe Dios que lo hice porque necesitaba liberar eso que el hombre que me devoraba como si no hubiera un mañana provocaba tantas cosas en mí que era imposible no ceder ante la excitación, y él bebió cada gota de mi esencia mientras me miraba fijamente a los ojos.

Se incorporó y sus labios cayeron sobre los míos en un beso fiero y rudo como nunca antes lo había hecho. Me cogió por las nalgas y caminó hasta el sofá que había en la sala, donde me recostó quedándose entre mis piernas.

Tras desabrocharse el pantalón y bajarlo junto con el bóxer tan solo hasta debajo de sus nalgas, me penetró con fuerza y muy profundamente haciendo que mi grito saliera casi ahogado de lo más hondo de mi garganta.

Álvaro me besaba y follaba con rudeza, entrando y saliendo rápido mientras sentía los dedos de una de sus manos clavándose en mi cadera, y con la otra agarraba mi cabello con fuerza.

Abandonó mis labios y bajó con besos hacia el escote del vestido, no llevaba sujetador por lo que retiró un poco la tela liberando ambos pechos, y se lanzó a por ellos. Lamía y mordía los pezones sin dejar de penetrarme, y eso hizo que estallara de nuevo en un orgasmo tan intenso que sentí que me desmayaba.

No lo reconocía, de verdad que en ese momento el hombre que estaba conmigo no parecía el mismo que me había hecho el amor otras veces en la villa. Pero sabía que por algún motivo esa parte de Álvaro que aún no conocía se estaba dejando ver.

Se retiró, hizo que me arrodillara en el sofá apoyándome en el reposabrazos con ambas manos, y tras elevar mis caderas embistió una vez más con tanta fuerza que me dejó sin aliento.

Aquello estaba siendo primitivo, rudo y carnal, y por extraño que resultara, también me gustaba porque era él quien lo hacía.

Comenzó a moverse más y más rápido, más fuerte, más rudo y profundo, y cuando noté que él se preparaba para liberar su clímax, sentí que el mío también estaba cerca.

Lo alcanzamos al unísono, como siempre desde que le pedí que lo hiciera conmigo aquella primera vez, y sentí que con ese hombre podría estar el resto de mi vida si me lo pidiera, pero no quería imaginar cosas ni hacerme falsas esperanzas de algo que tal vez nunca podría ser.

—¿Dónde has estado estos últimos años de mi vida, preciosa? —preguntó con la frente apoyada en mi espalda.

—En Sevilla —respondí, y él se echó a reír, me besó el cuello y se retiró.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gustas? —preguntó cuando lo miré, acariciándome la mejilla— Todo de ti, preciosa, me gusta absolutamente todo de ti —me besó en los labios y sentí que había algo que no me contaba.

—Álvaro, ¿estás bien?

—Mejor que nunca, Cintia, tú haces que me sienta mejor que nunca —otro beso, y se levantó del sofá para arreglarse la ropa.

Me ayudó a levantarme y, tras darme las braguitas, me las volví a poner y me llevó de la mano hasta el pasillo



para ir a un cuarto de baño cercano a asearnos un poco.

Cuando regresamos a la salita tomamos unas bebidas y picamos algo de comer mientras veíamos el concierto. Durante el tiempo que duró, Álvaro estaba allí conmigo, tenía su cuerpo y sentía sus manos, sus brazos y sus besos cuando me tocaba o acariciaba, pero tenía la sensación de que su mente estaba en otra parte, además de allí conmigo.

1 No pregunté, me limité a estar en silencio con él y, cuando terminó el concierto fuimos al *backstage* para que hablara con los del grupo y allí estaban mi hermana y los chicos tomando algo con ellos.

Nos despedimos poco después y regresamos a la villa, Leire me iba contando lo emocionante que había sido vivir el concierto desde tan cerca, entre bambalinas, y le dio las gracias a Álvaro por habernos invitado a pasar esos días en la isla.

Él sonrió y me cogió la mano, esa que se llevó a los labios para besarla.

En cuanto entramos en la villa y los chicos fueron a sus habitaciones, Álvaro me cogió en brazos para llevarme a la suya.

—Quiero que te quedes esta noche —susurró, y asentí.

Nos besamos, y tras cruzar la puerta, dejamos que el deseo y las ganas mutuas tuvieran todo el control.

para ir a un cuarto de baño cercano a asearnos un poco.

Cuando regresamos a la salita tomamos unas bebidas y picamos algo de comer mientras veíamos el concierto. Durante el tiempo que duró, Álvaro estaba allí conmigo, tenía su cuerpo y sentía sus manos, sus brazos y sus besos cuando me tocaba o acariciaba, pero tenía la sensación de que su mente estaba en otra parte, además de allí conmigo.

No pregunté, me limité a estar en silencio con él y, cuando terminó el concierto fuimos al *backstage* para que hablara con los del grupo y allí estaban mi hermana y los chicos tomando algo con ellos.

Nos despedimos poco después y regresamos a la villa, Leire me iba contando lo emocionante que había sido vivir el concierto desde tan cerca, entre bambalinas, y le dio las gracias a Álvaro por habernos invitado a pasar esos días en la isla.

Él sonrió y me cogió la mano, esa que se llevó a los labios para besarla.

En cuanto entramos en la villa y los chicos fueron a sus habitaciones, Álvaro me cogió en brazos para llevarme a la suya.

—Quiero que te quedes esta noche —susurró, y asentí.

Nos besamos, y tras cruzar la puerta, dejamos que el deseo y las ganas mutuas tuvieran todo el control.

## Capítulo 22



Despertar al lado de Álvaro era algo tan natural, que cuando nos marchásemos al día siguiente a Madrid y nosotras continuáramos con nuestro viaje, lo echaría de menos.

Él seguía dormido y aproveché para observarlo y tocarle el rostro, ese que sabía no iba a poder olvidar fácilmente.

No iba a negar que era un hombre atractivo, pero lo que más me gustaba de él era que tenía un gran corazón y que no se preocupaba solo por sí mismo, sino que también lo hacía por los demás.

Se movió un poco y cuando retiré la mano de su rostro, me la cogió la llevarla de nuevo allí.

—No pares, me gusta eso —dijo aún con los ojos cerrados.

Sonreí, y seguí acariciándole. A mí también me gustaba, era el modo que había descubierto días atrás en que podría recordarle siempre.

Me rodeó con el brazo por la cintura para atraerme más a él y suspiró como si sentirme tan cerca fuera un alivio para él, como si hubiera pasado la noche temiendo que me marchara.

Y hablando de noches, todas las que habíamos dormido juntos en esos días, las había pasado en la cama sin despertarse ni levantarse por el insomnio.

—Deberíamos levantarnos —dije jugando con su pelo entre mis dedos—. Hay que desayunar, ir preparando el equipaje para volver mañana, hacer la comida...

—Demasiadas cosas —protestó—. Prefiero quedarme aquí contigo —me atrajo un poco más y me besó.

Y como era de esperar, aquel beso le llevó a acariciarme el costado, bajó la mano y encontró mi entrepierna desnuda, y minutos después estábamos de nuevo enredados entre las sábanas.

Cuando terminamos me llevó al cuarto de baño y allí nos duchamos entre besos y caricias, miradas cómplices y ese nudito en mi garganta que ahogaba porque aquello estaba a punto de acabar.

Fui a mi habitación a vestirme y al salir lo encontré esperándome en el pasillo, me cogió de la mano y así llegamos al jardín donde estaban todos desayunando.

—Buenos días —dijimos al unísono.

—Buenos días, parejita. ¿Qué tal el concierto? —preguntó Samanta.

—Bien, el grupo estuvo genial, como siempre —contestó Álvaro.

—Ya nos han contado los chicos lo que pasó antes de que entrarais —comentó Iker—. ¿De verdad intentaron esas chicas colarse con las entradas de otra gente?

—Al parecer, sí —respondió de nuevo él.

—Por experiencia sé que las entradas se acaban enseguida —dijo Leire—, desde luego que tuvimos suerte de que aún quedaran cuando las compramos.

—Bueno, ¿qué planes tenemos para hoy? Es el último día en la isla —curioseó Alex.

—Por lo pronto, desayunar —dije—. Después iremos preparando el equipaje y podemos hacer una barbacoa para comer. Hoy es mejor no salir y acostarnos temprano, que hay que estar en el aeropuerto a las nueve.

Y cuando acabé de hablar miré a mi hermana y vi que inclinaba la cabeza con el rostro ligeramente triste. Sabía que cuando regresáramos a Madrid iba a echar de menos no solo a Alex, con quien estaba forjando una bonita relación de hermano, sino también a Santi, porque así era sin duda el primer amor, y eso era lo que le había pasado a ella con aquel chico.

Samanta tenía a Pablo sentado en su regazo, y el niño le preguntó si se quedaría unos días en Madrid para acompañarlos a él y su padre al parque de atracciones, a lo que ella dijo que le encantaría, pero que no estaría para cuando eso pasara, pues nos iríamos un par de días después de llegar a Madrid para continuar con nuestro viaje.

El niño se puso casi tan triste como mi hermana, y Samanta le dio un abrazo y se lo comió a besos.

—Oye, pero que en Sevilla tenéis mi casa para venir cuando queráis —le dijo.

—¿De verdad? —preguntó sonriendo y con los ojos muy abiertos.

—Claro que sí, tesoro.

—Papi, ¿podemos ir este verano a Sevilla?

—Bueno, a ver cómo andamos de tiempo. Ya sabes que dentro de una semana tenemos que estar en Londres.

—El último concierto del grupo —dijo mi hermana, y Santi asintió.

—Se me está ocurriendo algo —comentó Álvaro, cogiéndome la mano, y me miró—. ¿Por qué no nos quedamos unos días más aquí y después vamos todos a Londres? Qué mejor manera que despedirte del grupo que con su último concierto, Leire.

—Pues sería un sueño, desde luego. Nieves está que se muerde las uñas cuando le cuento cosas. Y ni qué decir de las fotos. Hermanita, casi le da un ataque cuando le he dicho que ayer estuve viéndolos detrás del escenario —sonrió—. Y ella quejándose porque está en el pueblo con sus tíos y sus primos, rodeada de ovejas y vacas.

—Pobre Nieves —dijo Samanta.

—¿Qué dices, preciosa, nos quedamos unos días más? —me preguntó Álvaro.

La verdad era que no teníamos mucho más que hacer, aquel verano dijimos que lo pasaríamos de viaje por carretera conociendo varios lugares de España y nuestro último destino sería el pueblo de los padres de Samanta para visitarlos. Y aún quedaba mucho verano por delante para llevar a cabo nuestros planes, así que, ¿por qué no disfrutar unos días más de esa isla, de la villa, y de los paseos por la orilla de la playa?

Mi hermana me miraba con esos ojitos suplicantes a los que nunca, desde que tenía seis años y nos dejó mi padre, pude decirle que no. Sonreí, miré a Samanta que era la otra parte interesada en ese viaje hasta la casa de sus padres, y cuando asintió supe que también quería quedarse.

o

—No suena mal la idea de seguir disfrutando de la isla —contesté—, así que, sí, nos quedamos unos días y después vamos a conocer Londres.

1 —Gracias, hermanita —Leire me abrazó y me dio un beso.

—¿Entonces no volvemos a casa, papi? —le preguntó a Iker.

—No, hijo, nos quedamos aquí.

—¡Bien! Yo quiero ir a la playa, ¿podemos?

—¿Y si vamos a pasar el día allí? —propuso Álvaro.

Total, que acabamos de desayunar y después de recoger la mesa, nos pusimos los trajes de baño y preparamos nuestras bolsas de playa para ir a pasar el día entre las olas, el sol y esos chiringuitos donde teníamos claro lo que

íbamos a comer y beber.

Pasaba por delante de la habitación de Álvaro con mi bolsa al hombro cuando escuché que hablaba con alguien, no entendía lo que decía, pero sí que por su tono parecía estar un poco molesto.

Tal vez era la mujer que lo había llamado la noche anterior antes de que empezara el concierto, y si era por un tema de trabajo no sería de extrañar que estuviera así.

Justo en ese momento empezó a sonar mi móvil y caminé hacia el salón, lo saqué de la bolsa y vi que era mi padre.

—Hola —saludé.

—Hola, hija. Me ha enviado tu hermano un mensaje diciendo que os quedáis en Ibiza unos días más, y que, después, os vais a Londres. ¿Es así, o solo una excusa del rebelde de Alex para quedarse con Santi en la isla? — noté que estaba sonriendo, y yo también lo hice.

—Sí, es así. Iba a avisarte yo, pero estaba preparando la bolsa para ir a pasar el día a la playa.

—Vale, me quedo más tranquilo entonces. Es que la última vez que me dijo algo así, fue porque había un festival de música y quería quedarse, también te digo que la mentira le supuso un castigo de dos semanas sin móvil y sin salir, por no hablar de lo que tuve en casa pintando el garaje.

—Eso me suena —reí.

—Tu habitación era más pequeña que el garaje de mi casa. No me puedo creer que él haya salido a ti en eso — suspiró—. Ya podía haber sacado sus ganas por los estudios. No quiere ni oír hablar de contabilidad, quiere trabajar en la discográfica de Álvaro.

—Si te sirve de consuelo, no se le da mal esto. Ha ayudado en toda la organización del concierto estos días. Tienes un chico responsable en casa, papá.

Se quedó en silencio y entonces me di cuenta que había sido porque le había llamado papá, algo que no había hecho muy a menudo desde que nos habíamos vuelto a ver.

—Echaba de menos que me llamaras así, mi niña. Sé que no querrás oírlo, pero te quiero mucho, hija, nunca he dejado de hacerlo.

—No será fácil que todo vuelva a ser como antes, pero... intentaré al menos no ser tan mala contigo.

—Me contó Alex que salisteis a cenar los tres hermanos, y lo que le dijiste. Me gustaría que os llevarais bien,

Cintia, él no tiene más hermanos y con vosotras le he visto bien, le veo feliz.

—Leire también se ha acostumbrado rápido a él, se llevan muy bien, la verdad.

—Me alegra oír eso, hija. Bueno, no te entretengo más. Divertíos estos días que estéis allí, y de los que paséis en Londres. Os va a gustar.

—Adiós, papá.

—Adiós, mi niña.

Colgué y cuando estaba guardando el móvil en el bolso, noté el brazo de Álvaro rodeándome los hombros.

—¿Lista?

—Sí, los demás están en los coches.

—Pues vamos —me dio un beso tras cogermelo de la mano, salimos para unirnos a los demás y pasar un día de playa.

Cintia, él no tiene más hermanos y con vosotras le he visto bien, le veo feliz.

—Leire también se ha acostumbrado rápido a él, se llevan muy bien, la verdad.

—Me alegra oír eso, hija. Bueno, no te entretengo más. Divertíos estos días que estéis allí, y de los que paséis en Londres. Os va a gustar.

—Adiós, papá.

—Adiós, mi niña.

Colgué y cuando estaba guardando el móvil en el bolso, noté el brazo de Álvaro rodeándome los hombros.

—¿Lista?

—Sí, los demás están en los coches.

—Pues vamos —me dio un beso tras cogerme de la mano, salimos para unirnos a los demás y pasar un día de playa.



## Capítulo 23



Nos habíamos instalado con las toallas debajo de dos sombrillas grandes cerca del restaurante donde Iker reservó una mesa para comer, y llevábamos ya un buen rato allí sentadas las tres disfrutando de un poco de sol mientras Pablo hacía un castillo de arena con ayuda de Santi y Alex.

Álvaro e Iker estaban hablando con el representante del grupo, quienes también habían decidido quedarse unos días allí antes de viajar a Londres.

—Samanta, ¿podemos ir a darnos un baño? Ya tengo calor —dijo Pablo, después de terminar de hacer su castillo.

—Claro que sí, tesoro, vamos —contestó, y las tres nos levantamos.

Santi y Alex fueron al bar donde estaban Iker y Álvaro para tomar una cerveza, por lo que aprovechamos mientras nos dábamos un bañito para hablar.

—No me has dicho qué tal estuvo el concierto —le dije a Leire mientras Samanta ayudaba al niño a nadar un poco retirados.

—Si lo dices por Santi, muy bien. Solo nos dimos algún beso, en serio. Ah, y... me dedicó una de las canciones —sonrió con las mejillas sonrojadas—. Me la estuvo cantando al oído, fue tan bonito.

—Te gusta ese chico, ¿verdad?

—Sí. Pero tranquila, que de verdad que no voy a hacer nada todavía.

—Lo sé, hermanita —le di un beso en la mejilla y la abracé.

—Y tú con Álvaro, ¿qué tal? Por cómo te mira, yo creo que antes de que volvamos a Sevilla te pide matrimonio.

—¿Qué dices? —nos echamos a reír— No llegará a eso. Y por el momento, nos estamos conociendo.

—Muy a fondo, por lo que dice Samanta.

—Tú a esa loca no le hagas ni caso, que eres muy joven para hablar de esos temas.

—No soy una niña, ya sé todo eso de las abejitas y las flores.

—Han pasado los años muy rápido —le dije con un suspiro—. Parece que fue ayer cuando estaba leyéndote cuentos de bosques encantados, y aquí estamos, hablando de sexo.

—No hemos hablado de sexo —rio.

—Con metáforas, pero sí lo hemos hecho.

Y entonces escuchamos a Samanta llamando a Pablo, y miramos hacia donde estaba ella con el niño.

—Pablo, no tiene gracia —dijo, y nos acercamos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El niño, que no lo veo. Estaba aquí, me he dado la vuelta un segundo y ya, ¡puf! —hizo el gesto con ambas manos como si se hubiera evaporado— ¿No ha pasado por vuestro lado?

⁵—No, no ha venido.

—Ay Dios, que lo he perdido otra vez. ¡¡Pablo!! —gritó, y tanto Leire como yo empezamos a buscarlo por allí.

Pero no lo veíamos, y la verdad era que nos estábamos empezando a preocupar, y mucho. Hasta que me pareció ver un bracito a unos pocos metros de nosotras.

—¡Qué se ahoga! —grité, y empecé a correr tanto como me permitía el agua.

—¡Ay, mi niño! —escuché a Samanta, y empezó a correr detrás de mí, junto a mi hermana.

No sabíamos cómo había llegado el niño allí solo, si no se atrevía a nadar sin supervisión, pero estaba claro que lo había hecho en ese momento, y a nosotras nos entró de todo por el cuerpo.

Cuando llegué, lo cogí de la mano y tiré de él hasta tenerlo entre mis brazos, el pobre estaba con los ojitos cerrados y temblando.

—Pablo, por lo que más quieras, abre los ojos —le pedí.

—Me estaba —empezó a toser— ahogando —abrió los ojos y me miró con pánico en ellos—. Cintia, no podía

salir a flote.

—Pero chiquitín, ¿cómo te has venido aquí tú solo? —Le sequé la cara retirándole el agua.

—Quería ver si podía nadar solo, y lo he hecho —sonrió un poco, mientras seguía temblando—. Pero cuando iba a dar la vuelta para volver, he visto que estaba lejos de Samanta, no tocaba el suelo, y me he asustado.

—¡Pablo, tesoro! —gritó Samanta llegando, y venía completamente descompuesta la pobre— No gano para susto contigo, de verdad que no —lo cogió en brazos—. ¿Tú quieres que tu padre me ponga una orden de alejamiento contigo? Eso, o que me obligue a casarme con él y hacerle otro hijo, pero ya te digo yo que igual que tú, no iba a salir.

—Te puedes casar con mi papi, yo te doy permiso, y así me dais un hermanito —sonrió.

—Qué rápido aprende el niño —rio Leire.

—No te alejes de nosotras, Pablo, que me muero si te pasa algo —Samanta le dio un beso en la mejilla.

—¿Eso es porque me quieres mucho? —preguntó él rodeándola con el brazo.

—Sí, aunque seas un trasto como Daniel el travieso, te quiero mucho —sonrió.

—Yo a ti también te quiero. Eres muy divertida, ojalá mi mami fuera como tú.

Se abrazó a ella y por cómo lo había dicho, nos quedamos todas de lo más tristes. Yo, que había pasado por el abandono de un padre, al igual que Leire, no entendía cómo una persona podía desentenderse así de sus hijos.

—¡Ey! —miramos hacia la orilla, de donde venía la voz de Alex— ¿Qué hacéis allí tan lejos?

—Que hemos venido dando un paseo —mentí—. Si se te ocurre contarles que casi te ahogas, Pablo, te quito las chuches.

—No, no, esto no se lo digo a mi papi, que me lleva de vuelta a Madrid y me deja con la niñera —contestó con cara de horror.

—Chiquillo, ni que la niñera fuera una bruja.

—No, pero me obliga a comer brócoli y coliflor, que no me gustan.

—Oh, por favor, eso es una crueldad —contestó Samanta—. Te vamos a llevar con nosotras a Sevilla, así la niñera no te hace comer eso.

—¡Vale! ¿Cuándo me lleváis?

—Eso, tú dale al niño falsas esperanzas —volteé los ojos.

—¿Quién dice que son falsas esperanzas? Yo me llevo al niño sin que lo sepa el padre, una noche cualquiera mientras duerme.

s

—Madre mía, estás fatal —me eché a reír.

—¿Qué quieres? Este trasto se hace querer y le he cogido cariño —se encogió de hombros.

—Vamos, damas y caballero, hora de ir a comer —nos dijo Alex cuando llegamos a la orilla.

—Casi me ahogo —le contó el niño.

—¡Pablo! —protestamos las tres.

—¿Qué? No es mi papi, él no me va a castigar.

—Desde luego, qué listo es para lo que quiere —reí.

—No le digas a tu papi que casi te ahogas, anda, y a ver si dejas de ser tan revoltoso —Alex le revolvió el pelo.

—No, no, a él no se lo digo. ¿Vamos a comer arrozito? Que tengo hambre.

—El susto a ti te ha dado hambre, y a mí me ha quitado años de vida —dijo Samanta—. Si hasta creo que desde que te conozco me han salido canas.

—¿Vas a ser como las abuelas, con los pelos blancos?

—Al paso que voy contigo y los sustos, cuando vuelva a Sevilla no voy a tener ni un solo pelo rubio, van a ser todos blancos.

—Te compramos una peluca rubia, no pasa nada.

—Peluca te voy a comprar yo a ti, trasto, que eres un trasto.

Llegamos a las toallas y tras secarnos un poco, recogimos todo para ir al restaurante donde Iker y Álvaro nos esperaban ya en la mesa. Cuando me senté al lado del rubio de mis amores, se acercó para darme un beso en los labios.

Disfrutamos de una rica paella y unos pinchitos de carne que estaban buenísimos, tomamos helado y café y regresamos a las sombrillas donde Pablo se echó una siesta un ratito mientras los demás descansábamos.

Álvaro me llevó al agua con él y, tras alejarnos suficiente de la orilla y otros bañistas, nos besamos mientras me mantenía cogida en brazos y acariciaba mi espalda.

—Me estoy conteniendo —dijo tras darme un mordisquito en el labio inferior.

—¿De qué? —pregunté coqueta, pero sabía a qué se refería, pues había notado su dureza entre mis piernas.

—Para no hacer nada obsceno aquí.

—Obsceno —reí—. Creo que no se darían cuenta, estamos lejos.

—¿Me está incitando a la perversión, señorita? —Arqueó la ceja.

—Yo solo digo que podemos ser discretos.

—Esto sí que no me lo esperaba de ti —sonrió y volvió a besarme, momento en el que noté que retiraba un poco la braguita de mi bikini hacia un lado y comenzaba a tocarme—. Estás excitada —susurró.

—Por tu culpa.

—Pues no voy a esperar más, preciosa —noté que liberaba su miembro y poco después, me penetraba.

Nos abrazamos y comenzamos a movernos despacio, apenas gritaba, sino que gemía tan bajo como podía a pesar de que estábamos lejos de posibles oídos indiscretos.

Álvaro me besó de nuevo mientras sostenía mis nalgas entre sus manos y me movía de adelante atrás para penetrarme más profundamente, y en apenas unos minutos liberamos el clímax allí, al aire libre y con toda esa gente en la playa que podía habernos visto.

—Ojalá no te fueras nunca, preciosa —dijo con la frente apoyada en la mía—. Ojalá todo fuera distinto —me besó y, tras adecentarnos un poco después de recobrar el aliento, regresamos a la orilla donde vimos a Pablo correr hacia nosotros.

—¡Tío Álvaro! —se lanzó a sus brazos y este le cogió al vuelo y levantándolo en el aire como si fuera Superman.

—Venga, vamos a nadar un poco, ¿qué te parece?

—Sí, vamos.

—Yo me voy a la toalla —le dije, y Álvaro asintió antes de darme un beso rápido.

Cuando me uní a Iker y Samanta en las toallas, mi amiga me dio un codazo en el costado y la vi sonreír.

—Le queda bien el niño, ¿eh? —dijo elevando ambas cejas.

—Habría sido un buen padre —escuchamos decir a Iker, y cuando se dio cuenta de que lo mirábamos, carraspeó—. Algún día, quiero decir. Algún día será un buen padre.

Pensaba lo mismo, y es que no había más que verlo con el niño, la sonrisa de ambos y lo bien que estaban.

—Sí, vamos.

—Yo me voy a la toalla —le dije, y Álvaro asintió antes de darme un beso rápido.

Cuando me uní a Iker y Samanta en las toallas, mi amiga me dio un codazo en el costado y la vi sonreír.

—Le queda bien el niño, ¿eh? —dijo elevando ambas cejas.

—Habría sido un buen padre —escuchamos decir a Iker, y cuando se dio cuenta de que lo mirábamos, carraspeó

—. Algún día, quiero decir. Algún día será un buen padre.

Pensaba lo mismo, y es que no había más que verlo con el niño, la sonrisa de ambos y lo bien que estaban.

## Capítulo 24



Los dos últimos días habían pasado casi sin que nos diéramos cuenta, Álvaro y yo estuvimos paseando por la isla, hicimos compra de comida para el tiempo que nos quedaríamos de más en la villa, e incluso me llevó a cenar a un restaurante los dos solos.

Pero también habíamos salido con los demás, el día anterior lo pasamos en la playa desde por la mañana, hasta bien entrada la noche después de cenar, y es que Pablo no quería irse, le encantaba la playa y ya tenía más confianza nadando solo, sin alejarse demasiado que no queríamos más sustos como el que nos dio a nosotras.

Y luego estaba Alex, no podía negar que en cuanto a ser un buen hermano con Leire lo estaba demostrando cada día que pasaba, por eso sabía que, si ella quisiera dejar Sevilla y estudiar la carrera en Madrid, no estaría sola y podría contar con él para cualquier cosa que necesitara.

Esa mañana Álvaro se fue a ver a los chicos del grupo, tenían que ultimar algunas cosas del concierto de Londres y estuvo fuera hasta casi la hora de comer, cuando regresó y después de tomar café, aprovechamos a pasar el resto de la tarde en la piscina, hasta que Alex y Santi dijeron que, al ser el penúltimo día en la villa, deberíamos hacer una barbacoa a modo de despedida.

Y no hizo falta que animara mucho al resto, todos estuvimos de acuerdo y el olor a carne a la brasa que llegaba hasta la cocina, me estaba haciendo la boca agua.

—Pues a lo tonto hemos cogido hasta un bonito bronceado —dijo Samanta, mientras preparábamos una ensalada.

—Sí, nos vamos morenitas —contestó Leire.

—El año que viene deberíamos irnos a pasar el verano a alguna playa no muy lejos de casa —propuso mi amiga —. ¿Qué tal si vamos a Cádiz?

—O a Málaga, mi amiga Elisa se fue allí a vivir con sus padres, ¿te acuerdas, Cintia? Si vamos allí, le hago una visita.

—*Miau* —escuchamos a Nemo y noté que se frotaba con mis piernas.



—Chiquitín, a ver si te vamos a pisar —sonreí.

—Nemo, ¿qué haces ahí? —gritó Pablo— Llevo cinco minutos buscándole —le cogió en brazos.

—Otro escapista —rio Samanta.

—Es que corre mucho, y eso que es pequeñito.

—¿Has encontrado al gato, Pablo? Que como se haya perdido a mi chica le da un infarto —dijo Santi.

—¿Tu chica? —preguntó Samanta con la ceja arqueada, y mi hermana se hizo la sueca, sin mirar, y con las mejillas sonrojadas.

—Esto... Vamos, Pablo, vamos a darle de comer a Nemo y le metemos en su camita —Santi cogió al niño por los hombros y salió de la cocina, Samanta empezó a reírse.

—Hacéis buena pareja, me gusta para ti —le dijo a mi hermana—. ¿Habéis pasado de los besos?

—No —contestó con los ojos muy abiertos.

—Pues no tardaréis mucho —sonrió.

—Lo que quieran esperar, Samanta, no hay prisa —dije mirando a Leire, y ella sonrió.

Terminamos de preparar la ensalada y algo más de picar, además del pan para las hamburguesas, y llevamos todo a la mesa del jardín.

Los chicos estaban todos alrededor de la barbacoa tomando cervezas, y cuando nos vieron, empezaron a poner carne en los platos para ir dejándolos allí y cenar.

El móvil de Álvaro empezó a sonar e Iker dijo que no contestara, que si era por trabajo esperaran al día siguiente.

—Tengo que contestar —dijo él al ver el nombre en la pantalla, y vi que le cambiaba el gesto alegre de su rostro por uno un poco más molesto—. ¿Esto va a durar mucho tiempo? —lo escuché decir cuando entró en la casa.

Pero no quise preguntarle nada a Iker por no parecer una entrometida, si era algo de trabajo lo resolvería él y yo no tenía que meterme.

Tardó en regresar y para cuando lo hizo ya nos habíamos comido una hamburguesa cada uno, Pablo incluso estaba con su segunda brocheta de pollo.

—Papi, tenemos que comprarnos una casa con piscina y poner una barbacoa —le dijo a Iker.

—¿Ya no te gusta el ático? —le preguntó.

—Sí, pero...

—Prefiere tener un jardín grande —dijo Samanta con una sonrisa—. Y lo entiendo, ¿eh? Que eso de vivir en un pisito está bien, tener piscina comunitaria, también, pero esto —señaló el jardín de la villa—, es una pasada. Pode hacer una barbacoa para cenar y después si quieres darte un baño en la piscina, es lo más.

—Socio, te veo comprando una casa con piscina para que tu hijo y tu futura mujer disfruten —comentó Álvaro, riendo.

; —Oye, oye, que aquí nadie ha hablado de que yo vaya a ser la mujer de este —Samanta le señaló con el pulgar.

—¿No quieres ser mi mujer? Vaya por Dios, y yo que me veía ya con el traje, la pajarita, y esperando en el altar —suspiró.

—Con esas cosas no se juegan, que luego a una la hacen ilusionarse y...

—Dime que no estuviste a punto de casarte alguna vez —le pidió Iker, pero ella no respondió, sino que me miró a mí, por lo que todos volvieron sus caras para mirarme.

—¿Hermana? —Miré a Alex— ¿Estuviste a punto de casarte?

—Sí, pero no quiero hablar de eso. Voy por más bebida —me levanté y entré en la casa, nadie habló, sino que el silencio que me rodeaba era suficiente para saber que, por mi cara, todos sabían que aquello no era algo fácil para mí.

Y no lo era, ya no por el hecho de que el hombre con el que pensé que iba a casarme, pues me lo había propuesto unos meses antes de que mi madre muriera, fuera el que provocara que terminara de colapsar de tal modo, que perdiera el bebé que estábamos esperando.

Me apoyé en la encimera de la cocina con los ojos cerrados, sintiendo las lágrimas caer por mis mejillas mientras recordaba el peor día de mi vida.

—Preciosa, ¿estás bien? —me sobresalté al escuchar a Álvaro y notar que me abrazaba.

a —Sí, no es nada —me sequé las mejillas.

—No se llora por nada, ¿lo sabías? —me hizo girar y con sus pulgares retiró las lágrimas de mis mejillas— ¿Qué te pasa?

—Nada, de verdad, es solo que recordar ciertas cosas, aún duelen.

—¿Por el idiota de tu ex? No merece esas lágrimas —me dio un beso en los labios.

—No es solo por él, sino... —cogí aire— No importa, ya no importa.

r

—A mí me importa —hizo que le mirara—. Ven, vamos a la habitación, estaremos más tranquilos.

—Álvaro, estamos cenando —dije cuando me llevaba hacia el pasillo.

—Para mí tú eres lo primero —me aseguró, y le seguí, entramos en su habitación y se sentó en la cama, haciendo que yo me sentara en su regazo—. Cuéntame, ¿qué pasó con tu ex?

—Me enteré de que estaba embarazada de cinco semanas, y ni siquiera pude darle la noticia a mi madre, pues falleció al día siguiente —contesté, y Álvaro abrió los ojos y la boca ante mis palabras.

—Lo siento mucho, preciosa. ¿Lo perdiste? —asentí, cogí aire y le seguí contando mi historia.

l —Los días posteriores fueron caóticos, agotadores y estresantes, pero aun así le dije a él que íbamos a ser padres y dijo que esperaríamos a que naciera para mudarnos juntos y casarnos, algo en lo que estuve de acuerdo porque ya tenía a mi hermana a mi cargo. Ni siquiera Samanta y Leire supieron de mi estado, hasta que fue demasiado tarde.

Seguía llorando y él retiraba las lágrimas con el pulgar mientras me besaba en la sien a modo de consuelo.

—El día que mi ex dijo que se acababa lo nuestro, que no podía lidiar con una adolescente por muy buena que fuera, y además con un bebé, me aseguró que se haría cargo de nuestro hijo, pero que no estaría a mi lado para ello. Ese día colapsé por completo, me dio un fuerte dolor en el vientre y empecé a sangrar. Fue él quien me llevó al hospital donde me dijeron que había sufrido un aborto. Se quedó conmigo hasta que desperté, me dijo que lo sentía mucho y no volvió a saber de él. Avisé a Samanta de que estaba allí, recogió a mi hermana en casa y vinieron a verme, les pedí a los médicos que no dijeran nada, solo que me había desmayado. Les dije que había roto con él y que de algún modo eso, junto con lo de mi madre y todo lo demás, provocó mi desmayo.

—Cintia, lo siento mucho, pequeña —me abrazó y volví a romperme,

Lloré sin consuelo mientras él me acariciaba la espalda, mientras me susurraba que estaba ahí, que soltara todo sin miedo, y por Dios que en ese momento me liberé de una carga con la que llevaba lidiando meses yo sola.

—Álvaro —murmuré.

—Dime, preciosa.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea, tú puedes pedirme lo que sea.

—Haz que lo olvide —lo miré a los ojos—. Haz que me olvide de esto otra vez.

—¿Cómo te gustaría que lo hiciera? —me acarició la mejilla, pero en sus ojos vi el brillo del deseo cuando habló con ese tono ronco.

—Hazme sentir placer, en vez de dolor.

Se inclinó para besarme y lo hizo con tanta ternura, que sentí que me estremecía.

Me recostó en la cama y comenzó a desnudarme con cuidado, despacio, prenda a prenda y entre besos y caricias.

Cuando terminó conmigo, se deshizo de su ropa y comenzó a dejar un camino de besos desde mi tobillo hasta mi vientre, cerré los ojos cuando noté que me acariciaba esa zona y sentí un nudito en la garganta.

✓ —Habrías sido una madre estupenda —susurró, y lo miré—. Algún día sé que lo serás, preciosa —dejó un beso justo ahí y siguió subiendo con suaves y tiernos besos hasta mis pechos.

Lamió un pezón, lo mordisqueó, masajeó el pecho y fue a darle esas mismas atenciones al otro.

Noté su mano en mi entrepierna y el modo en el que me tocaba esa parte tan íntima, despacio, haciéndome que estremecer y que arqueara la espalda.

Álvaro comenzó a besarme al mismo tiempo que me penetraba con el dedo y jugaba con el pulgar en mi clítoris, llevándome a ese estado de excitación del que no salía hasta liberar el orgasmo.

n

Y me hizo tocar el cielo cuando me corrí. Minutos después, sin darme tiempo para recobrar el aliento antes de que la última oleada de ese orgasmo se disipara, me penetró.

Gemí agarrándome a sus hombros, deslizando las manos por ellos hasta apretar con todas mis fuerzas sus bíceps cuando lo sentía tan profundamente.

1

Nos besamos y tocamos mientras me hacía suya, mientras me hacía sentir un placer infinito que sustituía al dolor de hacía unos minutos.

—No va a ser lento, preciosa —dijo entre jadeos.

—No lo quiero lento, Álvaro. Lo quiero como en el concierto —gemí.

Y comenzó a moverse rápido, entrando con fuerza y profundamente, haciendo que con cada embestida mi cuerpo se estremeciera más y más.

Fue tan rudo como en aquel sofá, y me gustaba esa versión de Álvaro, como también me gustaba que fuera capaz de ser tierno y rudo al mismo tiempo.

No cambiaría nada, absolutamente nada del hombre del que me había enamorado.

Comenzamos a gemir más y más, me corrí en cuestión de minutos y al igual que en el concierto, hizo que me arrodillara en la cama y me penetró desde atrás, agarrando esta vez él la carne de mis caderas con tanta fuerza que notaba la yema de sus dedos marcándose en ella.

Llegamos juntos al clímax, se dejó caer en mi espalda y nos quedamos así hasta recuperar el aliento y la normalidad de nuestras respiraciones, momento en el que me recosté bocarriba y él sobre mí.

—Gracias —sonreí acariciándole las mejillas y lo atraje hasta mí para besarlo.

—¿Por qué, preciosa?

—Por ayudarme a olvidar.

—Eso es parte de tu vida, Cintia, y no debes olvidarlo.

—No lo hago, y sé que nunca podré hacerlo. Era mi bebé y simplemente se fue —noté una lágrima caer por mi mejilla y él la retiró.

—Nunca lo olvidaremos —me dijo antes de inclinarse a besarme.

Me recosté de lado mirando por la ventana el cielo nocturno, y él me abrazó pegándose a mi espalda. Cerré los ojos y por un momento deseé que eso no acabara nunca, que no estuviera más cerca el final de un verano que sería inolvidable con un hombre como Álvaro.

—Nos vamos en dos días —dije tras un suspiro.

—Sí, a Londres —me besó el hombro.

—Y después de eso...

—No pienses en ello, preciosa —susurró acariciándome el vientre—. Simplemente no pienses en qué vendrá después. Lo que sea, bienvenido será.

—No me quedaré en Madrid, Álvaro, seguiré con el viaje con mi hermana y Samanta y después volveremos a Sevilla.

—¿Y si alguien te hiciera una propuesta que no pudieras rechazar? —preguntó, y lo miré por encima del hombro.

—¿Qué tipo de propuesta? —Arqueeé la ceja.

—No sé, ¿un verano conmigo, por ejemplo? Podrías dejar a Leire con tu padre, y venirte conmigo a cualquier parte, donde tú quisieras, solos los dos, el resto del verano.

—Eso sería prolongar más un final que los dos sabemos será inevitable.

—Piénsalo, tienes varios días para hacerlo.

—Nos vamos en dos días a Londres.

—Ajá, y voy a aprovecharlos —sonrió al tiempo que elevaba ambas cejas.

—¿Qué estás pensando?

—En algunas cositas —murmuró haciendo que me recostara bocarriba y comenzó a lamerme el pezón—. Cositas interesantes, por cierto. Como, por ejemplo, darnos una ducha y volver a follarte allí.

Me cogió en brazos, grité riendo ante la sorpresa, y sí, lo hicimos en la ducha, y una vez más en la cama antes de acabar dormidos y saciados.

—No pienses en ello, preciosa —susurró acariciándome el vientre—. Simplemente no pienses en qué vendrá después. Lo que sea, bienvenido será.

—No me quedaré en Madrid, Álvaro, seguiré con el viaje con mi hermana y Samanta y después volveremos a Sevilla.

—¿Y si alguien te hiciera una propuesta que no pudieras rechazar? —preguntó, y lo miré por encima del hombro.

—¿Qué tipo de propuesta? —Arqué la ceja.

—No sé, ¿un verano conmigo, por ejemplo? Podrías dejar a Leire con tu padre, y venirte conmigo a cualquier parte, donde tú quisieras, solos los dos, el resto del verano.

—Eso sería prolongar más un final que los dos sabemos será inevitable.

—Piénsalo, tienes varios días para hacerlo.

—Nos vamos en dos días a Londres.

—Ajá, y voy a aprovecharlos —sonrió al tiempo que elevaba ambas cejas.

—¿Qué estás pensando?

—En algunas cositas —murmuró haciendo que me recostara bocarriba y comenzó a lamerme el pezón—. Cositas interesantes, por cierto. Como, por ejemplo, darnos una ducha y volver a follarte allí.

Me cogió en brazos, grité riendo ante la sorpresa, y sí, lo hicimos en la ducha, y una vez más en la cama antes de acabar dormidos y saciados.

## Capítulo 25



Y tras cinco horas de vuelo y otra media de viaje en los coches, llegamos a la casa a las afueras de Londres que Álvaro había alquilado para alojarnos esos días.

Por suerte habíamos comido en el avión e incluso nos dio tiempo a dormir un poco, había que admitir que estábamos todos agotados porque la noche anterior nos despedimos de Ibiza por todo lo alto, y esa mañana nos levantamos con un poquito de resaca.

Pero nada que un par de pastillas y un zumo no quitaran.

Si el exterior de la fachada era una pasada, de piedra gris, con los marcos de puertas y ventanas negros, así como el tejado, el interior era una absoluta preciosidad.

Paredes blancas, suelos de madera oscura, cuadros y jarrones a modo decorativo y muebles blancos.

El salón era amplio, con una chimenea para los días del frío invierno, una mesa para diez comensales y un par de sofás formando una L con una mesa de café de cristal en el centro.

La cocina contaba con una gran isla en el centro donde podríamos desayunar todos sin problema, y en esa planta además había una biblioteca y el acceso al jardín por el salón.

En la parte de arriba había seis habitaciones, por lo que Santi, Alex, mi hermana y Pablo, dormirían cada uno en una, que ya habían escogido, mientras que Iker y Samanta compartirían una, al igual que haríamos Álvaro y yo.

Dejamos el equipaje en las habitaciones, y mi hermana y Santi regresaron al salón para preparar el rincón de Nemo, con la ayuda de Pablo, eso sí, que el pequeñajo apenas se separaba de su nuevo amiguito gatuno.

—Los chicos y yo vamos a ver al grupo —me dijo Álvaro, rodeándome por la cintura desde atrás mientras terminaba de colocar mis cosas en la cómoda, y me besó el cuello—. Dejamos un coche aquí, por si os apetece salir.

—Pues sí, vamos a ir a dar un paseo y visitar la ciudad —sonreí mirándolo por encima del hombro—. ¿Hay que



hacer compra, o también tenemos las despensas llenas?

—Están llenas —sonrió de medio lado.

—Vale.

—Si pudiera quedarme aquí contigo... —murmuró con un leve ronroneo mientras nos mecía, y notaba el modo en el que su entrepierna rozaba mis nalgas.

—Pero no puedes, tienes trabajo —le cogí ambas manos y él me abrazó aún más fuerte.

—Dime que vas a echarme de menos, preciosa —me mordisqueó el cuello—. Dímelo para que acabe el trabajo pronto y vuelva contigo.

—No sabía que eras tan... ¿romántico? —Arqueeé la ceja.

—Yo tampoco —rio—. En realidad, hacía demasiado tiempo que no estaba así con alguien.

—Así, ¿cómo? —curioseé, aunque en realidad me daba un poco de miedo la respuesta.

—A gusto, cómodo, y dejando ver mi lado romántico.

—Álvaro, ¿estás listo? —preguntó Iker desde el pasillo, y él suspiró.

—Sí, dame dos minutos.

—Ok, te esperamos abajo.

—Vamos, no los hagas esperar demasiado —dije y le di un beso en la mejilla.

—¿Vas a pensar en lo que te dije?

—¿En qué?

—Lo de pasar el verano conmigo, necesito tenerte solo para mí, preciosa —me miró fijamente y en esos ojos que tanto me gustaba contemplar, vi que era sincero en cada una de sus palabras.

—Lo pensaré, sí, pero no te aseguro que sea un sí. Tengo una hermana a mi cargo.

—Tiene padre, te lo recuerdo por si lo has olvidado.

—No, no lo he hecho, te lo aseguro —suspiré cerrando los ojos mientras dejaba caer la cabeza sobre su pecho—. Pero no sé si él estaría de acuerdo en que yo me fuera y ella se quedara en su casa.

—Preciosa, conozco a Eduardo desde hace algo más de una década, y te aseguro que, para él, teneros cerca es lo mejor que podría pasarle. Si dejas que tu hermana se quede el resto del verano con él, te pone un piso en Madrid —rio y me dio un beso.

1

—No se lo permitiría. Y vete ya, o llegaréis tarde.

—Pasadlo bien por la ciudad —me besó de nuevo—. Luego te llamo y quedamos en algún sitio para cenar.

—Vale.

Salió de nuestra habitación y me quedé allí pensando en ese viaje que podríamos hacer juntos. Me apetecía, esa era la verdad, pero como le dije, aquello no sería más que prolongar el final de algo que los dos sabíamos estaba destinado a acabar en algún momento.

Porque sí, yo podría pensar, imaginar e incluso soñar con un futuro a su lado, pero lo cierto era que nuestras vidas y obligaciones nos mantenían en lugares diferentes.

Cogí el bolso y bajé a la cocina donde escuché las risas de Pablo, que estaba allí con mi hermana y Samanta dándole un poco de agua a Nemo antes de volver a meterle en su recinto en el salón.

—Nos vamos a conocer Londres —anuncié, y los tres me miraron.

—Pues vamos por nuestros bolsos —contestó Samanta, y Leire fue con ella.

—Vamos a dejarle en su camita, cariño —le dije a Pablo, que sonrió mientras cogía al gatito.

—Cuando os lo llevéis a Sevilla le voy a echar de menos —murmuró tras darle un besito en la cabeza y dejarlo en la cama, donde no tardó en acurrucarse y cerrar los ojitos.

—Le puedes decir a tu papá que te lleve a un centro de adopciones de animales y buscar un gatito que necesite una familia. Hay muchos que buscan una.

—¿Crees que querrá llevarme? —preguntó con ilusión.

—Estoy segura de que sí —le acaricié la mejilla.

—¿A dónde vamos a ir ahora, tía Cintia? —curioseó mientras me cogía de la mano, y era la primera vez que me llamaba así.

—¿Tía? —sonreí.

—Claro, eres amiga de mi papi, como el tío Álvaro, así que te puedo llamar tía Cintia —sonrió.

—Pues llevas razón, y yo feliz de ser tu tía —le revolví el pelo—. Aquí hay una noria muy grande y alta desde donde dicen que se ve toda la ciudad. ¿Te apetece ir allí?

—¡Sí, sí! —gritó emocionado.

—Voy a ver si podemos coger tickets para ahora, que igual no nos dejan subir.

—Vale.

Y mientras esperábamos a mi hermana y a Samanta, busqué en Internet la página de la noria conocida como *London Eye*, y reservé cuatro entradas. Menos mal que sabía que las vistas desde esa noria eran una auténtica maravilla y algo que no podías dejar pasar visitando la ciudad, porque me había gastado unas cuantas libras en las cuatro entradas.

—Estamos listas —dijo Samanta, al unirse a nosotros—. ¿Dónde vamos?

—¡A la noria! —gritó Pablo con los brazos en alto.

—¿Vamos a la gran noria? —preguntó mi hermana.

—Ajá, ya tengo las entradas reservadas. Conecta el GPS que conduces tú —le dije a Samanta.

—Por la izquierda, madre mía lo que me estás pidiendo —volteó los ojos.

l —Tranquila, que esta noche cenamos con los chicos y le puedes decir a Iker que conduzca él. ¿Vamos?

—Sí, sí, pero rezad, criaturas, rezad lo que sepáis porque conducir por la izquierda va a ser un lío, y no quisiera y acabara nadando en el Támesis.

—¿Aquí hay playa? ¡Qué guay! —dijo Pablo.

—No, tesoro, no hay playa, es un río.

—Ah, bueno, no pasa nada. En algunos ríos también se puede bañar la gente.

—En este no, cielo —reí—. Aquí solo te vas a bañar en la bañera.

—Jo, pues hay que decirle a mi papi y al tío Álvaro que nos lleven otra vez a la playa —frunció el ceño.

—Claro que sí, que allí se estaba divinamente. Vamos tesoro, vamos a ver la noria —Samanta le cogió de la mano y salimos de casa para subir al coche.

Tras conectar el GPS con la dirección de donde estaba situada la noria, puso el coche en marcha y hasta se santiguó.

—A rezar todo el mundo —nos pidió.

—Jesusito de mi vida, eres niño como yo... —comenzó Pablo, con las manos unidas y los ojos cerrados, por lo que las tres nos echamos a reír— ¿Qué pasa? —preguntó el pobre con una carita de pena.

—Nada cariño, tú sigue rezando por todas —sonreí, y él asintió antes de seguir con su oración.

—Bendita inocencia, amiga —murmuró Samanta—. ¿Dónde quedó la nuestra? —rio.

—Con el primer novio que tuvimos —reí, y ella también.

Condujo despacio por la ciudad, ya que al ir por la izquierda no era fácil, pero se manejó bastante bien, y llegamos a la zona de la noria sin sufrir ningún percance.

Había gente esperando para subir, pero como tenía las entradas reservadas, hablamos con el chico de los tickets y nos dio acceso prioritario por el lado opuesto a donde esperaban los demás.

Al final el ojo de la cara que me había gastado en las entradas, valió la pena.

Subimos los cuatro junto a varias personas más a una de las cabinas de cristal de la noria y como el recorrido lo hacía despacio y duraba una media hora, se podía ver toda la ciudad desde varios ángulos.

), Pablo estaba alucinado, Samanta lo llevaba en brazos y no dejaba de mirarlo todo con los ojos muy abiertos. Nos hicimos algunas fotos para el recuerdo y él dijo que era una pena que no se pudiera dar un baño en el río, cosa que al pequeño grupo de españoles que había subido con nosotros en la cabina, les hizo reír.

Después del paseo en la noria fuimos a una cafetería en la que servían unos helados con una pinta buenísima, y allí nos quedamos un rato charlando sobre lo que podríamos hacer al día siguiente, pues lo más seguro sería que los chicos tuviesen trabajo, ya que el concierto sería en dos días.

Al final hicimos una lista con los lugares a los que iríamos, y fue cuando Álvaro me llamó para preguntar dónde estábamos, y quedamos en vernos en un restaurante a los pies del Támesis.

Cuando llegamos ya estaban allí esperándonos en una de las mesas de la terraza, tomando una cerveza. Iker y Álvaro, nos recibieron con un beso a Samanta y a mí, mientras que Santi sonrió a mi hermana y le cogió la mano cuando se sentó a su lado.

—¿Qué tal se ha portado el mico? —preguntó Iker cuando Pablo se sentó en su regazo.

—No soy un mico —frunció el ceño—. Y me he portado bien, hasta he rezado y todo.

—¿Has rezado? ¿Por qué?

—Pues, porque Samanta... —y le contó al padre lo que mi amiga había pedido antes de salir de la casa, lo que hizo que los cuatro acabaran estallando en carcajadas— Y hemos subido a la noria grande, pero no nos podemos bañar ahí —señaló el río—. Así que tenéis que llevarnos luego otra vez a la playa, ¿vale?

—Claro que sí, hijo, pero antes hay que ir a Madrid y coger más ropa, ¿no te parece?

—Vale.

Sonreí, y noté la mano de Álvaro en la rodilla dándome un leve apretón. Él sabía mi secreto, ese que no había compartido con mi hermana ni mi mejor amiga, y que nunca les contaría. Sabía que, de hacerlo, Leire podría sentirse culpable por lo ocurrido, por el estrés y el agotamiento al que me expuse con lo de mi madre, y no quería que eso pasara.

Estuvimos hablando de lo que haríamos al día siguiente mientras ellos ayudaban a terminar con la preparación del concierto del grupo, y cuando acabamos de cenar regresamos a la casa, conduciendo Iker el coche en el que habíamos salido nosotras.

Mientras le daba un poco de cenar a Nemo y le cambiaba el agua, Álvaro se dio una ducha, cosa que yo también hice cuando él salió del cuarto de baño.

Y cuando regresé a la habitación, con el albornoz y secándome el pelo con una toalla, me lo encontré sentado en la cama esperándome, completamente desnudo.

—¿Qué haces? —reí.

—Esperar a mi chica —elevó ambas cejas al tiempo que sonreí.

—Para dormir, espero —dije mientras me cogía por la cintura y me sentaba en su regazo.

—Eso después —me besó y comenzó a deshacer el nudo del cinturón del albornoz, bajó la tela por mis hombros

dejándolo a la altura de los codos, y dejó un camino de besos desde el cuello hasta uno de mis pechos.

—Álvaro —jadeé.

—Dime, preciosa.

—Deberíamos dormir.

—Luego, antes voy a hacer que te relajes —contestó y volvió a lamer el pezón para después lamer el otro.

Dio un leve mordisquito y noté una de sus manos deslizándose por el muslo hasta alcanzar mi entrepierna, esa que no dudó en tocar y acariciar como él sabía hasta conseguir que me excitara.

Me cogió de nuevo por la cintura y tras hacer que me recostara en la cama, se arrodilló entre mis piernas y lamió, mordió y me llevó al orgasmo en cuestión de minutos.

Grité cuando me penetró de una certera y profunda embestida, agarrándome a sus hombros con fuerza, y cuando sus labios se apoderaron de los míos sentí que nada más en ese momento importaba.

Álvaro alternó su versión más tierna con la más ruda e hizo que perdiera la cabeza por completo.

Me dejé llevar, le dejé tomar el control y hacer lo que deseara, y acabamos estallando en un orgasmo intenso y descarnado.

<sup>l</sup> Se quedó abrazándome y besándome cuando liberamos el clímax al unísono, y cuando sus ojos, velados por el deseo y el placer más absoluto me observaron, sentí un nudo en la garganta. Acaricié su cabello y cuando bajé la mano para acariciarle la mejilla, él la cogió para besarla.

—Si me concedieran un solo deseo, sería que no acabara el verano, con tal de estar contigo —me besó y sentí unas ganas de llorar increíbles—. Buenas noches, preciosa, descansa.

<sup>a</sup> Nos recostamos de lado y me pegó a su cuerpo, manteniéndome cerca con el brazo alrededor de mi cintura. Cerré los ojos y se me escapó una lágrima que aparté rápidamente.

Nunca me habían dicho algo tan bonito como eso, y el hecho de que nuestro tiempo juntos se acabara, era lo que más me dolía.



## Capítulo 26



Después del desayuno los chicos se fueron hasta el lugar donde se celebraría el concierto, y nosotras cogimos el coche para ir a recorrer la ciudad.

Aparcamos cerca del famoso *Big Ben* y nos hicimos varias fotos, Leire le envió algunas a Nieves, que decía que era una chica con suerte por estar viviendo aquel viaje y disfrutando del grupo que tanto les gustaba a las dos.

Pablo dijo que quería una foto posando de tal modo que pareciera que tocaba la aguja del gran reloj, así que ahí fue Samanta a ponerse en cuclillas para tomar el primer plano del niño que quedó perfecto.

Decidimos subir a uno de los autobuses turísticos que había por allí cerca y recorrimos Londres.

Al pasar por el *Palacio de Westminster*, Pablo preguntó si ahí vivían los reyes, dado que estos siempre vivían en grandes y lujosos palacios.

—No cariño, ahí no viven los reyes, este palacio es solo para reuniones de personas importantes —contestó Samanta.

—Y entonces, ¿dónde viven? ¿En un castillo?

—Viven en el *Palacio de Buckingham*, que también lo veremos desde aquí cuando pasemos por él.

—Ah, vale —sonrió.

El recorrido en el autobús continuó por el exterior de la *Abadía de Westminster*, lugar en el que se habían celebrado todas las coronaciones de reyes y reinas de Inglaterra desde hacía siglos.

Al llegar a la famosa zona conocida como *Piccadilly Circus* nos bajamos del autobús, ya que el chico que iba contando la historia de cada edificio nos dijo que podíamos subir el otro con el ticket que teníamos, así que nos adentramos en aquella plaza tan llena de vida.

Lo que más llamaba la atención, además de los grandes carteles luminosos que tanto recordaban a la famosa *Time*



*Square* de New York, era la fuente de Eros que se encontraba en el centro de la plaza.

Tiendas, teatros y restaurantes que daban vida a aquella plaza, era lo que la hacían el lugar más visitado por los turistas.

Nos sentamos en una de las terrazas y pedimos café para nosotras dos, y batidos para ellos.

—Qué bueno —dijo Pablo tras dar el primer sorbo—. ¿Puedo pedir otro cuando me lo acabe?

—Y después no comes —contestó Samanta—. Mejor luego, de postre.

—Vale. ¿Y qué vamos a comer?

—Lo que te apetezca. ¿Qué quieres?, y no me digas que arrocito que aquí no hacen —rio.

—Pues no sé. ¿Qué podemos comer? —dio otro sorbo.

—Aquí hacen un pescado frito con patatas que dicen que está muy bueno —comentó mi hermana.

—Pues pescado con patatas.

Miré a mi hermana sonreír, se le daban bien los niños y con Pablo tenía una conexión increíble, casi tanta como la de Samanta, que sí que parecía su madre.

Después de aquel descanso paseamos por la plaza y nos detuvimos a comprar algunos recuerdos, Alex le había dado dinero a mi hermana para que comprara algo para su madre y Santi también le pidió alguna cosita para poner en su piso.

Echamos un buen rato entre unas tiendas y otras y cuando acabamos las compras subimos a otro autobús para seguir con el recorrido por la ciudad.

Pasamos por la Torre de Londres, aquel histórico y emblemático edificio de la ciudad que durante años sirvió como residencial real, arsenal, fortaleza y hasta prisión donde cientos de personas, entre los que se encontraba la reina consorte Ana Bolena, vivieron reclusos en ella hasta su muerte.

Lo siguiente que vimos fue el famoso *Tower Bridge*, el puente levadizo de estilo victoriano junto a la Torres de Londres que era un lugar que no podías dejar de visitar.

Las dos altas e imponentes torres que unían parte del puente bien podrían ser las de un castillo, dos magníficas construcciones que no pasaban desapercibidas y que todo el que las veía, immortalizaba en una foto.

Y llegamos hasta el *Palacio de Buckingham*, ese que estaba lleno de turistas queriendo visitar las zonas a las que podía accederse, ya que era la residencia oficial de los monarcas, o ver el famoso Cambio de Guardia, algo que a todos llamaba la atención y que se había convertido en uno de los mayores reclamos turísticos de la ciudad.

Cuando el autobús llegó a la zona de *Covent Garden*, también decidimos bajar y coger después el siguiente.

Allí nos adentramos en un mercado increíble, lleno de tiendas y puestos de artesanos donde los turistas podíamos disfrutar de su aire bohemio y acogedor.

—Mira, Cintia, allí hacen caricaturas —dijo Leire al ver a un hombre con un montón de dibujos de famosos en blanco y negro o a color—. ¿Podemos ir?

—¿Quieres que nos hagan una caricatura?

—Estaría genial como recuerdo —sonrió.

—Tiene razón, a ver cómo nos ve un caricaturista —comentó Samanta, y allí que fuimos los cuatro.

Después de hablar con él, y de que mi hermana le preguntara si podría hacer una caricatura a partir de una foto, pues quería tener un detalle con el grupo de música y el hombre dijera que sí, nos sentamos los cuatro a posar, pero no quisimos ver el resultado hasta que no acabó también la caricatura del grupo.

Y había que admitir que los dos dibujos que había hecho en aquella hora y media, estaban increíbles.

Le pagamos, dejándole además algo de propina que agradeció con una sonrisa, y fuimos a comer a uno de los bares que encontramos por allí cerca.

Pablo estaba emocionado viendo todo, y acabó dándonos las gracias, algo que no esperábamos.

—¿Por qué nos las das, tesoro? —le preguntó Samanta.

—Por llevarme con vosotras estos días. Cuando viajo con mi papi, no me lleva a muchos sitios, casi siempre está trabajando y yo tengo que ir con él, o quedarme en el hotel con la niñera —contestó con una pena que nos encogió el corazón a las tres.

—Entonces, ¿te lo has pasado bien con nosotras? —pregunté.

—Sí —sonrió—. Mucho.

—¿Aunque te perdiéramos y casi te ahogaras? —curioseó Leire.

—Sí, sí, qué sustos os di.

—Mira, mira qué cana tengo ya —le dijo Samanta, cogiendo un mechón de su cabello, pero que ni se le veían las canas ni nada—. Años de vida me has quitado, chiquillo.

—Pero, aun así, me quieres, ¿a qué sí?

—¿No te voy a querer? Si te llevaría conmigo a Sevilla y todo —le dio un abrazo y se lo comió a besos.

—Vale, que le vas a desgastar la mejilla —reí.

—Pues se los doy en la otra —y eso hizo, mientras el niño se partía de risa.

Después de comer, él se pidió otro batido para postre, al igual que Leire, mientras nosotras nos tomábamos un café, y volvimos a la zona de la que salían los autobuses para continuar con el recorrido turístico.

Pasmos por la plaza de *Trafalgar Square*, lugar con el que se conmemoraba la victoria de la armada británica, por el *Palacio Kensington*, otro de los lugares de residencia de los reyes británicos, nos contaron la historia del *Shakespeare's Globe Theatre*, que resultó ser una fiel reproducción del teatro en el que el famoso dramaturgo interpretó sus obras, y acabamos con el recorrido en la zona de la noria, donde nos sentamos a tomar un café en una de las terrazas con vistas al Támesis.

Regresamos dando un paseo hasta donde habíamos dejado el coche, y llamé a Álvaro para preguntarle si nos veríamos para cenar, pero dijo que se les había complicado una cosa para el concierto y no iban a poder, así que decidimos volver a casa y allí preparamos unas hamburguesas con patatas que Pablito disfrutó y saboreó, llenándose de ketchup y mahonesa hasta las orejas.

—De aquí a la ducha, hijo mío —dijo Samanta cuando lo limpió—, que si te ve tu padre así de pegajoso no sé lo que nos hace.

Recogimos la mesa y mientras Samanta bañaba al niño para después meterlo en la cama, Leire y yo enmarcamos la caricatura del grupo en un marco negro de madera muy chulo que habíamos encontrado en una de las tiendas y lo envolvimos para entregárselo al día siguiente con una nota firmada por ella que metió en el sobrecito que anudamos con la cuerda que decoraba el envoltorio.

—Ya se ha dormido —Samanta se dejó caer en el sofá con un suspiro.

—Te queda bien —dijo Leire.

—¿El qué? —Mi amiga frunció el ceño.

—El papel de mami —sonrió mi hermana.

—No, no, yo creo que soy la tía Samanta, como tu hermana, que ya es la tía Cintia.

—Pero si su papi te pide relaciones serias, serás su mami —reí.

—Relaciones serias, qué bonito te ha quedado —rió Samanta—. Pero no, no aspiro tan alto. Sé que esto es lo que es, y ya está. Uno de esos amores de verano sin más.

—Una aventura para el CEO, en mi caso —contesté.

—Pues para ser un amor de verano, o una aventura, esos dos hombres os miran muy bonito.

—¿Cómo es eso? —curioseó Samanta.

—Embelesados, con un brillo diferente al que tienen sus ojos de manera habitual. No sé explicarlo, pero... Cuando estáis en la misma habitación, no os quitan la vista de encima, están pendientes de lo que hacéis, lo que decís, si reís, ellos sonrían, si los miráis, simplemente sus sonrisas se amplían más. Soy muy joven, pero yo creo que están los dos enamorados.

—Como bien has dicho, eres joven, cielo —le dijo Samanta, acariciándole la mejilla—. Y a veces el amor se confunde con deseo, con lujuria.

—Vale, soy demasiado joven para este tema —le advirtió con el dedo en alto para que no siguiera hablando.

—Ojalá fuera algo más que eso, un amor de verano, un capricho mutuo, porque si os soy sincera...

—Te has enamorado —acabé la frase por mi amiga, que cerró los ojos con un suspiro al mismo tiempo que asentía.

—Y mira que no quería, Cintia, pero ha pasado —me miró con los ojos vidriosos.

Sonreí sin decir nada, pues al igual que ella, yo tampoco quería enamorarme de Álvaro y lo había hecho. Me había enamorado de un hombre para el que yo no era más que una aventura, un capricho de verano como ella había dicho.

Y ojalá no hubiera pasado eso, ojalá mi corazón hubiera seguido con su coraza puesta, pero él la había derribado sin darme cuenta.



## Capítulo 27



Estábamos listos para ir al concierto, incluso Pablo iría esa noche con nosotros.

Los chicos habían ido antes para ultimar cosas y nosotras estábamos llegando al recinto.

—Llama a tu hermano para que salga a buscarnos, Leire —le pidió Samanta, y así lo hizo.

—Oye, que acabamos de aparcar —la escuché decir—. Ajá, vale, puerta cuatro, ok.

—Listo, ya podemos bajar —dijo Samanta.

—El regalo, no nos olvidemos del regalo.

—No, no, que, si nos volvemos a Madrid con la caricatura, menuda gracia —réí.

Saqué el marco envuelto del maletero y lo llevé hasta la puerta donde ya nos estaba esperando Alex, que cogió a Pablo en brazos para sentarlo en sus hombros.

—El que mejor va a ver el concierto —rio Leire.

—Dile a Santi que te coja así, hermanita —comentó Alex.

—No, no, qué vergüenza —se sonrojé.

Entramos con nuestras acreditaciones de personal de la discográfica, y seguimos a Alex hasta la sala del *backstag* donde estaba el grupo para darles el regalo.

—¡Leire! —gritaron los cuatro al verla.

—Hola —mi hermana sonrió la mar de feliz, y fue abrazando a unos y otros con ese afecto que se veía que sentían los cuatro por ella—. Os he traído un regalo.

—¿Qué? No, no, pero, ¿por qué traes nada? —dijo uno de ellos al ver lo que les entregaba yo.

—Es un detalle, solo. Vosotros me habéis dado mucho más —sonrió.

—Princesa, te hemos dado lo que mereces, eres nuestra fan más VIP —sonrió otro, y es que no me quedaba con los nombres de cada uno de ellos.

Para mí eran el rubio, el moreno, el pelirrojo y el otro rubio, algo que a Leire le hacía reír cada vez que hablaba con ellos.

—¡Ostras, colegas! ¡Qué pasada! —ese que gritó con los ojos muy abiertos, era el pelirrojo.

—Una caricatura, por favor, me encanta —ahí estaba el moreno.

—Muchas gracias, princesa —dijo el rubio, dándole un abrazo a mi hermana.

—Te has ganado una canción, para el siguiente disco, te la compongo —dijo el otro rubio, que según me dijo mi hermana, era el que componía la mayoría de las canciones.

—Este va en el estudio de grabación, y al lado ponemos una foto con ella —comentó el moreno.

—Es una pasada, en serio, muchas gracias, princesa —volvió a abrazarla y ella sonrió emocionada.

—Me alegro de que os guste. No me pude resistir cuando vi las que había hecho —contestó.

—Oye, cómo mola, hermanita —Alex le pasó el brazo por los hombros.

—¿Dónde está mi papi? —preguntó Pablo.

—Está con Santi, ya vienen, que han ido a ver unos focos del escenario. Ah, ahí están —dijo Alex al verlos entrar

Quien tampoco estaba allí, y no llegó con ellos, era Álvaro, pero no pregunté porque supuse que estaría hablando por teléfono, o con alguien del equipo.

e

Nos despedimos del grupo y salimos para ir hacia la sala desde donde veríamos el concierto. Al entrar cogimos algo de beber y picamos un poco para la cena.

Leire llevó a Pablo hasta la barandilla desde donde se veía el escenario bastante cerca, y no nos sorprendió a ninguna de las tres que empezara a cantar las canciones que escuchaba cantar a algunos de los fans que ya estaban ocupando sus sitios.

Iker, Santi y Alex, entraron en la sala, pero seguía sin ver a Álvaro por ninguna parte, pregunté y se miraron entre ellos, hasta que mi hermano fue el que contestó.

—Ahora viene, está hablando con alguien.

Asentí, mi móvil empezó a sonar y vi que era mi padre, así que salí al pasillo para hablar con él.

—Dime.

—Hola, hija. Estoy llamando a tu hermano, pero no me lo coge, ¿estáis bien?

—Estamos en el concierto, debe haberse dejado el móvil en algún lado, espera que te lo paso.

—Gracias, es que quiero comentarle algo.

—Vale —abrí la puerta, llamé a mi hermano y le entregué el móvil—. Es papá, que quiere hablar contigo y no le coges el móvil.

—Joder, me lo he dejado en el *backstage* —volteó los ojos—. Papá, hola, ¿qué pasa?

Me hice a un lado para que hablara tranquilamente y acabé por ir al cuarto de baño, sabía que beber tanta agua antes de salir de la casa no fue buena idea.

Lo peor de todo fue cuando regresaba a la sala y vi a Álvaro en aquel pasillo con una mujer, ella le rodeaba con el brazo por los hombros, parecía estar llorando y tenía la otra mano sobre su pecho. Ella le dijo algo a lo que él negó, y por cómo lo miraba, y por cómo la miraba él, no era solo una conocida, había algo más.

Y en el momento en el que la vi ponerse de puntillas para besarlo, se me escapó un grito ahogado que el propio Álvaro escuchó.

—Cintia, espera —me llamó, pero seguí caminando hacia la sala—. Cintia, por favor, para —cogió mi mano haciendo que me girara—. Preciosa.

—¿Quién es? —pregunté, esperando que no se me saltaran las lágrimas.

—Nadie que importe.

—Te ha besado.

—Sí, ella me ha besado a mí, y no al revés.



—¿Quién es, Álvaro? —insistí.

—Soy su mujer —contestó ella, que lo había seguido, y en ese momento sentí que se me paraba el corazón.

—Estamos divorciados —dijo Álvaro, en un tono un tanto severo.

—No, no lo estamos aún y lo sabes.

—Porque no quieres firmar ese maldito papel —protestó él.

—Suéltame —le pedí mientras quitaba su mano de la mía y continué caminando.

—Cintia, para, por favor.

—¡Olvídame! —grité sin parar y abrí la puerta de la sala, donde todos se giraron para mirarme— Dame mi teléfono, Alex —extendí la mano.

—¿Qué pasa, hermana?

—Me voy, eso pasa —cogí mi móvil y el bolso, y miré a mi hermana—. Nos vamos, Leire, lo siento mucho, pero nos vamos.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—Porque no voy a quedarme ni un minuto más aquí.

—¿Se puede saber qué ha pasado, cariño? —me preguntó Samanta.

—Que está casado, eso pasa —contesté, y tanto ella, como mi hermana, miraron a Álvaro.

—¿Tú lo sabías? —gritó Leire mirando a Alex, que cerró los ojos al tiempo que asentía— ¿Por qué no dijiste nada? Es tu hermana...

—Están divorciados, a falta de que ella quiera firmar los papeles —dijo Iker, en defensa de su amigo—. Cintia...

—No, no quiero escuchar nada, ya he visto bastante.

—No estamos casados, preciosa.

—Si no hay un divorcio firmado y ratificado, perdona que te contradiga, pero seguís casados —le respondió Samanta.

—¿De verdad te vas a casa? —Álvaro me cogió de nuevo de la mano, y lo miré con los ojos cargados de rabia y dolor— Por favor, vamos a hablar.

—¿No te parece que ya te has reído bastante de mí? —protesté volviendo a soltarme de su agarre y salí, seguida de mi hermana y Samanta.

Solo esperaba que no viniese detrás de nosotras, porque no pensaba pararme ni quedarme allí hablando con él.

Subimos al coche y mientras Samanta conducía yo iba buscando vuelos que salieran esa misma noche hacia Madrid, no iba a quedarme allí para esperarlo en casa, cuando llegara la encontraría vacía y silenciosa.

—Hay un vuelo dentro de tres horas —dije, y escuché el grito ahogado de Leire.

—¿Nos vamos de Londres? —preguntó con pena.

—Sí, nos vamos a Madrid y en cuanto lleguemos, cogemos el coche y seguimos con nuestro viaje.

—Pero...

—Leire, por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es todo ese asunto.

—Vale, lo siento —y la escuché llorar el resto del camino.

Había reservado los tres billetes y cuando llegamos a la casa, pedí un taxi para que nos recogiera en una hora, el tiempo que tardaríamos en hacer las maletas y guardar todo lo de Nemo.

Cuando llegamos al aeropuerto descubrimos que al ser un vuelo nocturno apenas irían unos treinta pasajeros en el avión, además de nosotras y la tripulación, por lo que la azafata dijo que no había problema en que lleváramos a Nemo en los asientos con nosotras.

Aprovechamos la espera en la puerta de embarque para comer algo, y acabé por apagar mi teléfono evitando así las llamadas y mensajes de Álvaro. Iker también llamó a Samanta, así como Santi y Alex llamaron a Leire, ellas no respondieron porque así se lo había pedido, necesitaba al menos estar en Madrid, a miles de kilómetros de él para que ellas respondieran esas llamadas y mensajes, o sabía que al decirles dónde estábamos, podría presentarse en el aeropuerto y no quería montar una escena allí, por muy de noche que fuera.

Una vez nos dejaron embarcar, Leire se acomodó en su asiento delante de nosotras, y solo cuando el avión despegó me permití derrumbarme, momento en el que Samanta me abrazó.

—Ya, cariño —me acariciaba la espalda.

—Sabía que no era más que una aventura para él, pero no así, no siendo su amante, y menos sabiendo que odio a mi padre precisamente por algo como eso.

—Lo he visto muy convencido en eso de que está divorciado, aunque no tenga el papel firmado.

—Ahora me cuadra todo, esas llamadas secretas que yo pensaba que eran por trabajo. Qué tonta he sido, Samanta qué tonta.

—Deberías haberte quedado y hablar con él.

—No, esto es lo mejor. Y en cuanto lleguemos a casa de mi padre, cogemos el coche y nos vamos, no voy a quedarme allí.

—Pues duerme un poco, anda —me pidió besándome la frente—. Si pretendes llegar a Madrid a las cinco de la madrugada y coger el coche, más vale que descanses. Eso sí, a tu padre y a Julia igual les da un infarto cuando llamemos a su puerta.

No, tampoco había avisado a mi padre de que estábamos de camino porque se lo podría decir a Alex y él, a Álvaro. Necesitaba poner distancia de por medio, y esa fue la mejor manera de hacerlo, sin que nadie, salvo nosotras, lo supiera.

—Sabía que no era más que una aventura para él, pero no así, no siendo su amante, y menos sabiendo que odio a mi padre precisamente por algo como eso.

—Lo he visto muy convencido en eso de que está divorciado, aunque no tenga el papel firmado.

—Ahora me cuadra todo, esas llamadas secretas que yo pensaba que eran por trabajo. Qué tonta he sido, Samanta, qué tonta.

—Deberías haberte quedado y hablar con él.

—No, esto es lo mejor. Y en cuanto lleguemos a casa de mi padre, cogemos el coche y nos vamos, no voy a quedarme allí.

—Pues duerme un poco, anda —me pidió besándome la frente—. Si pretendes llegar a Madrid a las cinco de la madrugada y coger el coche, más vale que descanses. Eso sí, a tu padre y a Julia igual les da un infarto cuando llamemos a su puerta.

No, tampoco había avisado a mi padre de que estábamos de camino porque se lo podría decir a Alex y él, a Álvaro. Necesitaba poner distancia de por medio, y esa fue la mejor manera de hacerlo, sin que nadie, salvo nosotras, lo supiera.

## Capítulo 28



El avión aterrizó en el aeropuerto de Madrid a las cinco en punto de la mañana, bajamos cargadas con nuestro equipaje, así como con las pertenencias de Nemo, que nos habían permitido subir al avión sin facturar, y fuimos en busca de la salida.

Una vez en la calle subimos al primer taxi que vimos y le di la dirección de casa de mi padre, eran las seis menos cuarto cuando lo llamaba al móvil para que nos abriera la puerta.

—¿Qué hacéis aquí, Cintia? —preguntó al vernos, Julia estaba a su lado y se mostraban los dos realmente preocupados.

—Eduardo, déjalas que pasen primero. ¿Queréis un café?

—No, Julia, no es...

—Anda qué no, café y tostadas —protestó.

Y se fue a la cocina, mientras nosotras dejábamos las cosas en la entrada y seguíamos a mi padre al salón.

—¿Qué ha pasado, hija? —insistió— No es normal que os presentéis aquí a esta hora de la mañana.

—Lo siento, pero si te avisaba... se lo dirías a Alex y quería evitarlo.

—¿Ha hecho algo vuestro hermano? —Frunció el ceño.

—No, papá, no es por Alex —contestó Leire, sacando a Nemo del transportín—. Es por Álvaro.

—Pues me vais a perdonar, hijas, pero estoy perdido. No sé si es por la edad, por la hora...

—Tu hija, que hay que sacarle a veces la información con pincitas —dijo Samanta—. Álvaro y ella...

—¿Te importa si se lo cuento yo? —protesté.

—No, no, adelante. Leire y yo vamos a dar de comer a Nemo y a ayudar a Julia con el desayuno, ¿verdad, cielo?

—Sí, mejor —contestó mi hermana.

Cuando nos quedamos solos me senté en el sofá al lado de mi padre, suspiré y me armé de valor para contarle lo que había pasado durante el viaje, omitiendo detalles, obviamente.

—Hasta que anoche en el concierto lo vi con su mujer —terminé.

—Con su exmujer, querrás decir. Ella no ha firmado el divorcio porque se lo está poniendo un poco difícil, pero hace más de un año que no están juntos.

—No me mientas, papá que vi cómo se miraban.

—A ver, mi niña —me cogió la mano y comenzó a acariciarla—. Dudo mucho que él la mirara con algo parecido a cariño, porque a diferencia de mí, él por su ex no sentía ni eso. No soy quién para contarte el pasado que tienen, eso le corresponde a Álvaro, pero no es algo bonito, hija. Ella le hizo mucho daño, te lo aseguro.

—No me dijo que estaba casado, y debería haberlo hecho.

—Es que no lo está, por mucho que haya un papel en el que ponga que legalmente siguen siendo matrimonio. Aunque tienes razón, podía haberte contado algo —suspiró—. Deberías hablar con él antes de volver a Sevilla.

—No vamos a Sevilla, seguimos con el plan del viaje, iremos a visitar a los padres de Samanta al pueblo, en Galicia.

—¿Os marcháis ahora?

—Sí, cuanto antes mejor.

—Hija, estás nerviosa, enfadada, y acabas de aterrizar después de varias horas de vuelo. Yo preferiría que descansarais aquí esta noche...

—¿Y darle tiempo a Álvaro a venir? No, no voy a hablar con él.

—A quién habrá salido tú de cabezona —volteó los ojos.

—A mi padre, según dicen.

—Dime al menos que esta no será la última vez que vea a mis hijas —me pidió mirándome con los ojos vidriosos

—. Sé que recuperar lo que teníamos, es algo imposible, pero me gustaría poder veros, hablar con vosotras. Esas cosas que hacen los padres y que, durante diez años, fui tonto y no hice.

—No te prometo celebrar las Navidades juntos, pero al menos una llamada al mes, te concedo.

—Con eso me conformo, mi niña —me dio un abrazo, y debía ser por el momento en el que me encontraba, pero no me aparté, sino que lo dejé hacerlo.

Julia apareció con una bandeja y con tazas para todos, la cafetera y la leche, y detrás llegaron Samanta y Leire con platos con tostadas, croissants, mantequilla y mermelada, y el pequeño Nemo corría con sus pequeñas patitas detrás de mi hermana.

—Pero bueno, mira cómo corre el pequeñajo —rio mi padre—. Creo que se ha quedado con hambre y quiere pan.

—Pues se ha comido su latita de comida blanda y no ha dejado ni la salsita —contestó Julia—. ¿A que es una monada, Eduardo?

—Uy, me conozco yo ese tono de voz —dijo mi padre—. Julia, no te encariñes con el gato que se lo llevan las niñas de vuelta para Sevilla.

—Hombre, este es suyo, pero uno para mí, ahora que el niño se va a poner a trabajar igual que tú...

—Esa es otra, vuestro hermano no quiere ni oír hablar de contabilidad. Va a empezar a trabajar en la discográfica y a sacarse el curso de administración a distancia —suspiró mientras se sentaba—. Pero bueno, por lo menos sé que donde va a estar trabajando, es un buen sitio.

Desayunamos mientras Julia nos preguntó por el viaje y fueron Leire y Samanta quienes más hablaron, yo me limité a comer y tomarme el café mientras seguía con el móvil apagado evitando llamadas y mensajes de Álvaro y de Alex.

Cuando terminamos, Julia nos preparó unos sándwiches para el viaje, así como algunas botellas de zumo y agua fría que guardamos en la nevera de viaje, y nos despedimos de ellos.

—Habla con él, hija, no hagas lo que yo hice, no desaparezcas de su vida —me pidió mi padre, mientras me agarraba ambas mejillas para darme un beso en la frente—. Aunque no quieras hacerlo ahora, pero hazlo.

—Si os llama no le digáis nada, por favor —dije, y él suspiró antes de asentir.

Subimos al coche después de guardar todo el equipaje y pusimos rumbo hacia la carretera.

No iba a irme todavía hasta Galicia precisamente porque en el vuelo apenas había dormido, y aunque bebí café y

llevaba zumos, agua e incluso comida, no quería darme una paliza por lo que conduje durante un par de horas y paramos en un hotel de carretera a pasar el resto del día allí.

—Es Santi otra vez —dijo Leire después de instalarnos las tres en la misma habitación.

—Puedes hablar con él, pero no le digas dónde estamos, ni dónde vamos —le pedí.

—Vamos, que le mientas —contestó Samanta.

1

—No es mentir, es omitir la verdad.

—Eres consciente de que por mucho que ahora huyas, ese hombre es capaz de mover cielo y tierra con tal de encontrarte, ¿verdad? —Samanta arqueó la ceja.

—Pues que me busque donde quiera, ya sabes que quien no quiere ser encontrado, no lo es.

—Desde luego, eres cabezota, ¿eh? —volteó los ojos— Cariño, Álvaro está enamorado de ti hasta las trancas, y cuando te des cuenta de ello, dirás: “pero qué razón tenía Samanta”. Y sí, la tendré, porque a pesar de tu cabezonería, sabes que la tengo.

—Me voy a dar una ducha —dije sacando ropa limpia de la maleta—. Después si queréis nos vamos a dar una vuelta por el pueblo a ver dónde podemos comer.

—Salimos mañana por la mañana entonces, ¿no?

—Sí, después de desayunar tranquilamente, a las diez, o las diez y media —fui hacia el cuarto de baño y las dejé allí para que hablaran con Iker y Santi si querían, yo por mi parte seguía con el móvil apagado.

)

Y sí, quizás debería haberme quedado para hablar con él, pero no me había contado algo tan importante como eso a pesar de que yo me abrí para él y le conté mi secreto.

Qué tonta había sido por llegar a pensar que tal vez sí podríamos haber tenido algo, que yo podría ser algo más que una aventura.



llevaba zumos, agua e incluso comida, no quería darme una paliza por lo que conduje durante un par de horas y paramos en un hotel de carretera a pasar el resto del día allí.

—Es Santi otra vez —dijo Leire después de instalarnos las tres en la misma habitación.

—Puedes hablar con él, pero no le digas dónde estamos, ni dónde vamos —le pedí.

—Vamos, que le mientas —contestó Samanta.

—No es mentir, es omitir la verdad.

—Eres consciente de que por mucho que ahora huyas, ese hombre es capaz de mover cielo y tierra con tal de encontrarte, ¿verdad? —Samanta arqueó la ceja.

—Pues que me busque donde quiera, ya sabes que quien no quiere ser encontrado, no lo es.

—Desde luego, eres cabezota, ¿eh? —volteó los ojos— Cariño, Álvaro está enamorado de ti hasta las trancas, y cuando te des cuenta de ello, dirás: “pero qué razón tenía Samanta”. Y sí, la tendré, porque a pesar de tu cabezonería, sabes que la tengo.

—Me voy a dar una ducha —dije sacando ropa limpia de la maleta—. Después si queréis nos vamos a dar una vuelta por el pueblo a ver dónde podemos comer.

—Salimos mañana por la mañana entonces, ¿no?

—Sí, después de desayunar tranquilamente, a las diez, o las diez y media —fui hacia el cuarto de baño y las dejé allí para que hablaran con Iker y Santi si querían, yo por mi parte seguía con el móvil apagado.

Y sí, quizás debería haberme quedado para hablar con él, pero no me había contado algo tan importante como eso, a pesar de que yo me abrí para él y le conté mi secreto.

Qué tonta había sido por llegar a pensar que tal vez sí podríamos haber tenido algo, que yo podría ser algo más que una aventura.

## Capítulo 29



Tal como acordamos el día anterior, salimos del hotel para emprender viaje a las diez y media, teníamos unas cuatro horas por delante hasta llegar al pueblo de los padres de Samanta, por lo que a la una paramos a comer y estirar las piernas en un bar de carretera, retomando el camino después de un café.

Finalmente llegamos al pueblo a las cuatro, porque nos encontramos con un atasco por un corte por obras en la carretera, por suerte llevábamos bebidas, algunas chuches y música con la que pasar el tiempo.

En cuanto Samanta llamó a la puerta de la casa y abrió su madre, empezaron los gritos de alegría.

—¡Ay, mi niña! —Gloria, la madre de Samanta, la abrazó y empezó a llorar— Pero hija, ¿cómo no avisaste de que veníais?

—Porque entonces no te habríamos dado una sorpresa —contestó, volteando los ojos.

Gloria era una versión más mayor de Samanta, verlas juntas era tener la certeza de cómo sería mi mejor amiga en unos años.

—¡Damián, ven! —llamó al padre de Samanta.

—¿Qué pasa, mujer? ¿Hay fuego o...? ¡Hija mía! —gritó también al verla— Por Dios, pero guapa estás.

—Hola, papá —sonrió.

—Cintia, Leire, me alegro de veros, niñas —Gloria nos abrazó y besó igual que a su hija, y Damián también.

Cogimos las maletas y las cosas de Nemo y fuimos a instalarnos en las habitaciones, Samanta tenía la suya propia y mi hermana y yo compartíamos una.

Colocamos el recinto para Nemo allí y lo primero que hizo fue recostarse junto a la ventana que había, una que por suerte era del suelo al techo y a él le venía como anillo al dedo para ver el prado de la parte trasera de la casa donde pastaban algunas vacas y ovejas de los vecinos.

Regresamos al salón y los padres de Samanta preguntaron cuándo habíamos salido de Sevilla, momento en el que mi mejor amiga les contó el viaje que habíamos tenido, empezando por la noticia de que habíamos vuelto a saber de nuestro padre.

Ellos, que vivieron en aquella época mis días de llantos en la habitación de su hija y que se ofrecieron a buscarlo si yo algún día así lo quería, sonrieron con tristeza pues se alegraban de que de algún modo estuviéramos retomando el contacto.

Les habló del viaje a Ibiza para ir al concierto y también a Londres, así como les habló de Iker y Pablo, lo que hizo que sus padres se miraran con una sonrisilla de esas cómplices que solo quienes llevaban toda una vida junto conociéndose podían entender.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Samanta.

—A que te has enamorado, hija —respondió Gloria, sin dejar de sonreír.

—Pues sí, pero ya se me pasará, que este ha sido un amor de verano, y nada más.

—Bueno, eso dije yo de tu padre, y aquí estamos, treinta y cinco años después —Gloria miró a Damián, y él a ella.

Se notaba ese amor tan grande que sentían el uno por el otro, uno de esos que siempre quise tener, pero ni con mi ex pude, ni con Álvaro tampoco.

—Así que habéis estado con vuestro hermano —dijo Damián mirándome, y asentí.

—Se me hace raro aún eso de referirme a él así, la verdad, pero es lo que es, forma parte de la vida de mi padre y tengo que asumirlo. No será como antes, perdí a mi padre y durante años pensé que no quería que lo buscara porque se había cansado de nosotras igual que de mi madre, y resulta que tampoco es que ella le hubiera dado muchas opciones.

—Bueno, pero ahora ha vuelto a vuestras vidas y podéis veros más a menudo —comentó Gloria.

—Sí, sin forzar demasiado porque no me veo yo celebrando las Navidades como si fuéramos una familia feliz, pero sí.

—Bueno, ¿y cuánto habéis pensado quedaros? —curioseó Damián.

—Unos días, tal vez una semana, o dos, quién sabe —rio Samanta.

—Sí, porque prisa por volver no tenemos —comentó Leire—. Que aún queda mucho verano por delante.

—Pues llegáis justo a tiempo para las fiestas de la virgen, que empiezan dentro de dos días. Tocarán un par de orquestas, habrá limonada, raciones de pulpo, tortillas, marisco... Vais a disfrutar, ya veréis —sonrió Gloria.

—Mira qué bien, vamos a pasarnos todo el verano de concierto —rio Samanta—. Esto es como haber ido a un festival de música, pero si dormir en tiendas de campaña.

—Desde luego, y sin clavarnos las piedras con el saco de dormir, que todavía me acuerdo de aquel festival en Córdoba al que fuimos hace tres años —volteé los ojos.

s

—Vamos a dar un paseo a ver cómo está el pueblo —dijo Samanta y sus padres asintieron.

—A la vuelta pasamos por el obrador y cogemos un pan de hogaza para la cena, que os voy a preparar una tortilla y unos pimientos —nos pidió Gloria.

—Mamá, no sabes cuánto echaba yo de menos tus tortillas —Samanta le dio un sonoro beso en la mejilla—. Mira que lo intento, pero no me salen igual, ¿eh?

—Ya te saldrán, ya —rio Damián.

Para ir por el pueblo no hacía falta ni que cogiéramos los bolsos, allí se conocía todo el mundo y hasta para comprar en la tienda una bolsa de patatas y unos refrescos, lo apuntaban a la cuenta de la casa de sus padres para final de mes, pero tanto Samanta, como yo, teníamos claro, al igual que habíamos hecho otras veces, iríamos a pagar todo lo que compraran sus padres para esos días que estuviéramos allí.

Lo único que llevábamos eran los móviles, y mientras estábamos sentadas en un banco en la plaza, lo encendí.

Las notificaciones de llamadas perdidas, así como los mensajes de Álvaro y Alex no se hicieron esperar.

Leí los de mi hermano y en todos me pedía que, por favor, le dijera que estaba bien, con eso le valía.

Me aparté un poco y le escribí para decírselo, no tardó en llamar. Descolgué sin decir nada, esperando escuchar su voz, no fuera a ser que le hubiera dado el móvil a Álvaro.

—¿Hermana?

—Dime.

—Joder, menos mal —suspiró—. ¿Estás bien de verdad?

—Sí, Alex, estoy bien.

—¿No me engañas? Bueno, vale, tendré que creerte que para eso tú eres la mayor. ¿Habéis vuelto a Sevilla? Leire no me dice nada.

—Sigue instrucciones, le pedí que no te dijera nada, y a Santi tampoco.

—Pues está el pobre pensando que no va a ver más a su chica —rio, y yo con él—. Que se ha enamorado mi mejor amigo de mi hermana pequeña, ¿qué te parece?

—Yo creo que ella también, pero no te he dicho nada.

—Venga ya, ¿me estás diciendo que tenemos un secreto de hermanos? Esta noche me bebo una botella de vino a tu salud.

—Beber solo, es de borrachos.

—Eso díselo a Álvaro, que no ha soltado la botella de whisky desde que llegamos del concierto la otra noche.

—¿Seguís en Londres? —pregunté, aunque no debería.

—Sí, el grupo tenía hoy una entrevista aquí, nos iremos mañana seguramente.

—Bueno, espero que tengáis un buen vuelo de vuelta.

—Hermana, sé que no querrás oír esto, pero...

—Si es sobre Álvaro y su mujer, no, no quiero.

—No están casados, al menos fuera del papel que dice que siguen siendo un matrimonio. Esa mujer no ha querido ceder nunca, y ahora que sabe de tu existencia, menos. Álvaro se ha enamorado de ti, Cintia, de eso que no te quepa la menor duda.

—No lo creo, pero gracias por intentar animarme. No le digas que hemos hablado, ¿vale?

—¿Más secretos entre hermanos? Estoy en racha contigo, ¿eh? Al final me vas a coger cariño, y algún día hasta me pedirás que sea el padrino de uno de tus hijos, que me vas a querer tanto como a Leire.

—Sí que apuntas alto, sí —reí—. Adiós, Alex.

—Adiós, hermana. Cuídate, ¿ok?

—Vale.

!

Colgué y cuando regresé con las chicas, empecé a llorar y me abrazaron.

—Tienes que hablar con él, hermanita —dijo Leire.

—Ahora mismo no puedo, es que no puedo —sollocé.

—Date tiempo, cariño, pero hazme caso y no dejes que algo que podría ser tan bonito, muera antes de tiempo.

Asentí, sabiendo que tenía razón, pero necesitaba ese tiempo para pensar en qué decirle y cómo hacerlo sin meter la pata y estropearlo todo más de lo que estaba.

,

—Vale.

Colgué y cuando regresé con las chicas, empecé a llorar y me abrazaron.

—Tienes que hablar con él, hermanita —dijo Leire.

—Ahora mismo no puedo, es que no puedo —sollocé.

—Date tiempo, cariño, pero hazme caso y no dejes que algo que podría ser tan bonito, muera antes de tiempo.

Asentí, sabiendo que tenía razón, pero necesitaba ese tiempo para pensar en qué decirle y cómo hacerlo sin meter la pata y estropearlo todo más de lo que estaba.

## Capítulo 30



Llevábamos dos días en el pueblo, y era increíble el modo en el que aquel lugar nos llenaba de energía.

Conectar con la naturaleza como podíamos hacerlo allí, pasear por los prados disfrutando del silencio y la paz que te rodeaba, era una sensación increíble.

Y a pesar de que, tanto a Samanta, como a Leire, les gustaba eso de dar paseos por la naturaleza, yo los disfrutaba mucho más. La tarde anterior incluso me llevé al pequeño Nemo en una mochilita, llamadme loca, pero aquel gatito iba de lo más tranquilo observando todo.

Pero se acabó la tranquilidad puesto que la famosa fiesta de la virgen se celebraba hoy, y todo el pueblo estaba en la plaza comiendo, riendo, bebiendo y bailando desde bien temprano.

Eran las ocho y media de la tarde cuando salimos los cinco de casa, vestidos para la ocasión, y fuimos dando un paseo hasta la plaza para disfrutar de la fiesta.

Yo estaba allí, pero mi mente andaba en otra parte, o más en bien en otra persona, pues no por mucha distancia que hubiese puesto, Álvaro no se me iba de la cabeza.

Lo quería y eso no iba a cambiar de la noche a la mañana, y lloré lo que no estaba escrito al leer sus mensajes cuando encendí el móvil la noche anterior.

Solo me pedía hablar, quería que le perdonara por no haberme contado algo tan grande como eso, pero no creyó que fuese a enterarme, puesto que su exmujer, para él no era nada más que eso, no debería haber estado en Londres.

No lloré por lo que decía, sino porque recordaba cada momento con él, cada mirada, cada beso, el modo en el que me tocaba y me hacía sentir especial, única, como si lo fuera todo para él, pero ante los ojos de todo el mundo él seguía casado, por mucho que estuvieran haciendo vidas separadas.

Eso por no hablar de que una persona que no tiene interés alguno en otra, no se muestra tan cercana y cariñosa como ella se mostraba con él la noche que los vi.



Cuando llegamos a la plaza fuimos directos a la zona donde ofrecían los pinchos para cenar, había tapitas de pulpo, tortilla, montaditos de chorizo, de morcillo, pinchos de carne... El padre de Samanta cogió un plato de cada uno para compartir con nosotras y empezar a cenar, eso por no hablar de que nos dio un vaso de vino a cada una, menos a Leire, que le dio un refresco.

—En un par de años te unes al vino con nosotros, hasta entonces, refresco —le dijo, y ella sonrió.

—Ya lo ha probado, que la he visto yo, pero no le gusta —comenté.

—Era afrutado y no estaba mal, pero no sé si alguna vez me gustará.

—Seguro que sí, tu hermana decía lo mismo —rio Samanta.

—Damián, Gloria —nos giramos al escuchar la voz de un hombre llamarlos, y vimos acercarse al párroco del pueblo—. Pero qué bien acompañados os veo.

—Don Pedro, buenas tardes —lo saludó Gloria—. Ya ve, con la juventud al lado para sentirnos jóvenes otra vez —sonrió—. Ella es nuestra hija Samanta, y sus amigas, también como si fueran hijas nuestras, Cintia y Leire.

—Buenas tardes, don Pedro —dijimos las tres al unísono, que parecíamos un coro de iglesia.

—¿Vais a mudaros al pueblo? Hay que repoblarlo, que faltan jóvenes y los que hay, buscan pareja en otras aldeas o ciudades.

Se notaba que don Pedro tenía más de sesenta años y al igual que su antecesor, buscaba llenar el pueblo de jóvenes y niños que le dieran vida antes de dejar la iglesia.

—No, nosotras seguiremos en Sevilla, que allí tenemos el trabajo —contestó Samanta.

—Una pena, porque aquí hace falta la alegría de más niños que llenen de risas las calles del pueblo. Disfrutad de la fiesta, hijas mías, y espero veros en misa de domingo.

—Descuide, don Pedro, que allí estaremos —sonreí, y se alejó.

—Pues como le contemos nuestros pecados, aparte de escandalizarle, nos acaba excomulgando, te lo digo yo —dijo Samanta y nos echamos todas a reír.

Seguimos allí disfrutando de la comida y el vino, y debía ser eso lo que había provocado que yo tuviera alucinaciones, pero de las grandes, pues me había parecido ver a Santi por allí, pero eso era imposible.

Damián bailó con todas, y decía que estaba siendo la envidia de la plaza de lo guapas que éramos las cuatro. Yo no podía reírme más con ese hombre, de verdad, que nos cogió a las tres por banda y nos llevaba bailando hasta el acentro.

Y en esa última que regresamos nosotros y cogió a su mujer para el baile, al girarme sonriendo perdí la sonrisa y se me abrieron los ojos como platos.

—No puede ser —dije, y mi hermana y Samanta se acercaron al escucharme.

—¿Qué pasa? —preguntó Samanta.

—O se me ha subido mucho el vino y estoy teniendo visiones, o es que veo a Álvaro en cada esquina a la que mir aquí, en Madrid o donde esté.

—No son visiones, hermanita, que está ahí parado con los pantalones beige, el polo azul marino y las deportivas, vaya.

—¿También lo ves, entonces?

—Lo estoy viendo hasta yo, Cintia —dijo Samanta.

Y cuando lo vi caminando hacia mí, bien sabía Dios que no me caí al suelo de la impresión porque me estaba agarrando a la mesa que tenía al lado, porque de lo contrario ya estaría sentada y con dolor en el trasero como la primera vez que lo vi.

—Pues Santi no anda lejos —dije—, porque me pareció verlo antes.

—¿Santi también está aquí? —grito mi hermana— ¿Dónde?

—Detrás de ti, pequeña —escuchamos su voz, nos giramos, y mi hermana gritó lanzándose a sus brazos—. Yo también me alegro de verte —le susurró con los ojos vidriosos, y fue mi hermana quien le dio un beso rápido en los labios.

—Ay por favor, qué bonito, voy a llorar —dijo Samanta, y vimos que le ofrecían un pañuelo—. Gracias... ¡Iker!  
—gritó— Pero, ¿qué haces aquí?

—Venía a ver a mi chica —le hizo un guiño y la cogió de la mano para besarla.

—No espero un recibimiento así —me giré al escuchar la voz de Álvaro, y ya tenía yo las lágrimas queriendo salir—. Pero me encantaría —sonrió—. Hola, preciosa.

—Hola, Álvaro —incliné la mirada y pasé los dedos por mis mejillas retirando esas gotas saladas que habían escapado sin mi permiso.

Noté sus brazos rodeándome y cuando su calor y su olor me invadieron, cerré los ojos apoyando la frente en su pecho y cedí al llanto descontrolado.

Álvaro me dio un beso en la cabeza y nos quedamos allí en silencio, abrazos hasta que empecé a escuchar una de las canciones del grupo, una que para mí en ese momento tenía un gran significado porque hablaba de ese amor que sentía.

Y cuando acabó, miré a Álvaro al fin con mis ojos llenos de lágrimas y él las retiró con sus pulgares antes de inclinarse y besarme en los labios, un beso rápido y fugaz, pero de esos que dejaban huella y que significaban más de lo que alguien pudiera imaginar.

—Necesito que hablemos, preciosa —murmuró, y asentí.

—Recuerda lo que hablamos —miré a mi izquierda y vi a Alex—. Si le haces daño otra vez, no respondo.

—Alex —se me quebró la voz.

—Te lo dije, sois mis hermanas y haré lo que sea por vosotras —me hizo un guiño y no pude evitar abrazarlo—. Ha sufrido mucho estos días, Cintia, te quiere más de lo que imaginas —susurró en mi oído.

Le acaricié la mejilla a Alex y me giré para ir a algún lugar más tranquilo donde hablar con Álvaro. Fuimos caminando hasta la parte del riachuelo que cruzaba el pueblo, y allí nos sentamos en un banco.

—Sé que debí contártelo, y siento no haberlo hecho —comenzó a decirme—. Tú me contaste un secreto y tenía que haber hecho lo mismo, pero te aseguro que esa mujer significa tan poco para mí, que no le di importancia, aunque ahora veo que sí la tenía.

—Si ella no firma, seguís casados —murmuré mientras miraba mis manos sobre el regazo.

—El divorcio es inminente, Cintia —me cogió la mano y dio un leve apretón—. Era ella quien no quería firmar, llevaba un año así pensando erróneamente que volveríamos. Pero no puedo perdonar lo que me hizo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué os separasteis?

—Llevo un año queriendo que firme los papeles, pero no quería hacerlo. Hace catorce meses me enteré por casualidad de que estaba embarazada, eso me hizo ilusión, no te lo voy a negar, porque adoro a Pablo y tener un hijo y disfrutar de él como veía a Iker con el niño, era perfecto. Pero me enteré demasiado tarde, porque cuando le pregunté sobre ello me dijo que ya no había niño, que ella no quería hijos...

—No sigas, por favor —le pedí con el corazón roto—. Me hago una idea de lo que hizo —miré a Álvaro y asintió

—Se lo reproché, porque hizo aquello sin decirme nada, y le pedí el divorcio. Me fui de casa, me alojé unos días con Iker y el niño hasta que encontré un piso para mí solo, hablé con el abogado y tras redactar el divorcio firmé los papeles y se los hice llegar. No quería firmar, y así ha estado el último año, incluso me pedía que volviera a casa y que tuviéramos un hijo. Pero no quise. Un hijo es algo fruto del amor, y no un mero objeto.

—Lo siento mucho —le di un apretón en la mano—. Pero debiste contármelo, no me habría sentido tan idiota como esa noche. Y al menos me habría quedado mucho más claro que lo nuestro sí que era solo una aventura para ti.

;

—No digas eso —me miró con el ceño fruncido y sostuvo mis mejillas entre sus manos—. No eres una aventura, Cintia, no lo eres. Te amo, preciosa, no imaginas cuánto. Estos días sin ti han sido una puta tortura, no saber dónde estabas me mataba. Y no quiero seguir pasando por eso, te quiero a mi lado, te necesito a mi lado.

—¿Quién os ha dicho dónde estábamos?

—Tu padre se lo dijo a Alex.

—Qué bien —volteé los ojos.

—Vente conmigo, si me quieres como creo que lo haces, te juro que te cogeré de la mano y no la soltaré nunca.

—No es que te quiera —se me caían unas lágrimas como puños—, es que te amo tanto que no he podido olvidarme de ti.

—Mi amor —me abrazó y no pude dejar de llorar.

Álvaro me besó con esa ternura que tantas veces había mostrado, y sentí que mi lugar estaba con él, a su lado, yendo de la mano donde fuera que el camino nos llevase.

—Y yo que creí que nunca volvería a enamorarme ni a pedir matrimonio a nadie —dijo con una sonrisa.

—Pero si no me has pedido nada.

—Tú dame tiempo, preciosa —hizo un guiño, y volvimos a besarnos.

Regresamos a la plaza poco después, cogidos de la mano y tanto Samanta, como mi hermana, lloraron al vernos.

! Se presentó a sí mismo como mi futuro prometido a los padres de Samanta y desde ese instante, todo fueron risas, sonrisas, besos, abrazos y bailes, hasta que acepté volver con él de la mano y prometí no soltarla nunca.





## Capítulo 31



Habían pasado dos semanas desde que Álvaro fue a buscarme al pueblo de los padres de Samanta, donde estuvimos disfrutando todos de un par de días de relax rodeados de naturaleza.

Tres días después estábamos de vuelta en Madrid, cenando en casa de mi padre, donde tuve una conversación a solas con él y en la que lloramos los dos.

Le dije que quería recuperar algo de aquello que una vez tuvimos como padre e hija, que daría una oportunidad a nuestra relación y que le perdonaba porque entendía que contra el amor no se podía hacer nada, y que entendía que no quisiera buscarnos para así evitar que mi madre hiciera algo peor que prohibirle vernos.

Los dos dijimos que nos gustaría vernos más a menudo y a pesar de que yo regresaba a Sevilla con Leire y Samanta, no había pasado un solo día sin que me llamara o escribiera un mensaje para ver cómo estaba.

En Madrid dejé a Álvaro, y con él se quedó gran parte de mi corazón, pero me pidió que lo esperase, que no se me ocurriera irme con nadie en Sevilla porque iba a ir a por mí.

Ya le había dejado claro que yo de Sevilla no me movía, que allí tenía mi trabajo y mi vida, y sonrió, sin decir una sola palabra al respecto, tan solo sonrió.

En el tiempo que llevábamos cada uno en su casa habíamos hablado muy a menudo, todos los días me enviaba un mensaje de buenas noches y me decía cuánto me quería.

Samanta e Iker también habían hablado sobre su futuro, y ella estaba un poco más dispuesta que yo al cambio, a decir adiós a la vida que conocía y mudarse a Madrid con él y el pequeño Pablo, algo que aún seguía barajando.

La relación con Alex iba mejorando cada día, y aunque me seguía resultado extraño llamarle hermano, lo hacía. El vínculo que estábamos formando los dos con Leire era impresionante, y me alegraba que mi hermana pudiera contar no solo conmigo, sino con él, con nuestro padre y con Julia cuando necesitara cualquier cosa.

Y qué decir de Santi, que tenía a mi hermana como una reina y le escribía y llamaba cada día. Ese sí que iba a ser un primer amor que, estaba segura, sería para siempre.

Acabábamos de terminar de guardar la compra que habíamos hecho, estábamos tomando batido fresquito y riendo por algo que Santi le había enviado, cuando llamaron al telefonillo.

—Voy yo, que seguro es el cartero o propaganda —dijo tras acabarse el batido, y saqué unas manzanas para trocearlas y hacer una tarta para merendar esa tarde, que había quedado Samanta en venir a vernos.

Estaba a punto de hacer el primer corte, cuando escuché su voz, la de Álvaro, y me giré con los ojos abiertos.

—Pero, ¿qué haces aquí? —grité yendo a abrazarlo.

—Tengo una sorpresa para ti —me besó.

—¿Además de que estés aquí? —reí.

—Sí. ¿Estás lista para salir?

—¿Salir? ¿Dónde vas a llevarme?

—Ya lo verás —sonrió.

—Vale, espera que cojo el móvil y el bolso —dije, y cuando fui a salir de casa mi hermana estaba sonriendo—. Tú sabías que iba a venir, por eso has abierto.

?

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho— No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

<sup>1</sup>—Menuda compinche estás hecha —reí.

Álvaro y yo salimos de mi piso y una vez bajamos a la calle, abrió la puerta del coche para que me sentara, me dio un beso y lo vi sonreír la mar de feliz. No sabía dónde pretendía llevarme ni qué quería que viera, y me tenía de lo más intrigada.

Por más que le pregunté no me daba respuestas, solo que esperase a verlo. Pues nada, paciencia la mía de esperar hasta que llegamos a las afueras de la ciudad.

<sup>1</sup>—¿Qué hacemos en esta urbanización? —Fruncí el ceño.

—¿La conoces?

—Sí, es una de las más caras y lujosas de Sevilla.



—¿Y te gustan las casas?

—Cuando me quedé sola con Leire pensé en mudarme a otro sitio, vi un par de anuncios de estas casas y son bonitas, pero no aptas para mi bolsillo de maestra —sonreí, y vi que paraba delante de una de ellas.

—Me alegra haber acertado —dijo mientras bajaba del coche, y abrí mi puerta para bajar también.

—¿Cómo has dicho? ¿Por qué te alegras? —Fruncí el ceño.

—Porque he comprado esta casa —contestó cogiéndome la mano y me llevó hasta la puerta, la abrió y entramos—. Bienvenida a nuestra casa, preciosa —me abrazó desde atrás y besó mi cuello.

—¿Has comprado esta casa?

—Ajá.

—Y vendrás los fines de semana, imagino.

—¿Es que no me vas a dejar vivir aquí contigo?

—Álvaro, o te explicas, o no entiendo nada.

—Es nuestra casa, Cintia, la he comprado para vivir juntos.

—Pero, tú tienes la discográfica en Madrid y...

—Puedo dirigirla desde cualquier lugar —sonrió y me besó de nuevo—. Además, tengo el avión para ir y venir cuando me necesiten. No voy a arriesgarme más tiempo a perder a la mujer que amo —otro beso, y yo ya estaba temblando—. Quiero que te cases conmigo —dijo mirándome fijamente, y sacó una cajita del bolsillo del pantalón.

Cuando la abrió vi un bonito anillo de oro blanco con un par de diamantes y me eché a llorar, cubriéndome la boca con ambas manos.

—Álvaro...

—Quiero que seas mi mujer, Cintia —dijo mientras me ponía el anillo—. No voy a poder darte una boda por la iglesia porque ya estoy casado por ella... pero te prometo la mejor boda que jamás hayas imaginado. Te quiero a mi lado el resto de mi vida, quiero que construyamos nuestro futuro y que tengamos una familia. Esta casa tiene cinco habitaciones —elevó ambas cejas.

—¿Me estás pidiendo cuatro hijos?

—Yo con dos me conformo, si vienen más, bienvenidos sean —sonrió.

—Madre mía, estás loco —reí abrazándolo.

—Por ti, preciosa. Y, ¿sabes? Tenías razón en algo, fuiste una aventura, pero no como imaginas. No se trataba de una simple aventura por sexo, sino una aventura de esas que piensas que quieres vivir cada día. La aventura de sentir amor, deseo y pasión por una misma persona, la aventura de aprender juntos cada día. Fuiste una aventura porque hiciste que volviera a sonreír y a creer en que el amor de verdad existe —dijo sosteniendo mis mejillas entre sus manos, se inclinó y volvió a besarme.

—Me caso contigo, Álvaro —lloré—, claro que me caso contigo.

—Vamos, te enseño la casa, aunque si ya la habías visto... ¿Y si mejor empezamos a practicar eso de hacer bebés? —sonrió con picardía.

—Lo que te digo, loco de remate —reí.

—Si estar enamorado de ti es sinónimo de locura, sí, estoy rematadamente loco —dijo cogiéndome en brazos como si aquella fuera nuestra noche de bodas, y subió las escaleras hasta llevarme a nuestra nueva habitación.

—¿Me estás pidiendo cuatro hijos?

—Yo con dos me conformo, si vienen más, bienvenidos sean —sonrió.

—Madre mía, estás loco —reí abrazándolo.

—Por ti, preciosa. Y, ¿sabes? Tenías razón en algo, fuiste una aventura, pero no como imaginas. No se trataba de una simple aventura por sexo, sino una aventura de esas que piensas que quieres vivir cada día. La aventura de sentir amor, deseo y pasión por una misma persona, la aventura de aprender juntos cada día. Fuiste una aventura porque hiciste que volviera a sonreír y a creer en que el amor de verdad existe —dijo sosteniendo mis mejillas entre sus manos, se inclinó y volvió a besarme.

—Me caso contigo, Álvaro —lloré—, claro que me caso contigo.

—Vamos, te enseño la casa, aunque si ya la habías visto... ¿Y si mejor empezamos a practicar eso de hacer bebés? —sonrió con picardía.

—Lo que te digo, loco de remate —reí.

—Si estar enamorado de ti es sinónimo de locura, sí, estoy rematadamente loco —dijo cogiéndome en brazos como si aquella fuera nuestra noche de bodas, y subió las escaleras hasta llevarme a nuestra nueva habitación.

## Capítulo 32



Dos meses después...

Estaba en mi habitación terminando de arreglarme con la ayuda de mi hermana, Samanta y Julia, y no podía dejar de sentir esos nervios que tenía desde hacía una semana.

—Para ya con el pie, chiquilla, que me estás poniendo nerviosa a mí —dijo Samanta, dándome un leve manotazo en el hombro—. Al final la jodida horquilla te la voy a poner donde no es.

—Lo siento, estoy de los nervios, ¿qué quieres que haga?

—No me digas, y yo sin darme cuenta —volteó los ojos.

—A ver, es normal estar nerviosa el día de tu boda, cielo —dijo Julia con una sonrisa mientras preparaba el collar de perlas que me iba a prestar para ese día—. Una no se casa todos los días.

—Pero estás preciosa, hermana, así que quédate con eso —sonrió Leire.

—¿Y si se echa para atrás? —pregunté, porque era lo que me había estado rondando la cabeza toda esa semana.

—O sea, ese hombre hizo que su ex firmara el jodido divorcio al día siguiente de que tú desaparecieras de su vida fue a buscarte a Galicia, compró esta casa, vendió la de Madrid y se mudó aquí ese mismo fin de semana, ¿y se va a echar atrás ahora, a menos de media hora de casarse? Sería para tirarlo al Guadalquivir y sin salvavidas, vamos —resopló Samanta.

—No se va a echar atrás, cielo, Álvaro te quiere con locura —Julia sonrió mientras apoyaba la mano en mi hombro, mirándome a través del espejo.

Cuando Samanta terminó de peinarme, me puse las joyas y eché un vistazo a mi aspecto. El vestido era una preciosidad, entallado, con una pequeña cola, de tirante fino y con unos volantitos en la parte delantera de modo que al caminar se me veía una pierna.

Cuando escuchamos un par de golpecitos en la puerta y dimos paso, mi padre se asomó sonriendo.

—¿Cómo está la novia? —preguntó.

—¿Además de nerviosa? Lista para bajar —contestó Samanta.

—Pues vamos, que hay un novio esperando en el jardín —dijo mientras me ofrecía su brazo.

—Voy a hacer pis, que el bebé me presiona otra vez —comentó Samanta, pues nos habíamos enterado hacía un mes de que estaba embarazada, y ya iba por su tercer mes de gestación, algo que a Iker le hizo feliz, pero no tanto como a Pablo, que estaba encantado con la idea de ser hermano mayor.

Cuando las tres me abrazaron y salieron de la habitación, mi padre sonrió acariciándome la mejilla.

—Estás preciosa, hija. Y pensar que estuve diez años pensando que nunca viviría esto, ni contigo ni con tu hermana.

—Ya ves, la vida puede sorprendernos a veces —sonreí.

—Desde luego, y qué sorpresas nos da. Me alegra que vayas a casarte con Álvaro, en un buen hombre, hija, y te ama con todo su corazón.

—Yo también lo amo, papá —confesé.

—Lo sé, no hay más que ver cómo os miráis. Sé que no lo he dicho antes, y debería haberlo hecho, pero quiero que sepas que estoy orgulloso de la mujer que eres, y de cómo cuidaste de tu hermana. Lo he hablado con tu futuro marido también, y os estoy muy agradecido por cuidar de Leire, porque tenerla con vosotros en esta casa.

—Es mi hermana, no iba a dejarla sola. Y eso Álvaro lo tenía claro desde el principio sin que yo le pidiera que viviera con nosotros.

—Vamos, antes de que a ti te dé un ataque de nervios, y a él un infarto por seguir esperando.

Me dio un beso en la frente y salimos de la habitación para bajar hasta el jardín de la casa en la que vivíamos desde que me la enseñó.

Al ir a la puerta del salón por la que se accedía al jardín trasero, sonreí al ver a Álvaro esperando en aquel arco de madera rodeado de flores, con nuestra familia y amigos como compañía para ese gran día, por no hablar del grupo de música que comenzó a tocar y cantar en cuanto me vieron salir.

Mi padre me llevó hasta el hombre con el que iba a casarme, le dio mi mano y le pidió que me cuidara como él no

había hecho durante su ausencia, nos deseó que fuéramos muy felices y que jamás dejáramos de amarnos.

Se me saltaron las lágrimas y Álvaro no dudó en retirarlas con sus pulgares mientras me miraba fijamente y sonreía.

—Estás preciosa, cariño —murmuró.

—Tú también te ves muy guapo.

El oficiante comenzó con la ceremonia y apenas unos minutos después, entre lágrimas y sollozos de mi hermana, de Samanta y Julia, así como de las mías, nos dimos el tan esperado “sí, quiero”.

Nos besamos ya convertidos en marido y mujer, y el grupo volvió a tocar y cantar otra canción.

Julia se había encargado de contratar una empresa de catering y tras la ceremonia, salieron tres camareros con copas de champán para el brindis.

—Así que ya tengo dos hermanas y un hermano —dijo Alex, tras aquel primer sorbo.

—Casi dos, no te olvides que te he dicho que algún día me casaré con ella —contestó Santi, que tenía el brazo por los hombros de mi hermana.

—Qué suerte la mía, recupero a mis hijas y se las lleva otro hombre casa —suspiró mi padre—. Voy a tener que hacer algo para verlas más a menudo...

—Pero si hacemos videollamadas, papá —rio Leire.

—No es suficiente, hija, no es suficiente. Por eso, Julia y yo tenemos algo que deciros.

—¿El qué? —preguntó Alex.

—Nos vamos a mudar aquí —contestó ella, con una sonrisa.

—¿A Sevilla? —mi hermano abrió los ojos ante sus palabras.

—Sí, hijo. He dejado el trabajo en la empresa de Miguel —dijo mi padre, mirando a su amigo y padre de mí ya marido, ese hombre que me había cogido un cariño increíble en esos dos meses—. Y los años que me quedan en activo voy a abrir mi propia gestoría, como tenía hace años —sonrió.

—Así que nos mudamos —Alex sonrió y vino hacia Leire y hacia mí—. Qué cerquita me vais a tener ya, hermanitas.

—Este no se nos va a despegar ni con agua caliente, Cintia —protestó Leire.

—Uy, lo que ha dicho. ¿Eso es lo que quieres a tu hermano mayor? Válgame, qué mala hermana eres.

—Que no, tonto, que te quiero mucho —le dio un abrazo.

—Papi, ¿y nosotros cuándo nos mudamos? —preguntó Pablo.

—En una semana nos dan la casa, hijo, y si Samanta quiere, nos casamos en tres meses.

—¿Con la barriga me voy a casar? —protestó ella.

—Tan guapa que vas a estar —contesté—. Venga, dile que sí, que nosotras te ayudamos con la boda.

—Así, sin anillo ni nada, qué pedida más sosa.

—A la mierda la sorpresa —Iker suspiró, sacó el anillo y tras hincar rodilla, se lo pidió—. ¿Te casas conmigo, rubia de mis amores?

—Dile que sí, tía Samanta.

—Si le digo que sí, no voy a ser tu tía.

—Vas a ser mi mami, que me gusta más —sonrió Pablo.

—Me caso, claro que me caso, pero porque yo no puedo estar lejos de este niño —le acarició la mejilla y él la abrazó.

—Socio, te quiere por tu hijo —rio Álvaro.

—Mientras me quiera —Iker se encogió de hombros, y acabamos todos riendo.

Quién me iba a decir unos meses atrás, que una simple llamada haría que mi vida iba a cambiar de ese modo.

Pero así era la vida, como esa gran noria de Londres, dando vueltas y girando constantemente, hasta llevarnos al lugar correcto en el momento indicado, quitándonos algo para darnos algo mucho mejor, y en mi caso, el amor de un hombre al que quería con todo mi ser, y devolverme el amor del padre al que tanto eché de menos.





## Epílogo



*Tres años después...*

Feliz, esa era la palabra que mejor me definía en ese momento de mi vida.

Feliz porque tenía todo lo que podía haber deseado alguna vez en la vida, y porque sabía que aún me esperaban muchas más sorpresas por vivir.

Llevaba tres años casada con Álvaro, seguía trabajando como maestra en la escuela, al igual que Samanta, y cada verano los acompañábamos a esos tres últimos conciertos que daba el grupo con el que nuestra historia empezó.

Tal como dijo mi padre, él y Julia se mudaron a Sevilla, Alex se instaló con ellos y Santi también, hasta que este decidió comprar un piso para él solo, hacía ya dos años, justo cuando mi hermana cumplió la mayoría de edad.

A pesar de que la relación con nuestro padre era muy buena, Leire seguía viviendo con Álvaro y conmigo, y ahora, a sus diecinueve años, estaba a punto de comenzar su segundo año de carrera veterinaria.

Y el noviazgo con Santi seguía adelante, tanto era así que él tenía claro que se casaría con ella cuando acabara la carrera, y hasta había hablado con Álvaro, sin que ella lo supiera por supuesto, para poner su propia clínica veterinaria.

Mi felicidad aumentó con la llegada de un embarazo que fue de lo más deseado por ambos, y con el nacimiento de nuestra pequeña Elisabeth un año atrás, esa felicidad fue aún mayor.

Álvaro era un padrasto, nadie pondría eso en duda, y es que vivía por y para nuestra hija, manteniendo un vínculo con ella, que sabía que nunca iba a romperse.

El hijo de Samanta e Iker, a quien llamaron Sergio, ya tenía casi tres años y era un niño muy cariñoso y juguetón. Pablo, a sus ocho años, se había convertido en un hermano mayor increíble, siempre pendiente de su hermanito Sergio. Y no, ya no se nos perdía ni hacía trastadas de las suyas, decía que ahora era más responsable, cosa que nos hacía reír a todos.

Alex trabajaba en la discográfica tal como había dicho, y había sacado la carrera de empresariales a distancia en esos tres años, algo que empleaba también para echar una mano en la gestoría de nuestro padre, que finalmente la abrió unos meses después de mi boda cuando se mudaron a la ciudad.

—Cintia, ¿estás lista? —preguntó Álvaro desde el salón.

—Sí, sí, ya bajo —contesté y salí de la habitación de nuestra hija—. No encontraba la diadema de la niña —dije a unirme a él, que cargaba a la pequeña en brazos y aproveché para ponerle la diadema de tela con flor—. Mira qué guapa está —sonreí.

—Su madre también lo está —se inclinó y me dio un beso—. Vamos.

Salimos de casa y tras colocar a la niña en la parte trasera del coche, nos subimos y lo puso en marcha para ir al restaurante donde nos esperaban todos para cenar.

Era el cumpleaños de Julia y mi padre nos había invitado a todos, y como en años anteriores, entre los tres hermanos le habíamos comprado el regalo con ayuda de Samanta, Iker, Santi y Álvaro.

Cuando entramos en el restaurante y la vimos, la felicitamos con besos y abrazos y ella cogió enseguida a mi hija en brazos.

—Pero qué guapa está la muñequita de la familia, por favor —dijo tras darle un beso.

—Pues ya estamos todos, vamos a la mesa —comentó mi padre.

Nos sentamos y tras pedir vino, agua y refrescos, saqué el sobre del bolso y se lo entregué a Julia.

—Un regalo de parte de todos nosotros —sonreí.

—Hija, pero si no hacía falta —dijo.

¿

—Mamá, ábrelo y ya —rio Alex.

—Como sea dinero, me vais a oír —nos advirtió.

Abrió el sobre y se llevó la mano a la boca al ver el contenido, y no, no era dinero. Este año habíamos decidido regalarles un crucero por el Mediterráneo, algo que llevaban tiempo diciendo que querían hacer, pero entre unas cosas y otras, no se decidían.

—Pero, chicos, esto es demasiado —Julia tenía los ojos vidriosos.

—Es justo lo que os merecáis, que ya va siendo hora de que hagáis ese viaje —contesté.

—Pero, Cintia, la gestoría de vuestro padre...

—Yo me encargo de ella, mamá —le dijo Alex—. Sabes que le estoy echando una mano cuando me lo pide, y tiene buenos empleados allí que saben manejarse solos. Son dos semanas de crucero, no toda la vida.

l

—No merezco tanto, chicos —se le cayeron las lágrimas.

—Mereces eso y más, mamá —Leire sonrió cogiéndole la mano, y ella se secó las lágrimas. Leire y yo la llamábamos así desde hacía un par de año, pues era la esposa de nuestro padre y nos trataba como a sus hijas.

—¿Qué hice para tener tanta suerte en la vida? —preguntó mirándonos a los tres— No os llevé en mi vientre, pero os quiero como si fuerais mis hijas, y esto, teneros en mi vida, ya es suficiente regalo, hijas, de verdad.

—Pero el crucero lo acepta encantada —dijo mi padre, riendo.

—Y tanto que sí, pero no teníais que haberlo hecho.

—Tú disfruta del regalo, Julia —le dijo Samanta—, que por las actividades que vimos, os lo vais a pasar en grande en ese barco.

—Muchas gracias, de verdad.

Mi padre había reservado la comida de antemano y fueron trayendo los platos de a poco: primero una tabla de quesos y de jamón, después el marisco, y acabamos con una carne asada buenísima.

Cuando trajeron la tarta y empezamos a cantarle el cumpleaños feliz, Julia se emocionó aún más y mi padre la abrazaba y besaba la frente con ese amor que había visto años atrás que sentía por ella.

Un amor que no decaía, que no se agotaba y no fallaba, como el que sentía yo por Álvaro, y él por mí.

—¿En qué piensa mi bella mujer? —me preguntó Álvaro, pasándome el brazo por los hombros.

—En lo mucho que puede cambiar la vida en solo un segundo —sonreí—. Si mi padre no hubiera conocido a Juli, hace más de veinte años, yo nunca te habría conocido a ti —lo miré.

—Pues agradezcamos entonces que tu padre se enamoró de ella, para que el destino nos uniera a nosotros —hizo un guiño.

—Aún pienso en mi madre, y sigue doliendo el hecho de que le pidiera a mi padre que nos olvidara.

—Pero no lo hizo, cariño, siempre estuvisteis presentes en su vida, y ahora él lo está en las vuestras.

Sí, lo estaba, desde que habíamos vuelto a encontrarnos mi padre estaba en los momentos más importantes de nuestra vida.

Dicen que todo el mundo merece una segunda oportunidad, que todos merecemos poder enmendar nuestros errores del pasado y hacer que el futuro sea mejor, y mi padre lo hacía, cada día desde hacía tres años enmendaba ese error que tanto daño nos hizo a los tres y tantos buenos momentos nos robó.

¿Lo había perdonado? Sí, lo había hecho, y no me arrepentía en absoluto, porque al hacerlo, le había dado a mi hija la oportunidad de conocer a los mejores abuelos que podía tener en su vida.

o

a

—Pero no lo hizo, cariño, siempre estuvisteis presentes en su vida, y ahora él lo está en las vuestras.

Sí, lo estaba, desde que habíamos vuelto a encontrarnos mi padre estaba en los momentos más importantes de nuestra vida.

Dicen que todo el mundo merece una segunda oportunidad, que todos merecemos poder enmendar nuestros errores del pasado y hacer que el futuro sea mejor, y mi padre lo hacía, cada día desde hacía tres años enmendaba ese error que tanto daño nos hizo a los tres y tantos buenos momentos nos robó.

¿Lo había perdonado? Sí, lo había hecho, y no me arrepentía en absoluto, porque al hacerlo, le había dado a mi hija la oportunidad de conocer a los mejores abuelos que podía tener en su vida.

*¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.*

*Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.*

*¡¡Nos vemos por allí!!*

*Sarah Rusell.*

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah\_rusell\_autora

Página de autora: [relinks.me/SarahRusell](https://relinks.me/SarahRusell)

Twitter: @ChicasTribu

*¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.*

*Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.*

*¡¡Nos vemos por allí!!*

*Sarah Rusell.*

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah\_rusell\_autora

Página de autora: [relinks.me/SarahRusell](https://relinks.me/SarahRusell)

Twitter: @ChicasTribu